

4-24-993

PRELUDIOS  
DE UNA LIRA  
POESÍAS

DE

Bruno Portillo y Portillo.



MADRID.

IMPRESA Y LIBRERÍA DE EDUARDO MARTINEZ

(SUCESESORES DE ESCRIBANO)

20 - CALLE DEL PRÍNCIPE - 20

1883



4-84-993

PRELUDIOS  
DE UNA LIRA  
POESÍAS

DE

Bruno Portillo y Portillo.



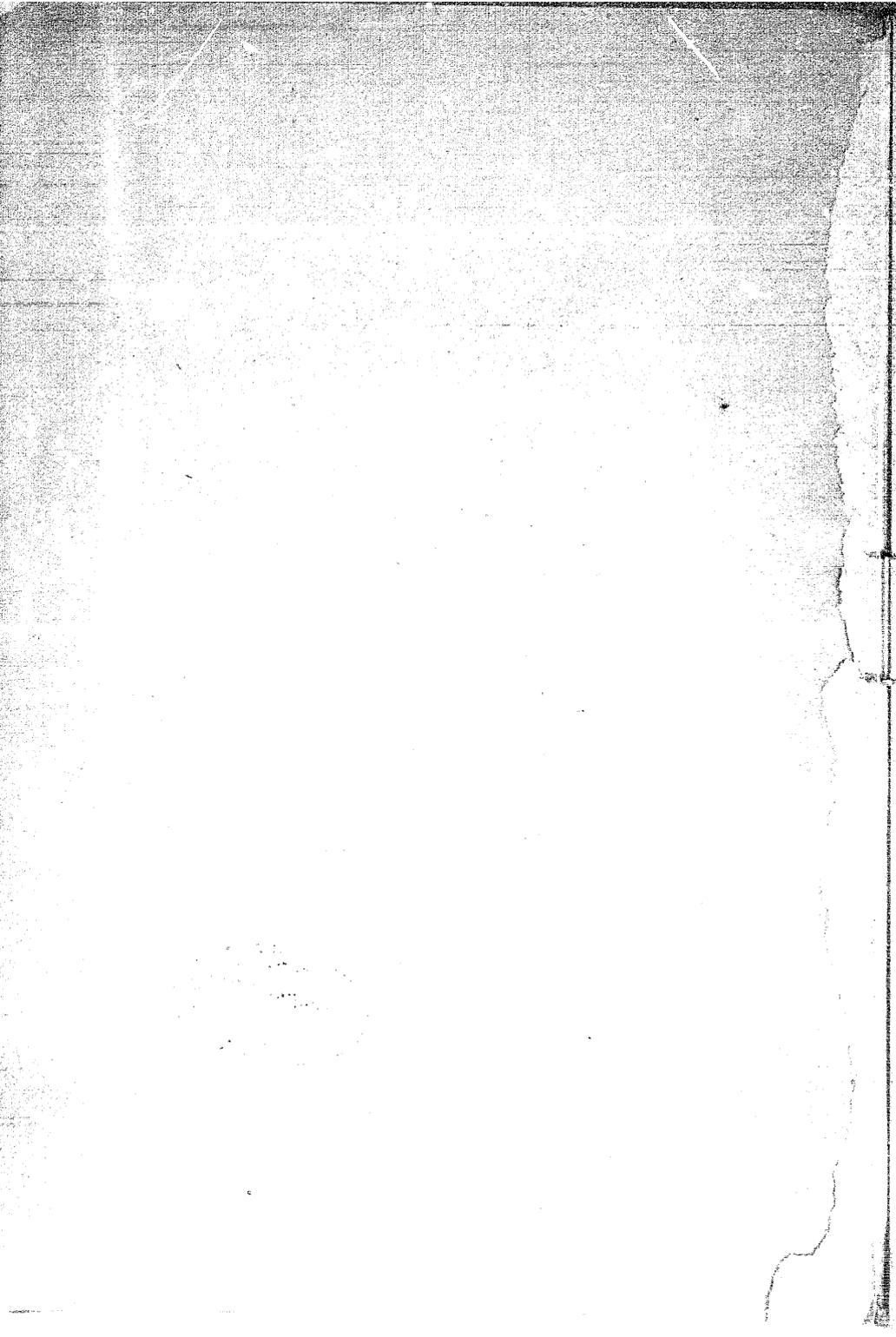
MADRID.

IMPRESA Y LIBRERÍA DE EDUARDO MARTINEZ

(SUCESESORES DE ESCRIBANO)

20 - CALLE DEL PRÍNCIPE - 20

1883



Á LA EXCMA. SEÑORA

D.<sup>A</sup> DOLORES BRUZÓN

VIUDA DE PORTILLO.

*Desde hace tiempo tengo el deber de dedicar á V. la primera obra que publique, como lo hubiese hecho á su esposo si viviera. Nadie mejor que V. para ocupar su puesto en la tierra. Reciba, pues, esta modesta ofrenda, como muestra de la gratitud y el cariño de su sobrino*

Orano Portillo y Portillo.



5119

		B
EC	12	
		90

---

---

## DOS PALABRAS AL LECTOR.

Al publicar un tomo de poesías que lleva por título PRELUDIOS DE UNA LIRA, no creo se me pueden atribuir las exageradas pretensiones que tanto abundan, por desgracia, en la juventud de nuestros tiempos. Antes al contrario, en el título de mi obra, cualquiera podrá ver la modestia de mis aspiraciones, pues sólo califico estos pobres cantos, lanzados al viento algunos de ellos cuando apenas yo contaba catorce años, como vagos preludios de los más enérgicos acentos que acaso brotarán mañana del arpa del poeta.

Mas á pesar de todo, se me puede hacer un cargo, pues si conociendo el escaso mérito literario de mis producciones, he osado sin embargo publicarlas, ó he cometido una imprudencia temeraria,



ó es mi modestia falso atavío con que pienso realzar el mérito de mi obra; pero no es nada de eso.

Al recojer en un libro estos trozos perdidos de mi corazón, sólo he aspirado á que si la fortuna me es propicia y consigo dar mañana obras más dignas de ver la luz pública, pueda yo ser juzgado como autor desde mis primeros pasos, tímidos y vacilantes cual son los del niño al dejar la cuna, hasta que con más segura planta logre hollar la senda que conduce al Parnaso, siquiera no consiga llegar nunca al fin de ella. Y que si por el contrario, en el misterioso reloj de la vida tengo marcada una corta existencia (pues quién sabe lo que le está reservado), logre yo dejar al ménos un recuerdo de lo que pensé y sentí á mi paso por la tierra, si no en el mundo del arte, en la mente de mis padres hoy, tal vez en la de mis hijos mañana.

Hay además otra razón para que me haya visto obligado á publicar este libro. Son muchos los de mis amigos que desean tener reunidas mis poesías, juzgadas por ellos no con la severidad del crítico, sí con la benevolencia del cariño, y es la pren-

sa el único medio que hay para satisfacer sus legítimas exigencias.

En cuanto al fondo y forma de mis composiciones poéticas, poco habré de decir: el público sabrá juzgarlas como ellas se merezcan, y sea cualquiera su fallo, yo me someto gustoso á él.

Notas vagas, acentos de tristeza, gritos de alegría; luz y sombra, dudas y esperanzas, goces y pesares: hé aquí lo que se halla diseminado en este libro, y á lo que he procurado dar la posible unidad, dividiendo sus poesías en tres partes, en las que he clasificado las de imaginación, las de sentimiento y las festivas, dejando las leyendas y poemas para otra publicación. Podrá descubrirse tal vez en mis versos algo que no corresponde ya al primer período de la existencia, como vagos presentimientos de las amargas que estamos llamados á sufrir en este valle de lágrimas; algo en fin, de las tristes realidades de la vida; mucho de fantástico ó imaginario; mas ésta precisamente es la cualidad esencial que distingue los sentimientos del poeta de los de los demás hombres.

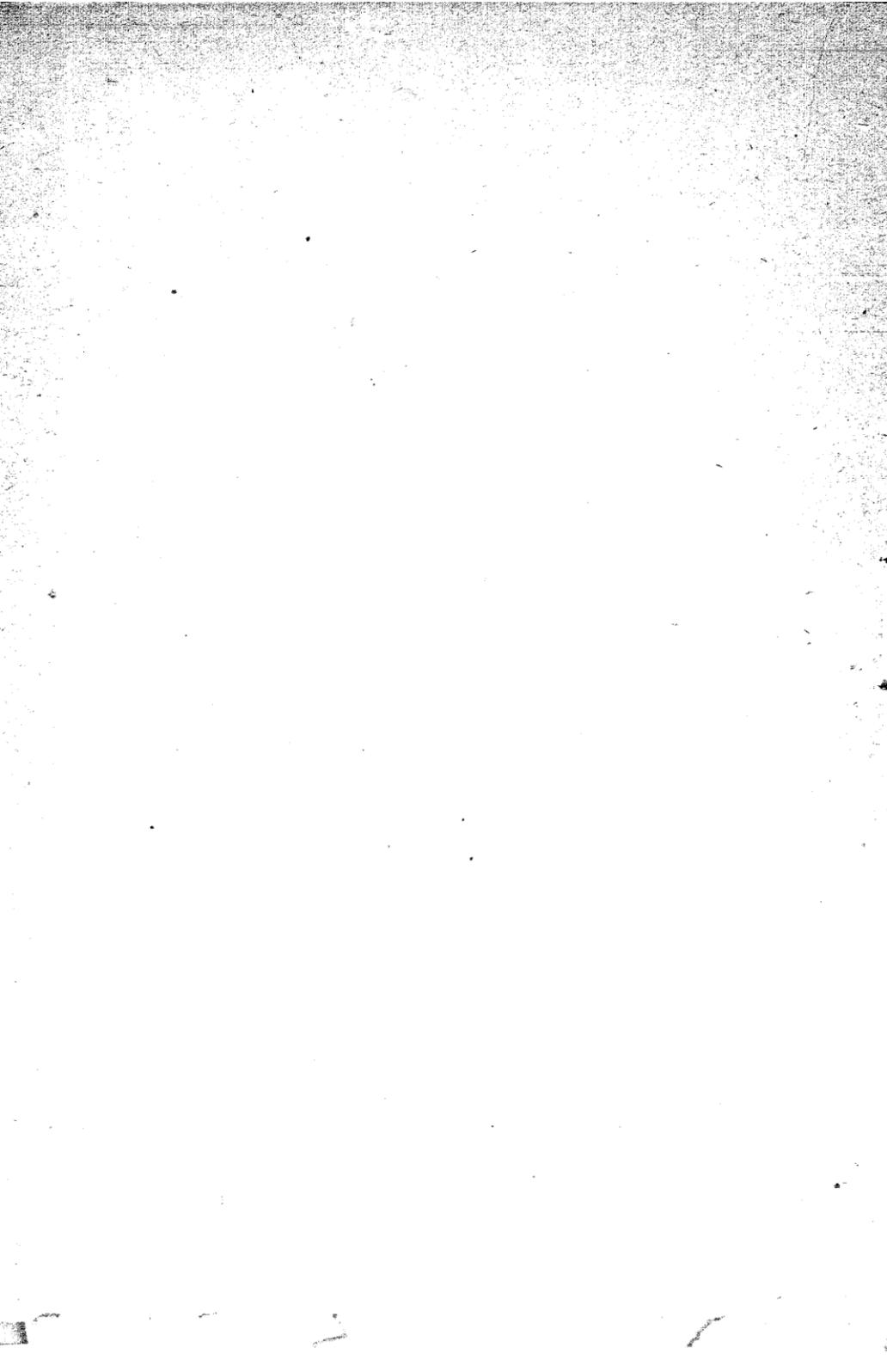
Nada ya me queda que añadir, sino pedir perdón

á las personas á quienes he dedicado algunos de mis cantos, por haber publicado composiciones que indudablemente no son merecedoras del honor que consiguieron (por más que yo he procurado evitar en cuanto me ha sido posible, que figuren sus nombres en mi modesto libro); y pedir también perdón al lector, que vea en estas páginas defraudadas sus esperanzas de proporcionarse un grato solaz.

EL AUTOR.

PRIMERA PARTE

POESÍAS



---

---

## Á MIS PADRES.

Hoy que del mundo en la inmortal carrera  
que ilustres hombres nos marcaron ya,  
con débil paso y entusiasmo ardiente  
me lanzo con afán;

hoy que los ecos de mi pobre lira  
modestos y con lánguido vibrar,  
desnudos siempre de infundado orgullo  
al viento sonarán,  
tomad al menos de mi tierno pecho  
el puro afecto que amoroso os dá:  
¡ay! recojed del fondo de mi alma  
un lánguido cantar.

Vosotros fuísteis los que en otros días,  
que ahora la mente recordando va,  
del débil niño el corazón sencillo  
enseñásteis á amar.

Vosotros fuísteis los que en gratas horas

de santa calma y goce celestial,  
los tiernos sentimientos del poeta  
supísteis inspirar.

Y ya que ahora en primavera hermosa  
modesto fruto mis afanes dan,  
¡ay! recojed del fondo de mi alma  
un lánguido cantar.

De escollos lleno el desigual camino  
por do mis pasos avanzando van,  
hoy á pesar de mi entusiasmo ardiente  
he podido mirar;

mas una voz del fondo de mi pecho  
me grita siempre con constante afán:  
«no retrocedas aunque escollos mires:  
ahí tu destino está.»

Y pues siguiendo mi destino, ansioso  
la voz levanto en hora matinal,  
¡ay! recojed del fondo de mi alma  
un lánguido cantar.

Cantan las aves que el espacio inmenso  
cruzan en alas de ilusión fugaz:  
¿por qué cantan? pregunto; y ellas dicen:  
«mi destino es cantar.»

Canta el poeta que en el alma siente  
arder el fuego de interior volcán:

¿por qué canta? mas nada me responde:  
no lo sabe quizás.

Y pues del alma la ilusión secreta  
me dice «canta ya,»

¡ay! recojed de mi modesta lira  
un preludio, no más.



## LA MUJER Y LA ROSA.

Mirad allí un jardín; mansión hermosa;  
dulce nido de cándidos amores,  
donde se encuentra la gallarda rosa  
mostrando sus lindísimos colores.  
Mil flores igualarla pretendieron  
en encantos, belleza y galanura;  
mas de su empeño luego desistieron  
al notar de la rosa la hermosura.  
Miradla allí con su belleza ufana  
radiante de placer y de contento,  
siendo de aquel jardín la soberana  
y esparciendo su aroma por el viento.  
«Nadie igualarme en galas consiguiera,»  
dice la rosa, viendo su fortuna;  
y se agita en su tallo placentera  
cual cisne que se mece en la laguna.  
Mas ¡ay! que cerca del lugar ameno  
donde se encuentra la gallarda rosa,

dentro de un cenador de encantos lleno  
que forma en torno la enramada umbrosa,  
una mujer, un ángel de la tierra  
de fina tez y nacarada frente,  
cuyas pupilas el cansancio cierra  
oscureciendo su mirar luciente;  
una joven que al alma enamorada  
hace olvidar sus míseros dolores  
al verla dulcemente reclinada  
en blando lecho de galanas flores,  
con sus encantos el valor aumenta  
de aquel bello recinto refulgente,  
en el centro del cual también se ostenta  
el raudal argentino de una fuente.  
Soñando está; mas ¡ay! por el momento  
no le ocasiona su soñar enojos,  
pues sonrisa que indica su contento  
vaga tranquila por sus labios rojos.  
Y de las aves entre el dulce arrullo,  
y entre el perfume de las lindas flores,  
y del agua entre el mágico murmullo,  
tan sólo sueña el alma sus amores.  
¡Sueño feliz! La placentera rosa  
que sólo de ilusiones se alimenta,  
la ve, y al encontrarla tan hermosa

advierte que la envidia la atormenta.  
Y aquella que pensaba envanecida  
era en encantos y en belleza sola,  
de sus propios errores convencida  
esconde avergonzada su corola.  
¡Pobre rosa! Tu cándida hermosura  
pasa como tu rápida existencia;  
pues apenas se agosta tu frescura,  
no queda ni un perfume de tu esencia.  
¡Oh rosa! Los encantos materiales,  
por mucho que fascinen nuestra mente,  
ceden ante los dones inmortales  
que en Dios existen y que el alma siente.  
Tú tan sólo te encuentras adornada  
de aquellas galas que arrebató el viento,  
y ella adorna su esencia delicada  
con el más exquisito sentimiento.  
Sí, pobre flor, olvida tus antojos  
y admira sin envidia su belleza,  
pues en ella se muestra á nuestros ojos  
de la creación la armónica grandeza.  
¡Oh sér divino cuyo acento quita  
el dolor en las horas de amargura!  
Sigue animoso tu misión bendita,  
que es en la tierra la misión más pura.

Tú amenizas el mund' cual la rosa  
ameniza el jardín; en tí y en ella  
el Hacedor con mano poderosa  
brillantes rayos de su luz destella.  
Perdóname si en mi entusiasmo loco  
con débil voz escasa de armonía  
la lira pulso y en tu nombre invoco  
á la musa inmortal de la poesía;  
pues al mirar las gracias con que el cielo  
en la tierra te adorna y enaltece,  
mi corazón se agita con anhelo  
y pobres versos á tus piés ofrece.

— 1869 —



## Á UN RUISEÑOR.

No te ocultes, avecilla,  
entre la selva frondosa  
donde formas cuidadosa  
tu morada sin igual:  
yo soy un pobre poeta  
que solo viene á buscarte,  
y no quiero aprisionarte  
ni trato de hacerte mal.

—  
Quiero conseguir reposo  
en tu dulce compañía,  
porque anhela el alma mía  
dejar del mundo el vaivén;  
pues tengo el pecho oprimido  
y el corazón palpitante,  
y ando buscando anhelante  
donde encontrar algun bien.

La soledad es mi amiga;  
mas aún en medio de ella,  
hallé la vida más bella  
cuando tu canto sentí.  
Por eso siempre camino  
entre el bosque y la enramada;  
por eso tu voz me agrada;  
por eso me vengo aquí.

---

Tú, si cruzas por los aires  
en busca del dulce nido,  
con acento dolorido  
manifiestas tu pesar;  
y si diriges el canto  
al avecilla querida,  
la tierna queja sentida  
demuestras en tu cantar.

---

Solo mudando de clave,  
con diversas emociones  
agitas los corazones  
y fascinas la razón.  
Y con natural maestría  
demuestras en tus cantares,

los contentos y pesares  
que siente tu corazón.

—

¡Oh, cuánto el alma te admira  
cuando la brisa ligera  
ondula por la pradera  
en las mañanas de Abril,  
y nos presta los perfumes  
exhalados por las flores  
que en sus diversos colores  
ofrecen contrastes mil!

—

Ó cuando la blanca luna  
suspendida en el espacio  
bajo nubes de topacio  
nos muestra su resplandor,  
y escuchamos el murmullo  
del manso y pobre arroyuelo,  
que va sembrando en el suelo  
matas de verde color.

—

¡Cuánta poesía despiden  
tus modulaciones bellas!  
¡Cuán dulces son las querellas  
que exhala tu corazón!

¿Quién no siente al escucharlas  
de entusiasmo el pecho lleno  
y admira tu acento ameno  
¡oh cantor de la creación!

---

Yo que la poesía adoro  
y que la música admiro;  
yo que amo el leve suspiro  
de la brisa matinal,  
quisiera feliz estarme  
en tu compañía querida,  
y así deslizar mi vida  
en este edén terrenal.

---

Juntos los dos cantaremos  
á la luz del nuevo día,  
y á la noche que sombría  
va constantemente en pos;  
y de tal modo podremos  
contarnos nuestras querellas,  
y darnos también de ellas  
mútuo consuelo los dos.

---

¿Qué me dices, pajarillo?  
¿No te agradan mis consejos?



---

¿Quieres que vivamos lejos  
aunque tanto te amo yo?  
¿Te cansa mi compañía?  
¿Te causa hastío mi canto?  
Dímelo; no calles tanto.  
¡Ay! no contesta: ¡voló!

— 1870 —



## Á MI QUERIDA TÍA

DOÑA MARIANA PORTILLO Y PORTILLO.

## SONETO.

No te parezca que aunque estoy callado  
la dejado de amarte el pecho mío,  
pues tú bién sabes que escribirte ansío  
á pesar de no haberlo realizado.

Culpable no soy yo de tal desvío  
porque un justo motivo lo ha causado;  
mas por fin el silencio ya he cortado  
con estos pobres versos que te envío.

De mi alma no ha borrado larga ausencia  
el gran cariño que hacia tí sentía,  
pues sólo terminando mi existencia  
tan tierno sentimiento cesaría;  
y ya que no te tengo en mi presencia,  
siempre te encuentras en la mente mía.

## RUEGOS DE AMOR.

Niña galana que gentil descuellas  
radiante de hermosura;  
antorcha que en la esfera extensa y pura  
brillas como las fulgidas estrellas;  
escucha las querellas  
que lanzan mis amantes desvaríos,  
y acoje estos cantares  
cual acojen los mares  
las argentinas aguas de los ríos.  
Eres la flor que en mi delirio anhelo  
y en la que cifro toda mi ventura;  
contigo el mundo me parece un cielo,  
y sin tí la existencia noche oscura.  
Eres la fuente que vertió en mi alma  
su raudal de esperanza y de alegría;  
sin tí no hay dicha, ni placer, ni calma,  
y al perderte tal vez sucumbiría.

Eres la esencia que prestó su aroma  
á mi vida ligera;  
eres, en fin, la cándida paloma  
de mi ilusión primera.  
No dejes, no, que de mi pecho amante  
se apague el vivo fuego;  
ámame por piedad un sólo instante,  
aunque me olvides luégo.

— 1871 —



## DESPEDIDA DE UN AMANTE.

Ya miro aproximarse los momentos  
en que yo deje la ciudad do moras,  
sintiendo dentro de mi amante alma  
fieros tormentos y mortal congoja.  
Ya se aproximan los terribles días  
en que la ausencia el corazón devora,  
al recordar cuando á tu lado estando  
feliz pasaba las tranquilas horas.  
Mas siempre al hombre la esperanza queda  
con la que fuerzas y vigor recobra;  
y ella es tan sólo la que alienta el pecho  
del que tus gracias y belleza adora.  
Volver á verte mi gentil amada;  
volver á oírte mi oriental paloma,  
el tema es de mis dorados sueños  
y son los planes que mi mente forma.

Sin ellos fuese tempestad el mundo,  
en mar sonante de irritadas olas;  
y es con ellos el tranquilo lago  
donde mi amor en soledad reposa.  
¡Ay! Plegue al cielo que jamás se borre  
esta esperanza de mi mente loca,  
pues quizás al perderla sucumbiera  
el tierno amante que á tus piés se postra.

— 1871 —



## PLEGARIA Á LA VÍRGEN

QUE BAJO LA ADVOCACIÓN DE LAS ANGUSTIAS  
SE VENERA EN GRANADA.

Salve, Virgen Soberana,  
de virtudes rica fuente;  
consuelo del inocente  
y amparo del pecador;  
Tú, que en tu trono de grana  
nos sirves de norte y guía,  
oye el canto que te envía  
este humilde trovador.

—  
De mi lira los sonidos  
melancólicos y vagos,  
recibe con tus halagos  
de cariñoso interés;  
pues son ecos doloridos  
y llenos de sentimiento,  
que en alas del raudo viento  
se postran ante tus piés.

Raudal puro de poesía  
donde insignes trovadores  
dieron encantos mejores  
á su inspirado cantar;  
mi alma que en Tí confía  
hoy llena de amor vehemente,  
de tu consuelo en la fuente  
viene su sed á aplacar.

Pues tomando en tus altares  
la inspiración sacrosanta,  
sueña que su voz levanta  
de la lira al grato son;  
y hasta el fondo de los mares  
y los ámbitos del mundo,  
lanza con gozo profundo  
los ecos de su canción.

Madre común; Tú conoces  
que este esfuerzo delirante  
nunca puede ser bastante  
para conseguir vencer;  
mas Tú también en las voces  
de las armoniosas liras,

sólo el entusiasmo miras  
que se agita en nuestro sér.

—  
Tú no distingues grandeza,  
ni condiciones, ni hechura;  
sólo escuchas la amargura  
del miserable mortal,  
y grabas en su cabeza  
el sello de fé divina  
que ante tus aras le inclina  
y ahuyenta su fuerte mal.

—  
Ampara tu inmenso manto  
mil pueblos y cién naciones  
en varias advocaciones  
que te consagran doquier;  
enjugas el triste llanto  
de tus miserables hijos,  
y con afectos prolijos  
les sabes compadecer.

—  
Los que tu gracia ambicionan  
todos se ven escuchados,  
y á aquellos más desgraciados  
cuando te imploran piedad,

tus virtudes los abonan  
por sus culpas y delitos,  
y de entusiasmo con gritos  
aclaman tu caridad.

—  
El gran pueblo granadino,  
que con santa fé te adora,  
hoy tus favores implora  
en una hermosa función;  
y yo, cual ave que el trino  
esparece por el ambiente,  
uno mi canto doliente  
á su inmensa devoción.

—  
Madre que á los pecadores  
tornas buenos y dichosos;  
Tú, que con ojos piadosos  
nos prestas tu protección,  
mira, mira los dolores  
de mis míseros hermanos;  
alza las hermosas manos  
y danos tu bendición.

—  
Sírvenme de escudo y guía;  
dirige mis lentos pasos;

sostén en críticos casos  
á un alma que adora en Tí;  
presta á la esperanza mía  
fuerza con tu rico aliento;  
hazme que viva contento,  
y ten compasión de mí.

—

Santa Virgen, que descuellas  
entre todas las mujeres,  
pues desprecias los placeres  
y la mísera ambición;  
á través de las estrellas  
ampárame con tu manto,  
y haz que tu bálsamo santo  
se vierta en mi corazón.

—

Salve, Virgen soberana,  
de virtudes rica fuente;  
consuelo del inocente  
y amparo del pecador;  
Tú que en tu trono de grana  
nos sirves de norte y guía,  
oye el canto que te envía  
este humilde trovador.

## SONETO DE PIÉ FORZADO.

«El bélico sonido de la trompa  
que anuncia á los guerreros la peléa,  
me olvida de mi hermosa Galatéa  
y hace que el lazo de la unión se rompa.

Mas luégo vuelvo con inmensa pompa  
y mi bandera que triunfante ondéa,  
logrando entonces que mi amada véa  
que no hay ausencia que mi amor corrompa.»

Esto decía un español ginete  
al pié del mirador de una cristiana,  
y ella llorosa respondióle: «Vete;  
mas si te fuese la fortuna insana,  
yo juro por la cruz de tu machete,  
que allá en el cielo me verás mañana.»

— 1872 —



## UN RECUERDO DE LA INFANCIA.

A MI QUERIDA PRIMA

LA SEÑORITA DOÑA RAFAELA HURTADO  
DE MENDOZA Y PORTILLO.

Hace sólo cinco años  
que la corte abandoné,  
y por lugares extraños,  
sin sentir placer ni daños,  
mis pasos encaminé.

---

Niños entonces los dos  
gozábamos de ventura,  
corriendo del bién en pos  
por los campos donde Dios  
sembró bosques y verdura.

---

Nuestros nobles corazones,  
ignorando los amaños

de las bastardas pasiones,  
sin placeres ni aficciones  
pasaban sus tiernos años.

—  
Y ante tan grato presente  
y dichas tan candorosas,  
sólo soñaba la mente  
con un porvenir luciente  
bañado en agua de rosas.

—  
Que aún nuestros pechos dormían,  
y en su sueño de inocencia  
sólo goces descubrían,  
pues encontrarse creían  
un edén en la existencia.

—  
Mas veloz el tiempo fué,  
y al volver de nuevo aquí,  
declaro que no pensé  
que aquella que yo dejé  
pudiese cambiar así.

—  
Imposible pareciera  
que tantas trasformaciones  
en tan poco tiempo hubiera,

y tan cercana estuviera  
la edad de las ilusiones.

—  
Mas no te puedes quejar  
de la inconstancia del mundo,  
porque en su fuerte rodar,  
él te ha sabido elevar  
siéndote en dones fecundo.

—  
Pues del modo que la flor  
sus lindas hojas abriendo  
va aumentando su esplendor,  
tú has ido con su favor  
más encantos adquiriendo.

—  
Y aunque la calma querida  
de aquel tiempo venturoso  
turbe la suerte atrevida,  
donde la virtud anida  
muy pronto torna el reposo.

—  
Y algo se puede sufrir  
por tener la majestad  
que en tí contemplo lucir,  
y por poder conseguir  
el título de beldad.

Título que en la niñez  
jamás alcanzar pudieras,  
aunque fuese tu esbeltez  
cual la de tiernas palmeras,  
y fuese raso tu tez.

—  
Pues hay gustos tan extraños,  
que se ven hombres á miles  
que se dejen, sin engaños,  
á las niñas de diez años  
por otras de quince abrilés.

—  
Tú tienes todo á placer.  
talento, gracia, hermosura;  
y puedes enloquecer  
con tus prendas de mujer  
al hombre de más cordura.

—  
Mas por si acaso bastante  
no fuese tanta virtud,  
tienes corazón amante,  
y una voz dulce y vibrante  
cual las cuerdas de un laud.

—  
Que pareces con tu acento  
ángel que del cielo vino

ondulando sobre el viento,  
para calmar al momento  
los rigores del destino.

—

Y ya que tantos favores  
te concede la fortuna,  
luce todos sus primores,  
cual lucen los ruiñeños  
su canto en noches de luna.

—

Pasa entre todos ligera  
con apacible sonrisa,  
meciéndote cual palmera  
que recibe en la pradera  
los suspiros de la brisa.

—

Y del hombre á quien adores  
el corazón cautivando,  
goza las dichas de amores;  
que espíritus soñadores  
sólo disfrutan amando.

—

Yo, cantor de la belleza,  
te tributo mi oblación,

colocando en tu cabeza  
la guirnalda de pobreza  
que forma mi inspiración.

—  
Y anhelo que al apreciar  
de mis versos la fragancia  
y entusiasmo en el cantar,  
puedas también conservar  
un recuerdo de la infancia.

— 1873 —



## AL SANTUARIO DEL GENIO.

Viento que vagas por el bosque umbrío,  
detente y dame tus gallardos sonos,  
pues con negros y tétricos crespones  
mi pobre lira quiero festonar;  
y tú, eco triste del sonante río,  
ven en compañía del ligero viento,  
pues necesito me presteis aliento  
para que pueda con vigor cantar.

Amargo duelo el corazón devora  
al pisar de este templo los umbrales,  
para elevar mis cantos funerales  
á cién vates de numen inmortal;  
amargo duelo con que el alma llora  
cuando contempla que en la raza humana  
todo es desdicha miserable y vana;  
todo es mentira é ilusión fatal.

El hombre grande por su audaz talento;  
el guerrero gallardo y animoso;  
el ciudadano noble y virtuoso  
y el pobre triste que mendiga el pan,  
á un soplo leve del ligero viento;  
á un golpe de la suerte caprichosa,  
á la mezquina funeraria fosa  
en luto envueltos al instante van.

—  
Pues cuando acaso en la ventura sueña  
el orgulloso que se piensa fuerte,  
¡ay! la materia se derrumba inerte  
robándole su mágica ilusión;  
y advierte aquel que todo lo desdeña  
valido de su mucho poderío,  
que es su poder insuficiente y frío  
cuando frío se pone el corazón.

—  
Sólo vive en el mundo eternamente  
el recuerdo agradable de la historia;  
tan sólo los laureles de la gloria  
son los que no se suelen marchitar;  
pues siempre están ceñidos á la frente  
ostentando lozanos sus verdores,

que á través de los siglos destructores  
el mundo nunca cesa de admirar.

---

Distintas son las sendas misteriosas  
por las que el hombre sin cesar camina  
para llegar á la creación divina  
desde el mezquino polvo terrenal;  
todas ellas son nobles y gloriosas  
y pueden ser en dignidad iguales;  
mas hay una que presta á los mortales  
una brillante llama celestial.

---

Dichosos los que nacen destinados  
á recibir el fuego de esa llama,  
y notan que su espíritu se inflama  
en busca de las glorias del saber:  
dichosos, ¡oh vosotros! inspirados  
vates sublimes que de Dios en nombre,  
en vuestras obras le dejais al hombre  
la esencia celestial de vuestro sér.

---

Virgilio, Homero, Milton, Dante, Taso,  
que la Epopeya habeis engrandecido,  
habiendo al mismo tiempo conseguido  
causar al mundo entero admiración;

y vosotros, fray Luis y Garcilaso,  
que por las lirás conseguisteis fama,  
al par que la lograron por el drama  
Lope de Vega, Tirso y Calderón.

Vosotros, y otros varios cuyos nombres  
fuese pesado consignar ahora,  
brillais tan solo aquí como la aurora  
en el campo del genio y la creación;  
y á vosotros es hoy, insignes hombres,  
á quienes yo, con entusiasmo ardiente,  
á pesar de mi ingenio insuficiente  
me atrevo á dirigir esta canción.

Habéis muerto, es verdad; es el destino  
de todas nuestras dichas incompletas;  
mas viven vuestras almas de poetas  
en las regiones del celeste amor,  
y dejásteis sembrado su camino  
por doquiera de flores y de encantos,  
y se oyen en la tierra vuestros cantos  
á pesar de ese tiempo destructor.

Vivís eternamente en la memoria;  
vuestras obras se encuentran de modelo,

y los hombres las buscan con anhelo  
para admirar su dulce inspiración:  
vuestros nombres se encuentran en la historia  
esculpidos en letras de diamantes,  
y en pago á vuestras prendas relevantes  
os dá el mundo su pública oblación.

---

Aquí vienen los vates inspirados  
cual de Hipócrene llegan á la fuente,  
anhelando beber en su corriente  
el genio que á vosotros alentó;  
aquí suenan sus cantos elevados  
que las musas acojen cariñosas  
coronas repartiéndoles de rosas,  
y aquí también tras ellos vengo yo.

---

En medio de estas tumbas solitarias  
cubiertas con laureles y con llanto,  
suele á veces sonar mi humilde canto  
turbando su silencio sepulcral;  
y luégo que terminan sus plegarias  
quedo mirando vuestras losas frías,  
de las que va brotando de poesías  
un puro y cristalino manantial.

Pues por más que imitaros nunca pueda  
en estilos tan bellos y elevados,  
viendo de vuestros genios inspirados  
el caprichoso y rápido volar,  
es la vida un edén en donde queda  
el hombre embelesado y abstraído,  
y en cuyo dulce encanto adormecido  
disfruta de un celeste bienestar.

¡Oh vates! Perdonad que vuestro sueño  
turben estos cantares imprudentes;  
dormid en paz, teniendo en vuestras frentes  
esas coronas de inmortal honor;  
conozco que es quimérico el empeño  
que pretende turbar vuestro reposo;  
mas en pago á entusiasmo tan brioso,  
acojed bondadosos esta flor.

— 1873 —



## UN SUSPIRO DESDE EL MAR.

Á MI RESPETABLE AMIGO

EL EXCMO. SR. D. RAFAEL DE BUSTOS,  
MARQUÉS DE CORVERA.

GLOSA.

¡Oh dulce suspiro mío!  
No quisiera de tí más,  
que como de mí te vés  
llegaras donde te envío.  
Eres chispa abrasadora  
de una alma llena de fuego,  
y temo te entibies luégo  
en la atmósfera incolora.  
Con que vuela á tu albedrío,  
y á aquella prenda querida  
lleva en tus alas mi vida,  
¡oh dulce suspiro mío!

Ya que en el espacio estás,  
cumple con tu grato empeño;  
que aunque el favor es pequeño  
no quisiera de tí más.  
Pues en un leve gemido,  
ó en una lágrima pura,  
calma á veces su amargura  
un corazón afligido.  
Grande distancia andarás  
para llegar á la playa;  
mas si tu vigor desmaya,  
¿qué? ¿Cómo de mí te vás?  
A mis piés el mar bravío  
retumba con saña fiera;  
pero tan sólo quisiera  
llegaras donde te envió.  
Pues si la suerte tirana  
me prepara fin cruento,  
quiero que lleves mi aliento  
hasta el pié de su ventana.  
¡Oh dulce suspiro mío!  
No quisiera de tí más,  
que como de mí te vás  
llegaras donde te envió.

## CONTRASTES.

Son dos jóvenes hermosas  
que ostentan encantos mil  
con gracias tan candorosas,  
como las tempranas rosas  
que va sembrando el Abril.

---

La una es grave y reflexiva  
aunque de alma apasionada;  
con su carácter cautiva,  
y de una ciudad altiva  
lleva el nombre, que es Granada.

---

La otra, dulce compañera  
que Dios formó para el hombre,  
es de carácter ligera,  
tiene una gracia hechicera,  
y Julia lleva por nombre.

La primera, con sus ojos  
á las almas encadena  
y suspende á sus antojos,  
pues si ellos muestran enojos,  
ellas se sienten con pena.

---

Alta y esbelta, parece  
si de lejos se divisa  
palma que en Oriente crece,  
y que con sus besos mece  
la aromosa y fresca brisa.

---

Y si de cerca se siente  
su voz dulce y armoniosa,  
se confunde fácilmente  
con el eco de una fuente  
que brota de selva umbrosa.

---

Flor nacida en el confin  
de España y de Portugal,  
demuestra que en su jardín  
se ostentan galas sin fin  
por la parte occidental.

Y á sus piés tiene rendidas  
varias mariposas sueltas  
en ambos reinos nacidas,  
que de amor fueron heridas  
al dar en su torno vueltas.

—  
La segunda, cual gacela  
que corre por la llanura,  
va mostrando sin cautela  
cuánto ambiciona ó anhela  
su alma sensible y pura.

—  
Y su belleza gentil  
ostenta cual la paloma  
que anida en grato pensil,  
de la edad más juvenil  
lanzando la rica aroma.

—  
Su corazón, que es poesía,  
conmueve el pecho más yerto;  
la imaginación más fría;  
y áun creo conmovería  
á los lobos del desierto.

---

En fin; modelos graciosos  
ambas son de la belleza,  
que presenta con grandeza  
en contraste caprichoso  
la rica naturaleza.

—

Pues bajo tipos distintos  
dá á la mujer hermosura,  
cual en pequeños recintos  
nos ofrece laberintos  
por el llano y por la altura.

—

Una y otra son á fe  
bellas: ángeles quizás  
que Dios á la tierra dé;  
mas á la verdad, no sé  
cuál de ellas me gusta más.



## EPITALAMIO.

Á MI PRIMA

LA SEÑORITA DOÑA MARIANA GÓMEZ Y PORTILLO.

Bello es cantar á las flores,  
á las auras y á las fuentes;  
pintar sus varios colores,  
y remedar los rumores  
de las aguas transparentes.

---

Grande, de irritados mares  
describir fiel el rugido,  
y las prendas singulares  
del que abandona sus lares  
tras un empeño atrevido.

---

Sublime, cantar las glorias  
de los antiguos guerreros,  
y relatar las historias  
verdaderas ó ilusorias  
de infanzones y pecheros.

Imitar el tierno trino  
de los pájaros cantores,  
es grato y es peregrino;  
mas no hay nada tan divino  
como cantar los amores.

---

Dios formó su sacro altar,  
y el ave, el pez y la flor,  
y hasta la tierra y el mar,  
no pueden nunca dejar  
de darle culto al amor.

---

La vida cual grato edén  
él presenta á nuestros ojos,  
que es amor hijo del bién,  
aunque en el mundo hay también  
quien le encuentre con abrojes.

---

El aire que respiramos  
cuando á nuestros labios llama,  
si embalsamado le hallamos,  
es porque en él encontramos  
algo que nos dice : «ama».

El pez que en las aguas gira  
cubierto de blanca escama,  
si por acaso nos mira,  
á la vez que se retira  
parece que dice: «ama».

---

La linda rosa de Mayo  
que del rosal en la rama  
recibe del sol el rayo,  
en su lánguido desmayo  
parece que dice: «ama».

---

Y el ave, el bosque y el mar,  
y cuanto tiene sonido,  
si llega al hombre á prestar  
canto, suspiro ó gemido,  
parece que dice: «amar».

---

Amor forma nuestro encanto;  
es el bién de la existencia;  
es aquel bálsamo santo  
que mitiga nuestro llanto  
en la edad de la inocencia.

Es el fecundo rocío  
que el fuego del pecho calma;  
es llama que ahuyenta el frío;  
es la flor que en el estío  
su aroma le presta á el alma.

—  
· Es el sol de primavera  
que vida nos viene á dar;  
es, en fin, ¿qué más dijera?  
es... ¡ay de mí! ¡quién tuviera  
un propio amor que cantar!

—  
Hoy, prima, que por tu enlace  
marchas de la dicha en pos,  
y que el ver te satisface  
que un sér dos séres se hace,  
y uno tan sólo de dos;

—  
Hoy que los sueños dorados  
que amenizaron tu vida  
vas á mirar realizados,  
y que colocan los hados  
á otra alma tu alma unida;

Hoy que el cáliz del placer  
al libar con afición,  
sentirás estremecer  
tu corazón de mujer  
ante tan noble pasión,

—

Quisiera que mi poesía  
pudiese en algo aumentar  
tu contento y alegría;  
quisiera que la voz mía  
á tí lograrse llegar,

—

Y que su canto sentido  
en tus amantes accesos,  
sonar pudiera en tu oído  
cual el mágico sônido  
de cién armoniosos besos.

—

Tal vez mis trovas de amores  
en tu pasión ideal,  
hagan subir tus colores  
al caminar con rubores  
hacia el tálamo nupcial.

---

Mas á mí también rubor  
me causa tu dicha toda,  
y diré con Campoamor:  
«silencio, que donde hay boda  
vela el ángel del amor.»



## TODO PASA

DÓLORA.

Niñas, no ponedme ceño  
al oír mi introducción,  
pues nunca fué mi intención  
turbar vuestro dulce sueño.  
Ante el porvenir risueño  
que os brinda vuestra alegría,  
sólo siento que es el día  
de placer y de ventura,  
triste presagio que augura  
cercana melancolía;  
pues al llenar su tasa,  
todo pasa en la vida, todo pasa.  
Sí, todo pasa en el mundo;  
no hay situación duradera,  
ni en el bién que el alma espera,  
ni en el mal fuerte y profundo.

En eso sólo me fundo,  
para perder el sosiego;  
pues si yo que os amo ciego  
ahora á vuestro lado estoy,  
la dicha que gozo hoy  
no podré gozarla luégo;  
porque al llenar su tasa,  
todo pasa en la vida, todo pasa.  
Mañana vosotras ya,  
unas ausentes de aquí  
y todas léjos de mí,  
sereis felices quizá;  
mas ¡ay! de mí ¿qué será?  
Cuando yo, que os quiero tanto,  
no pueda ver vuestro encanto  
y comprenda lo que pierdo,  
si no me queda el recuerdo  
¿con qué calmar mi quebranto?  
¡Ay! al llenar su tasa,  
todo pasa en la vida, todo pasa.



## IMPROVISACIÓN.

POR LA PACIFICACIÓN DE ESPAÑA DE LA  
GUERRA CIVIL.

Españoles: vosotros que en el pecho  
sentís la llama que el valor encierra;  
vosotros que en la paz y que en la guerra  
de la traición vencísteis el acecho,  
contemplad con aspecto satisfecho  
el triunfo inmenso que al malvado aterra,  
pues no más sangre regará la tierra  
y comienza el imperio del derecho.

Hoy á los brazos de la madre amante  
el hijo volverá de la campaña,  
y felices serán en adelante.

Dad al olvido la terrible saña,  
y celebrad suceso tan brillante  
con un... ¡Viva la paz de nuestra España!

— 1876 —



## Á MI AMIGO

EL INSPIRADO MÚSICO Y PORTA

DON JUÁN MARÍA GUERRERO DE LA PLAZA,

Autor de la zarzuela *Visiones y Duendes*.

Grande es el mundo: ante su aspecto solo  
la mente audaz la inmensidad midiendo,  
hacia Dios el espíritu levanta;  
mas nada existe que se iguale al hombre,  
pues hasta el mundo está bajo su planta.  
Sublime es la Creación: de Dios en ella  
la mano santa por doquier se mirá  
mostrando de prodigios un portento;  
pero nada arrebatá, nada admira,  
nada de Dios refleja la grandeza,  
cual los nobles destellos del talento.  
Dios crea; el hombre crea; sus creaciones  
modestas son ante el saber feundo  
del alto Sér que rige el Universo;

mas ellas prestan su adelanto al mundo,  
y son esencia pura,  
que en medio de flaquezas y miserias  
hacen al hombre de su Dios la hechura.  
Loor al talento: la grandeza humana  
en él tan sólo su poder encierra;  
loor á tí vate ilustre,  
que haces á la ignorancia cruda guerra (1).  
Loor al que ostenta la elevada frente  
en el teatral proscenio,  
ciñendo en una sola doblemente  
las coronas de músico y poeta  
con la divina inspiración del genio.  
Tú, que del mundo en la carrera inquieta  
miraste tu existencia deslizarse  
sin orgullo ni ciegas ambiciones  
como puede aquí mismo reflejarse  
por tus harto modestas pretensiones;  
tú, que en inercia á veces  
has quebrantado, acaso sin intento,

---

(1) Se alude á una oda burlesca del señor Guerrero, dedicada á los necios, y publicada en el número 43 de *La Ilustración Española y Americana*, el 1.º de Diciembre de 1872.

el sagrado deber que Dios impone  
al que siente en su mente  
la llama brilladora del talento,  
sigue con fe creciente  
esa gloriosa senda comenzada,  
pues es grato el camino  
de conquistarse por la gloria un nombre,  
y Dios ordena al hombre  
que realice en el mundo su destino.  
Tus dulces armonías  
preludios son de músicas suaves  
que en sublime concierto,  
acaso llegarán en otros días  
á sonar en el mágico palenque  
que tiene el mundo para el genio abierto.  
Deja vanas excusas  
y no digas en estas ocasiones  
que tu madura edad sin ilusiones  
se aviene mal al trato de las musas.  
Milton, Gounod y el mismo EcheGARAY,  
que en música y poesía  
modelos son de ingenio y de grandeza,  
muestran en el declive de sus años  
los casos más extraños  
de perfección, encantos y belleza.

No siempre el hombre de talento puede  
desde la edad florida  
dar de su alma la aromosa esencia,  
y á veces por la suerte combatida  
se queda oscurecida  
una preciosa y útil existencia.  
Mas lloremos en otras ocasiones  
estos tristes quebrantos,  
y alcemos nuestros cantos  
desnudos de inmodestas pretensiones.  
El sublime palenque del talento  
cubierto siempre de galanas flores  
preséntase á tus ojos;  
palenque donde lidian sin enojos  
los modernos y nobles gladiadores.  
El romper una lanza  
en tan noble y benéfico torneo;  
halagar una plácida esperanza  
tras de la cual el entusiasmo alcanza  
elevarse en las alas del deseo,  
no es censurable, no; pues siempre fuera  
digno de elogio y loa,  
aunque llegue el intento á ser quimera,  
y la esperanza que en la mente crece  
vana ilusión que el tiempo desvanece.

Artista: tú que sientes en tu pecho  
el fuego celestial del entusiasmo,  
salva el círculo estrecho  
donde vive tu genio oscurecido,  
pues ahora presta el hombre  
un modesto tributo á su memoria,  
y luégo acaso brillará tu nombre  
escrito sobre el libro de la gloria.  
Hoy, jóvenes amantes á las artes,  
por su claro talento distinguidos,  
alcanzan á tus dulces armonías  
aplausos merecidos.  
Hoy, un público amigo y bondadoso,  
acude con anhelo  
á admirar de tu genio caprichoso  
el gigantesco vuelo.  
Mañana ya te espera  
otra más digna y esplendente palma,  
y en más extensa esfera  
podrán sonar los cantos de tu alma.  
La senda del artista en su principio  
cubierta está de espinas y de abrojos;  
mas forma una cadena  
que se ostenta también de flores llena,  
la que partiendo de la mente humana

desde el terrestre suelo,  
acaba confundiéndose en la altura  
con los colores mágicos del cielo.  
Ya no hay que vacilar; el paso dado  
está; nada lo evita,  
y con afán constante  
«adelante, adelante»  
la firme voz del entusiasmo grita.  
Dispénsame que quiera  
atreverme á prestarte mis consejos  
cuando muy bién pedírtelos debiera;  
pero nos une la amistad, nos une  
el mismo afán, las mismas intenciones,  
y hablo con el derecho  
que tienen los que abrigan en su pecho  
amantes y gemelos corazones.  
Y si á la cumbre de la gloria humana  
llegases algun día  
y de la suerte caprichosa y vana  
lograses los favores por ventura,  
recuerda de tus triunfos en la altura  
cuando recojas de tu afán el fruto,  
que fué mi canto quien te dió primero  
de la amistad el sincero tributo.

## AL VIZCONDE DE RIAS.

## SONETO.

Feliz aquel que cruza placentero  
del vasto mundo los revueltos mares,  
como los cruza al divisar sus lares  
el náufrago y perdido marinero.  
Feliz quien con cariño verdadero  
pudo obtener al pié de los altares  
un ángel que le endulce sus pesares  
dándole el fruto de su amor sincero.  
¡Ay! feliz vos que en tan solemne día  
podeis ver que con mano bondadosa  
la Providencia vuestro amor bendijo;  
pues forma vuestra dicha y alegría  
un tierno abrazo de la amante esposa,  
y un dulce beso del querido hijo.



## EL ALMA DEL POETA.

A MI QUERIDA PRIMA

LA SEÑORA DOÑA ISABEL GÓMEZ DE PORTILLO.

## I.

Si yo cual Zorrilla tuviese en mi canto  
el lánguido encanto del ruido del mar,  
las íntimas notas que arrancan el llanto  
las que hacen á un tiempo sufrir y gozar,  
á tí que comprendes los leves sonidos  
del arpa divina que Apolo pulsó;  
á tí que recoges los ecos perdidos  
del alma que siente, y en ténues gemidos  
en forma de cántos al viento lanzó,  
con voz armoniosa cantando dijera  
los tiernos secretos del fiel trovador,  
las cuitas del alma que sufre y espera,  
cruzando este mundo con ráuda carrera,  
gozar las delicias de vida mejor.

Mas ¡ay! en mi boca, de rosa y claveles  
no existe la esencia que aspira el mortal,  
ni ostenta mi frente triunfantes laureles,  
ni viertè mí acento las líquidas mieles  
que ofrece á los labios el rico panal.  
No puedo en las hojas de libro divino  
leer, arrullando tu sueño ideal;  
mas puedo cantarte, pues es mi destino  
cantar entre flores, cual alza su trino  
el ave que llora detrás de un rosal.  
Por más que no cante cual cantan las aves  
ni tenga del alma las mágicas llaves,  
rebosa mi pecho ternura y pasión;  
escucha indulgente mis cantos suaves,  
que en ellos te ofrezco mi fiel corazón.  
Se hallaba la tierra de luz inundada;  
los mares bañaban su parte mayor;  
cruzaban las aves la fresca enramada  
lanzando sus trinos, y en tintas bañada  
en tallo flexible se alzaba la flor.  
Sonaba entre peñas el ráudo torrente;  
cruzaba el espacio feroz vendabal;  
y en tanto gemía la límpida fuente  
prestando sus aguas frescura al ambiente,  
y espejo á los ojos su hermoso cristal.

Los valles lucían sus flores preciosas;  
las sierras sus nieves de blanco color;  
y en grato contraste, de nieve y de rosas  
mostraban sus rostros las ninfas hermosas,  
veladas por nubes de casto rubor.  
Y todo en la tierra brindaba poesía,  
y todo en la mente brindaba á soñar:  
las bellas, las flores, las luces del día;  
los vagos fantasmas de noche sombría;  
los ecos del bosque y el ruido del mar.  
Mas ¡ay! despreciando tan mágico encanto  
pasaban los séres su triste existir,  
pues nadie á las nubes alzaba su canto,  
ni nadie vertía la risa y el llanto  
que vierten las almas que saben sentir.  
Y casi insensibles á tanta belleza  
miraban sus ojos la extensa creación,  
cual bruto que cruza la ruda aspereza  
sin ver de los mundos la hermosa grandeza;  
sin ver de los mares la inmensa extensión.  
Faltaba en la tierra un sér invisible  
que diese á sus cuadros brillante color;  
faltaba un artista con alma sensible;  
faltaba un pöeta; faltaba un cantor.  
Faltaba un ingenio de claro talento

que el fondo del alma pudiese agitar,  
llevando en sus labios el gérmen del cuento,  
y el eco armonioso del dulce cantar.  
Al fin en los aires oyóse su canto,  
que en sueños de hadas yo pude admirar;  
por más que en mis labios ya pierda su encanto,  
su origen divino te quiero contar.

## II.

Cuando en aquellos tiempos todos los séres  
deslizaban su vida como las flores,  
aún no había en la tierra lindas mujeres  
que fuesen el encanto de los amores.  
En una primavera, por la mañana,  
Eva bajó del cielo al Paraíso;  
y prescindo del lance de la manzana,  
pues contarle no debo sin tu permiso.  
Mas de la fruta aquella el dulce fruto  
vino al mundo afectando formas extrañas,  
y Eva que á los amores rindió tributo,  
sintió un sér en el fondo de sus entrañas.  
Este sér que inspiraba goces sencillos,  
fué el hijo predilecto de la fortuna;

cantaron su venida los pajarillos,  
y una alfombra de flores era su cuna.  
Mas su nombre no cita la antigua historia,  
pues sólo está en aquellas que son secretas,  
que se quedan grabadas en la memoria  
y sólo se trasmiten á los pöetas.  
Entonces en el mundo por vez primera  
brotó en los corazones puro cariño,  
cuando en otra mañana de primavera  
le dió su primer beso la madre al niño.  
Los bosques se cubrieron de amable encanto;  
meciéronse galanas las lindas flores;  
y al ver tantas venturas, el cielo santo  
bendijo el dulce fruto de los amores.  
La madre, que encontraba goces sencillos  
en aquel hijo tierno de sus entrañas,  
escuchaba encantada los pajarillos  
que cantaban saltando sobre las cañas.  
Y cual la hermosa Tetis al dios Vulcano  
pidió para su Aquiles una armadura,  
ella, de los espacios al Soberano,  
pidió para su hijo paz y ventura.  
El Dios de las bondades que oyó su ruego,  
dijo: «Ser venturoso no es su destino;  
no puedo concederle paz y sosiego;

mas le orlaré de flores por su camino.»  
Cruzó los hemisferios su voz secreta;  
creció sobre la tierra la altiva palma,  
y los dones divinos que dió al pöeta,  
de aquel niño inocente vertió en el alma.  
Las aves que cantaban por las riberas;  
las auras que besaban las lindas flores,  
fueron desde ese instante sus compañeras  
prestándole sus ecos murmuradores.  
Cubrióse con las galas que en la natura  
se ostentaban en una y en otra zona,  
y aún Dios que le miraba desde la altura,  
puso sobre sus sienes una corona.  
Él, de laurel y mirtos, y hermosas palmas,  
adornó su difícil, triunfante senda,  
al ver que de los mundos entre las almas  
al fin encuentra alguna que le comprenda.  
Tal el cantor primero al mundo vino  
según esas historias que son secretas;  
tal es su origen puro; tal el destino  
que los cielos conceden á los pöetas.  
Perdona de mi mente la audacia loca  
por intentar siquiera pulsar la lira;  
y si es que alguna gracia viste en mi boca,  
no es suya, que es del genio que se la inspira.

Mas díme si te gusta que yo te cuente  
los cuentos de las hadas y de las flores:  
dí, ¿te gustan acaso? pues ten presente  
que soy el más humilde de los cantores.  
Dime si del pöeta la noble alma  
te agrada cual la pinta mi fantasía:  
¿te encanta de sus triunfos la láurea palma?  
pues contempla en mis versos el alma mía.

— 1878 —



## Á ROSEL.

Una rosa y un clavel  
se amaban con gran ternura;  
él, preso de la hermosura,  
y ella, del cariño fiel.  
Cierta día, en el exceso  
de su pasión amorosa,  
miró el clavel á la rosa,  
y el viento llevóla un beso.  
Mas este beso de amor,  
dado con tanta inocencia,  
vino á formar la existencia  
de una nueva y linda flor.  
Era de figura hermosa,  
y de aroma delicioso;  
cual engendro misterioso  
de un clavel, y de una rosa.

Lleno de amor el clavel  
su nombre darle intentó;  
mas la rosa dijo: «nó;  
la llamaremos Rosel.»  
Con tal nombre por divisa  
fué de todos admirada,  
y en su jardín columpiada  
por los besos de la brisa.  
Y siendo de los amores  
el lazo sencillo y santo,  
vino á formar el encanto  
de aquellas sensibles flores.  
Pasó el tiempo; cierto día  
ante mis ojos te ví,  
y esta historia comprendí  
que casi en duda tenía.  
Pues tu nombre al preguntar,  
me dijeron: «es Rosel;»  
y ya no pude dudar  
de la historia singular  
de la rosa y el clavel.



Á LAS LINDAS SEÑORITAS

que toman parte en las representaciones teatrales de casa de los

SEÑORES DE AHUMADA.

El que cultiva el arte  
con firme anhelo,  
cultiva el don más alto  
que otorga el cielo;  
pues sus laureles  
Dios ha puesto en la Gloria,  
y en ella crecen.

—  
Dios formó de la nada  
un paraíso,  
pues la senda del arte  
trazarnos quiso:  
Él fué el primero  
que la marcó, y el hombre  
siguió su ejemplo.

Colores y sonidos,  
formas y aroma,  
de la esencia divina  
el arte toma;  
pues es su lema,  
reflejar en el mundo  
de Dios la esencia.

---

Vosotras, niñas bellas,  
en vuestro acento  
expresais de las artes  
el pensamiento;  
pues teneis, niñas,  
corazón de poeta  
y alma de artista.

---

Los ángeles divinos  
que arriba moran,  
con corales sonrien,  
con perlas lloran:  
perla y corales  
mostrais en vuestros rostros,  
como los ángeles.

Laurel inmarcescible,  
laurel luciente  
orla de los artistas  
la altiva frente;  
y yo afanoso  
en vuestras lindas trenzas  
laureles pongo.

---

¡Ay! si algunos de aquellos  
en mí brillaran,  
de mis sienes gustoso  
les arrancara,  
y á vuestras frentes,  
con el mayor cariño  
yo les ciñese.

---

Mas soñando esta dicha  
que me ilusiona,  
os tejen mis cantares  
una corona;  
tomadla, os ruego,  
pues en ella os dedico  
mis pensamientos.

Adela de mis sueños,  
hermosa Adela,  
tú que tienes la gracia  
de la gacela,  
deja un instante  
que yo te mire tierno,  
que yo te cante.

—

Paz de mis pensamientos,  
Paz de mi vida,  
ilusión de ilusiones,  
niña querida,  
tú eres el faro  
que alumbra mi existencia  
con sus encantos.

—

Margarita preciosa,  
niña bonita  
cual la flor que se llama  
la margarita;  
oye mi acento,  
que es el eco que brota  
del sentimiento.

---

Y tú, Julia hechicera,  
niña galana  
como la luz que brilla  
por la mañana;  
toma las flores  
que arrojen á tu paso  
los trovadores.

—

Muchos en vuestros rostros  
miran su cielo,  
y yo para mirarlos  
suspiro y velo;  
por Dios os pido,  
que acojais bondadosas  
este suspiro.

—

¡Niñas de hermosos ojos  
que son mi encanto!  
dejad á este poeta  
que os quiere tanto,  
que pueda al ménos,  
decir á vuestro oído  
sus pobres versos.

## A GRANADA.

Es Granada la tierra de Andalucía  
á la que yo profeso mayor cariño,  
pues siempre la he mirado cual cosa mía  
desde que ví sus torres cuando era niño.

Allí ví deslizarse las primaveras  
en un edén eterno de lindas flores,\*  
caminando del Dauro por las riberas  
y oyendo de la Alhambra los ruiseñores.

Allí tuve la cuna de mis placeres;  
allí tuve la causa de mis desvelos;  
allí ví los hechizos de unas mujeres,  
que tienen unos rostros .. ¡ como los cielos!

Granada la frondosa, fué la primera  
que me dió de poeta sencilla palma,  
y es la primer victoria tan lisonjera,  
que siempre su recuerdo conserva el alma.

Allí miré calmarse mis aficciones  
cuando la suerte adversa me combatía;

allí ví cómo sienten los corazones  
que respiran el aire de Andalucía.

Por más que nada valgan mis cantilenas;  
por más que mis canciones no valgan nada,  
yo calmaré cantando todas las penas  
tan sólo con el nombre de mi Granada.

Porque Granada causa tales sorpresas;  
porque en ella se encierra tanto tesoro,  
que conmueve los pechos de las iglesias,  
y sólo al recordarla suspira el moro.

Allí llegan las gentes del mundo entero  
para ver un encanto tan sin segundo;  
pues Granada, señores, es un salero,  
que contiene reunida la sal del mundo.

El que no la haya visto, no ha visto nada  
ni conoce siquiera la tierra hermosa;  
é igual si no se enfada que si se enfada,  
desde ahora mismo digo que no me tosa.

Allí con las guitarras de cuerdas finas  
pulsadas por hermosas manos pequeñas,  
se principia cantando las granadinas,  
y se acaba cantando las malagueñas.

Allí no hay una mente que no se inspire;  
allí no hay una pena que mucho dure;

allí no hay una brisa que no suspire;  
allí no hay un arroyo que no murmure.

Allí nunca las flores se quedan mustias  
ni el sol les quita aromas aunque quisiera,  
pues las riega la virgen de las Angustias  
con el Genil que pasa por la Carrera.

Allí todas las niñas tienen amores;  
allí todos los hombres tienen placeres;  
allí cantan alegres los ruiseñores;  
allí viven felices todos los séres.

Hermosas arboledas con su frescura  
mitigan los ardores en el estío,  
y luégo con las talas de la espesura  
dan calor á los pechos que sienten frío.

Paisajes variados hay en la Vega  
que muestran á los ojos tiernos encantos,  
y caminan los ríos con que se riega  
entre bosques de acacias con amarantos.

Allí todo el que quiere y el que no quiere;  
allí todo el que ama y el que no ama;  
allí todo el que nace (si no se muere)  
tiene siempre requiebros para su dama.

Allí tienen su cuna los trovadores;  
allí todos los pechos libres respiran;

allí todas las auras cantan amores,  
cuando en las verdes frondas de amor suspiran.

· Noto que se me calma toda mi pena;  
pienso que soy el aino del mundo entero,  
cuando una granadina, rubia ó morena,  
me dice sollozando «¡cuánto te quiero!»

Por más que me costase perder la vida;  
por más que me valiera quedarme mudo,  
siempre, Granada hermosa, prenda querida,  
te diré cuando cante: yo te saludo.

Tú que al pecho agitado vuelves la calma;  
tú que con tu recuerdo mi alma recreas;  
tú que tiernos encantos le das al alma,  
permite que te diga: ¡Bendita seas!

Que es Granada la tierra de Andalucía  
á la que yo profeso mayor cariño,  
pues siempre la he mirado cual cosa mía  
desde que ví sus torres cuando era niño.



## LA DAMA Y EL RETRATO.

Una dama voluble é inconstante,  
como suelen ser ellas  
(aunque yo nunca de ofenderlas trato),  
contemplaba con vista penetrante  
de otra dama gentil las formas bellas  
que mostraba un magnífico retrato.  
—Era hermosa,—decía,  
—hermosa y digna de mayor ventura;  
mas no fué culpa mía  
que él no encontrase encan'ó en su hermosura.  
Me vió, y entre mis redes  
quedó desde el instante prisionero.  
¡Pobre don Juan Paredes!  
Era un noble y cumplido caballero.  
Casi siento tristeza  
y aquí le tengo fijo en la memoria.  
¡Mal haya mi flaqueza!  
¡Pues no voy á llorar su triste historia!

Aún recuerdo aquel día  
en que por mí murió de una estocada:  
él defender quería  
mi fama, por un pérfido ultrajada,  
pero... ¿quién se entromete  
en sociedad francesa ni española,  
sin tirar al florete  
ni ser tampoco diestro en la pistola?  
Él era un pobre necio  
con pecho audaz y corazón de niño:  
su nombre no me inspira gran cariño;  
solamente merece mi desprecio.—  
Así la dama hablaba,  
y en tanto con la vista distraída  
pasaba y repasaba  
las páginas del libro de su vida.  
Cién jóvenes apuestos,  
que hoy son tal vez á nuestra dama ingratos,  
tenian en su album dignos puestos  
que ocupaban magníficos retratos.  
Mas los hermosos ojos de la dama  
al fin se detuvieron,  
y una brillante y ardorosa llama  
de pronto despidieron.  
Otro retrato que su mano toca

motiva sus enojos,  
mostrando los insultos en la boca  
y el desprecio en los ojos.  
Le mira con despecho,  
aunque el alma al mirarle se acalora:  
oprime con la mano su albo pecho,  
y al fin de rabia llora.  
Aquel raudal de cristalino lianto  
que sus megillas quema,  
era tal vez el postrimero canto  
de un lúgubre pöema.  
—¡Pérfido! ¡Infame!—Dice.  
Tu torpe lengua me insultó traidora.—  
Su labio le maldice;  
mas ¡ay! el pecho á su pesar, le adora.  
Ante aquella figura que con calma  
se le muestra delante,  
de nuestra dama la insensible alma  
se pinta en su semblante.  
¡Oh enigma incomprensible de una bella!  
¡Oh poder de un retrato!  
Desprecia al hombre que murió por ella,  
y adora á aquél que la desprecia ingrato.

## SECRETOS DEL AMOR.

¿Por qué cuando me miras extasiada  
mientras escribo yo,  
hacia el suelo diriges tu mirada  
cuando acabo el renglón?  
¿Por qué cuando extasiado yo te miro  
mientras que bordas tú,  
se escapa de tus labios un suspiro  
y se ilumina tu pupila azul?  
¿Por qué cuando tu mano luégo estrecho  
ciego ya de pasión,  
se conmueven las fibras de tu pecho  
con extraño temblor?  
¿Por qué cuando te ves entre mis brazos  
te retiras con loco frenesí,  
y si desdeño tus amantes lazos  
te vienes hacia mí?  
¿Por qué cuando te muestras algo grave  
te cubres de rubor?  
¿Por qué no me respondes? ¡Ay! ¡Quién sabe!  
Secretos del amor.

## LA CHOZA DEL CAMPESINO.

Una hermosa mañana del mes de Mayo  
marchaba yo gozoso por la alameda;  
el sol daba á la tierra su tibio rayo,  
formando mil cambiantes en la arboleda.  
Montado en un caballo de piel tostada  
iba yo recorriendo la vega hermosa,  
escuchando el murmullo de la cascada  
y mirando la dalia junto á la rosa.  
Adormecido entonces mi pensamiento  
por el aroma grato de aquellas flores,  
sólo marchaba á impulso de un sentimiento,  
pues soñaba mi mente locos amores.  
Á muy poca distancia de do me hallaba  
una cabaña humilde se distinguía;  
era del campesino que allí guardaba,  
y una joven hermosa con él vivía.  
El fruto fué sin duda de los amores  
que adurmieron sus años más juveniles;

la niña era tan bella como las flores  
y ostentaba orgullosa sus quince abriles.  
¡Oh cuántas veces yendo de alegre gira,  
la ví salirme al paso con loco empeño!  
La pobre me miraba como se mira  
la visión seductora de dulce sueño.  
Tal vez en el retiro de su pobreza  
no admiró nunca el fausto de los salones,  
y miraba con esa ruda franqueza  
de aquel que nunca oculta sus impresiones.  
Yo observé sus miradas y su hermosura;  
y si Luzbel fingía forma tan nueva,  
comprendo bién que presa de una locura  
comiese de la fruta la madre Eva.  
Arrastrado aquel día por vago impulso  
de mi noble caballo torcí la rienda,  
y sintiendo mi pecho todo convulso,  
de la humilde cabaña tomé la senda.  
Al golpe acompasado del casco duro,  
tal vez la pobre joven quedó alarmada:  
yo por fin á la choza llegué seguro,  
y ella, siempre risueña, guardó la entrada.  
Descabalgué ligero junto á la hermosa:  
agua pedí: la niña nada se extraña:  
al punto por servirme mostróse ansiosa,

y los dos penetramos en la cabaña.  
Bebí de fresca jarra: senteme luego  
en un banco de piedra que allí tenía:  
el alma de la joven era de fuego,  
y yo cual leña frágil en él ardía.  
Sus expresivos ojos, como dos puntas  
en mi pecho causaban terrible daño:  
hice al fin á la hermosa varias preguntas,  
y ella me respondía con gozo extraño.  
Yo cada vez más tierno me aproximaba:  
ella oyéndome ansiosa, se enrojecía:  
mas al verme tan cerca... no me miraba;  
y yo al verla tan lejos... enloquecía.  
Alceme de mi asiento; delirio insano  
puso por un instante mi vista incierta:  
precipíteme ansioso; cogí su mano,  
y se quedó la niña como una muerta.  
Mi mente que agitaba luchar violento,  
admiró la belleza de una escultura:  
asaltaron mil sombras mi pensamiento,  
y besé con cariño su frente pura.  
Mas mi afecto no pudo causarle agravio  
ni había en mis acciones ningun exceso;  
que el beso que en su frente grabó mi labio,  
era la esencia pura de un casto beso.

Tornarme quise entonces á mis deberes;  
y con voz conmovida del mal ajena,  
dije mirando al cielo: ¡Qué hermosa eres!  
Procura niña mía ser siempre buena.  
Si de tu pecho sientes allá en lo interno  
cierto secreto impulso que te domina,  
recuerda las veladas de aquel invierno  
que aprendiste el precepto de la doctrina.  
Olvida los delirios que en vano fraguas  
y vuelve tus miradas de amor ansiosas,  
á las rosas que brillan sobre las aguas,  
y á las aguas que corren entre las rosas.  
Mírate en el espejo de sus cristales  
limpio cual la conciencia del inocente,  
y verás, niña mía, lo que tú vales  
brillando la pureza sobre tu frente.  
¡Ay, ojalá que nunca de amor profano  
embarguen los delirios tu inteligencia,  
y nunca venga el hombre con torpe mano  
á hollar la flor sencilla de tu inocencia!  
¡Quién pudiera, bien mío, sobre tu frente  
guardar la rica aroma de los pensiles,  
y hacer que se prolonguen eternamente  
puros cual son ahora tus quince abriles!  
Déjame que atropelle con loco empeño

las piedras que se pongan en mi camino;  
mas despertar no quiero del casto sueño  
á la que aún duerme en brazos de su destino.  
Sigue siempre la senda recta y hermosa  
y olvida mis locuras, mal que me cuadre;  
sé siempre buena hija; sé buena esposa,  
y lograrás al cabo ser buena madre.  
De mi acento no extrañes el cambio rudo  
ni temas la doctrina de mi consejo:  
¡Ojalá ser pudiera siempre tu escudo!  
Pues yo niña, aunque jóven, soy algo viejo.  
Poco soy en el mundo y aún menos valgo;  
mas si alguna vez sientes mortal desvelo,  
ya sabes que quisiera servirte en algo  
y que siempre á mi lado tendrás consuelo.  
Así dije á la niña: sentíme ufano  
por dejarla tan pura de fe cubierta:  
me acerqué con respeto; besé su mano,  
y de la humilde choza salvé la puerta.  
Mi caballo esperaba piafando altivo  
y al verme dió un relincho con voz ahogada;  
le cogí por las riendas; tomé el estribo,  
y agarré bruscamente su crín tostada.  
Salté sobre la silla: corrí la espuela,  
y el corcel arrogante salió escapado:

y gozoso mirando que casi vuela,  
aspiré los efluvios del fértil prado.

.....  
Pasaron varios meses; gustos añejos  
á veces me tornaban á aquel camino;  
y al pasar á caballo, siempre de lejos,  
contemplaba la Chozo del Campesino.

— 1879 —



## LA INUNDACIÓN.

## I.

Negra es la noche: por el ancho espacio  
ni una estrella fulgura;  
el mundo duerme su pesado sueño,  
y es imponente su tristeza muda.  
Densas nubes se esparcen por doquiera  
y entre su espesa bruma,  
parece que las sombras se destacan  
cual fantasmas salidos de las tumbas.  
Fatídico el ambiente se respira  
y allá en la selva oscura,  
ni de las aves el nocturno canto  
de los mortales el silencio turba.  
Parece que los campos y los pueblos  
triste presagio auguran;  
y la noche con fúnebres crespones  
anchas comarcas de improviso enluta.

Allá en las tierras donde el sol de España  
primeramente alumbra,  
y fecundan dos ríos caudalosos  
la extensa huerta de la rica Murcia;  
allá en los bellos y frondosos valles  
por do corre el Segura,  
todo reposa en indolente calma  
envuelto de la noche en la penumbra.  
Mas ¡jay! de pronto formidable ruído  
entre los aires zumba,  
y el murmullo imponente de las aguas  
devastaciones por doquier anuncia.  
Por las anchas y fértiles campiñas  
cubiertas de verdura,  
el eco de rugiente catarata  
en dilatados ámbitos retumba.  
En los pueblos y grandes caseríos,  
y en la barraca ruda,  
y en la moderna quinta deliciosa,  
y hasta en la humilde gruta,  
todos despiertan á la voz de alarma  
que por doquier se escucha,  
y ante el cuadro que tienen á sus ojos  
tan solamente salvación procuran.  
Y el agua crece, y crece, y se ajiganta,

y en montañas de espuma  
envuelve el prado, la llanura, el valle,  
y pretende llegar hasta la altura.  
Y sigue, y sigue, y el peligro crece,  
y se aumenta la angustia;  
y se inunda por fin el campo todo,  
y hasta las almas de pavor se inundan.  
Cuál, busca ansioso los queridos séres  
que forman su ventura,  
y corre, y corre, y al mirarlos léjos  
la misma muerte delirante busca.  
Cuál, vuelve entonces de su hermoso sueño  
de amor y de ternura,  
para gozar el sueño misterioso  
que ni el placer ni los dolores turban.  
Cuál, vuela en pos de los objetos caros  
en que va su fortuna,  
y más caros los hace con su vida  
que pierde al fin en espantosa lucha.  
Y sobre todo, aterrador, gigante,  
ahogando tanta angustia,  
el desbordado líquido elemento  
en ignorados cáuces se derrumba,  
Al golpe asolador de la corriente,  
bajo sus aguas turbias,

se destruyen los bosques seculares  
do se inspiraba la morisca guzla.  
Y casas, y barracas, y peñascos  
en multitud confusa,  
cubren de ruinas los extensos valles  
que fueron paraíso de hermosura.

## II.

Entre tanto, cual eco dolorido  
que sueña en el estruendo,  
el lúgubre clamor de la campana  
se esparce por el viento.  
Su débil voz anuncia á los mortales  
que yacen en el sueño,  
que amenaza sus bienes y sus vidas  
un peligro tremendo.  
Mas ¡ay! que ya su acento inesperado  
no sirve de consuelo;  
pues más bién que anunciarles un peligro,  
parece toca á muerto.  
Unido con el ¡ay! del muribundo  
que en ruinas queda envuelto,  
acompaña á los gritos de agonía  
que salen de su pecho.

El eco aterrador de los torrentes  
confunde sus lamentos,  
y parece que el mundo se desploma  
bajo la inmensa cúpula del cielo.  
Todo ignorado por de pronto queda  
de negra noche bajo el manto denso;  
y ni siquiera saben los que viven  
quiénes ¡ay! sucumbieron.  
En medio del peligro que amenaza  
aquel fecundo suelo,  
logran por fin salvarse de la muerte  
los de mayor esfuerzo.  
Las copas de los árboles gigantes  
que al agua resistieron,  
más de una vez les sirven de guarida  
á vivientes espectros.  
Y hasta en la altura de la iniesta cumbre  
donde posa su vuelo  
el águila caudal que se remonta  
en alas del deseo;  
y hasta en el pico de la roca brava  
donde se estrella el huracán violento;  
y hasta en la agreste descarnada cima  
de los cercanos cerros,  
hay séres que se elevan anhelantes

de las aguas huyendo,  
cual si otro nuevo torrencial diluvio  
llegase á amenazar al universo.  
Por fin pasó la noche; la natura  
rasgó su manto negro,  
y vino á iluminar tanta desgracia  
la hermosa luz del cielo.

## III.

Claro es el día: por el ancho espacio  
radiante sol fulgura;  
el mundo vuelve de su inquieto sueño,  
y es imponente su tristeza muda.  
Vasto montón de muertos y de ruínas  
el ánimo conturba,  
al extender la vista vacilante  
por las antes fructíferas llanuras.  
Mas pasada la noche pavorosa  
que aquel paisaje enluta,  
un sol de caridad y de esperanza  
logra bañarle con su llama pura.  
Pues cual del sol los rayos luminosos  
vivifican y alumbran,

los nobles sentimientos de la patria  
vienen de sus hermanos en ayuda.  
Mas ¿qué digo? ¡la patria! el mundo todo  
hoy ansioso secunda  
la obra de caridad y de consuelo  
á que el bién nos impulsa.  
¡Felices esos pueblos generosos  
que del triste las lágrimas enjuran!  
¡Feliz el que cultiva las bellezas  
con que Dios nos eleva hasta su altura!

— 1879 —



## ZARAGOZA.

*«Zaragoza es un rosal  
que ha nacido en Aragón,  
y la Virgen del Pilar  
es el capullo mejor.»*

(CANTAR.)

Cuando la luz de la naciente aurora  
las campiñas colora  
con matices de aljófár y de grana,  
y se escuchan los cánticos süaves  
de las canoras aves  
que saludan la cándida mañana:

—  
Cuando el sol despuntando por Oriente  
al elevar su frente  
baña la tierra con su tibio rayo,  
y entre paisajes de cambiantes rojos  
presenta á nuestros ojos  
las empinadas crestas del Moncayo;

Cruzando en coche por la fértil vega  
que con sus aguas riega  
el Ebro undoso que en Navarra mana,  
logré escuchar con religioso encanto  
este sencillo canto,  
símbolo tierno de la fe cristiana.

---

La voz del campesino misterioso  
con acento armonioso  
se hizo después oír con nuevo brío;  
y en tanto que mi coche caminaba,  
mi vista se extasiaba  
en las hermosas márgenes del río.

---

Las torres del Pilar y de la Seo,  
calmando mi deseo,  
al fin se presentaron á mis ojos,  
y pronto pude hallarme frente á frente  
de la ciudad valiente  
que arrojó de la Francia los enojos.

---

Con extensión y formas bien distintas  
sus torres ó sus quintas  
se ostentaban cubiertas de follaje,

---

y las nubes que en torno las cercaban  
mil sombras destacaban  
en el inmenso fondo del paisaje.

—

Tras aquellos oscuros nubarrones,  
cual mágicas visiones  
se fueron presentando á mi memoria  
las sombras de Lanuza y otros varios  
hombres extraordinarios,  
que aún viven en los fastos de la historia.

—

Y en este imaginario laberinto,  
al llegar al recinto,  
cuna de tantos célebres varones,  
el mundo todo parecióme estrecho,  
pues brotaba en mi pecho  
el valor de las épicas acciones.

—

Recordé las murallas destruidas  
que millares de vidas  
costaron al ejército enemigo,  
y mis ojos buscaron afanosos  
los reductos y fosos  
que á nuestras tropas dieron fuerte abrigo.

Mas nada ví; pues en aquella tierra  
por defensa en la guerra  
tienen sus hijos pechos de leones,  
y ellos mueren cumpliendo sus deberes,  
y áun luchan las mujeres  
entre el ronco rugir de los cañones.

—

Admirando aquel pueblo valeroso  
cruzaba silencioso  
calles aún entregadas al sosiego,  
y al buscar la razón de tanta gloria,  
se vino á mi memoria  
el armonioso canto del labriego.

—

La religión sublime y sacrosanta  
que hasta Dios nos levanta  
haciéndonos llegar al heróismo,  
es fuente inagotable de grandeza;  
y un pueblo cuando reza,  
es digno de ser dueño de sí mismo.

—

La religión eleva en nuestra mente  
un altar refulgente  
para todos los nobles sentimientos,

y ella les presta en todas ocasiones  
valor á las naciones  
cuando son generosos sus intentos.

---

¡La libertad! Esa sublime idea  
no puede ser atea  
ni va tras ciegas fuerzas materiales:  
hija es de Dios, en nuestras almas mora,  
y el pueblo que la adora  
la traduce en acciones inmortales.

---

La apetecida libertad, hermana  
es de la fe cristiana  
aunque á algunas escuelas les asombre,  
y ellas salvaron á la patria mía:  
que Dios nos las envía  
para realzar la dignidad del hombre.

---

Ojalá quiera el cielo que yo muera  
besando la bandera  
en que brille este lema sin segundo:  
«Religión al Autor de lo creado:  
libertad al Estado:  
independencia ante la faz del mundo.»

Movido por tan nobles sentimientos,  
á los pocos momentos  
apenas en el suelo dió mi planta,  
me dirigí con paso presuroso  
por la calle del Coso  
al templo de la Virgen saerosanta.

—

Pasé otra larga calle, y á su extremo  
ví con gozo supremo  
la santa casa de la Virgen pura,  
y en ella entré con paso vacilante  
cual pobre navegante  
que va perdido entre la niebla oscura.

—

Largas naves, capillas suntuosas,  
bóvedas espaciosas  
que arrancan de magníficos pilares;  
claraboyas con luz por todos lados,  
y cancelos sagrados  
que defienden imágenes y altares.

—

Eso ví; pero nada allí fascina  
cual la efigie divina  
á quien el pueblo con fervor adora:

La Virgen del Pilar, faro del cielo  
que dá luz y consuelo  
al desgraciado que á sus plantas llora.

---

Allí postrado con pesar vehemente  
ví cruzar por mi mente  
dulces recuerdos de la edad querida,  
en que mi madre al templo me llevaba  
y á pedir me enseñaba  
consuelo en los tormentos de la vida.

---

Cuando en Madrid con familiar concordia  
paz y misericordia  
pedimos á la Virgen de este nombre,  
y de mi madre me inspiró el cariño  
la santa fe del niño  
que aún en el corazón conserva el hombre.

---

Mas ¡ay! al comparar en mi conciencia  
con aquella inocencia  
los males con que al cielo causo enojos,  
el suelo con fervor besé contrito;  
y al medir mi delito,  
se arrasaron en lágrimas mis ojos.

Era tal mi amargura, tal mi pena,  
que aún ella me enajena  
y llevo de dolor transida el alma;  
pero la Virgen, siempre bondadosa,  
con mano cariñosa  
vertió en mi corazón su santa calma.

---

Alceme al fin: tras el altar sagrado  
dejé un beso grabado:  
mas ¡ay! tantos hicieron ya lo mismo,  
que desgastado el mármol por el roce,  
claro allí se conoce  
cuán inmensa es la fe del Cristianismo.

---

Salí; mas no calmado mi deseo,  
ví el templo de la Seo  
de más seria y sublime arquitectura,  
y al recorrer sus naves solitarias  
elevé mis plegarias  
á la mansión donde la luz fulgura.

---

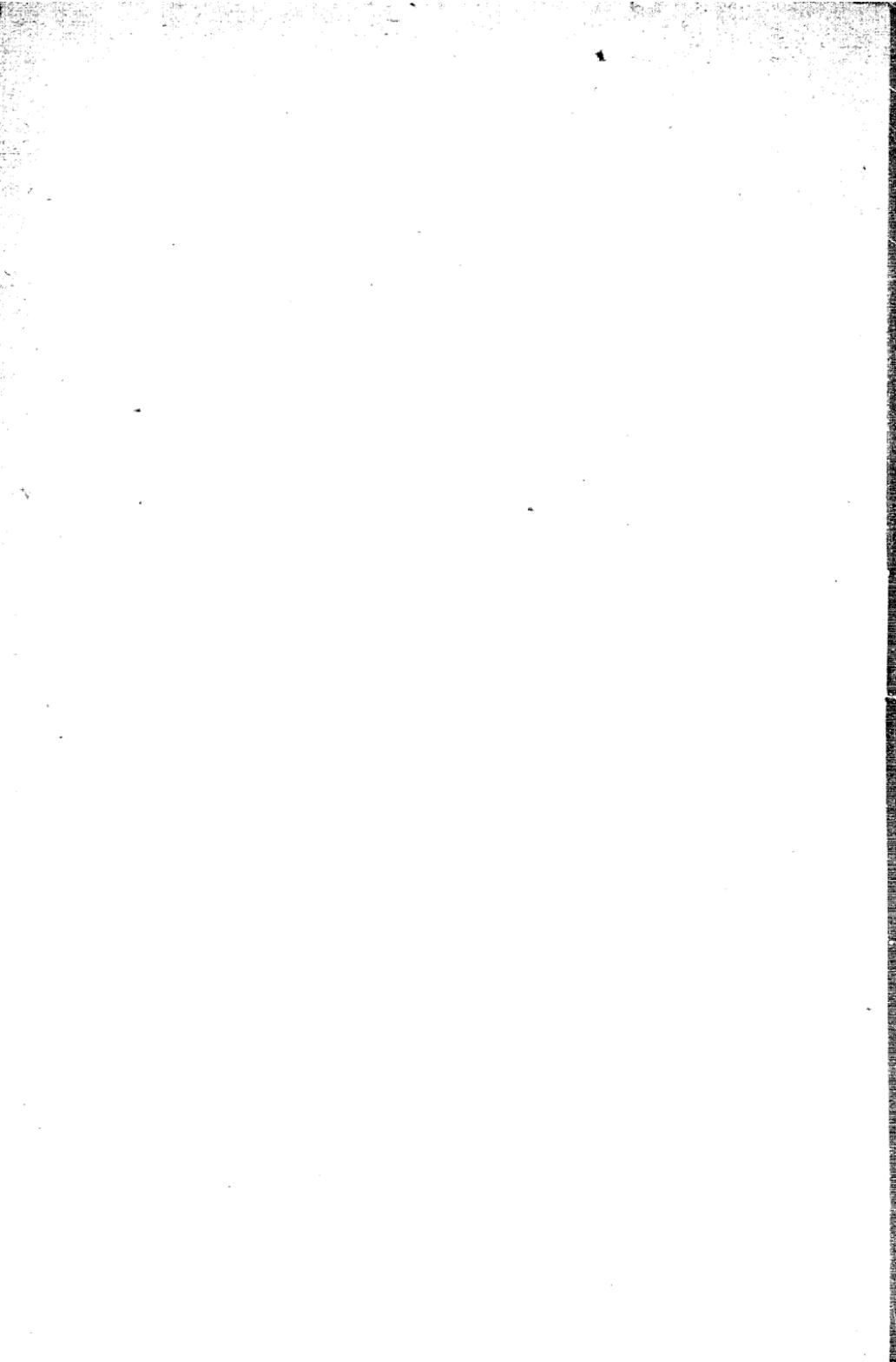
Crucé luego las calles por doquiera;  
mas ¿qué decir pudiera  
después de lo que brota de mi labio?

cuanto yo ví y en la ciudad existe,  
fuese pálido y triste  
y á los oídos infriese agravio.

—  
Cansado al cabo, pero más tranquilo,  
fuí á buscar mi asilo  
pensando de mi patria en la grandeza;  
y con paso ya ménos presuroso,  
por la calle del Coso  
llegué á una plaza de gentil belleza.

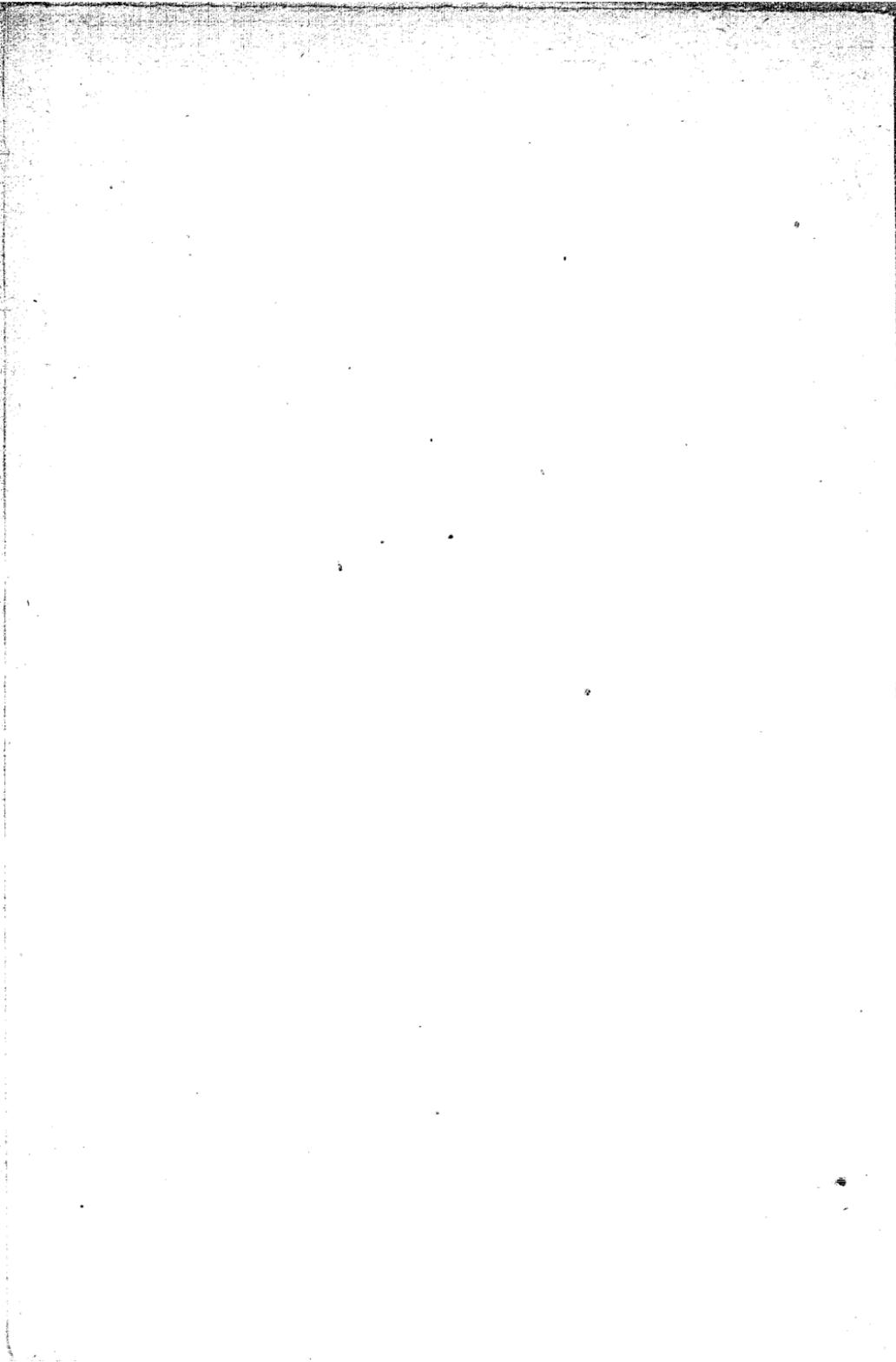
—  
Luégo apurada del placer la copa  
dejé el hotel de Europa  
y entré en un coche que á su puerta vino;  
y ocultando en su fondo mi cabeza,  
fuí viendo con tristeza  
las calles que encontraba en mi camino.

—  
Partió el tren que á la corte me traía;  
pero conforme huía  
de la hermosa ciudad zaragozana,  
aún sonaba en mi oído con encanto  
aquel sencillo canto  
símbolo tierno de la fe cristiana.



SEGUNDA PARTE

AYES DEL ALMA



---

---

## INTRODUCCIÓN.

Cual ancho panorama delicioso  
ante mi vista el mundo se destaca,  
dispuesto á recibir en su recinto  
los ayes de mi alma.

En medio de la fiebre que me agita  
doquiera que dirijo mis miradas,  
vagando por perdidos horizontes  
mi mente se dilata.

En vano busca los afectos santos  
que en su temprana edad acariciaba,  
pues siempre los persigue con anhelo;  
pero nunca los halla.

El amor, la amistad, el patriotismo;  
la ciencia y el saber; la gloria humana;  
todo, todo se pierde ante mi vista  
como la niebla vaga.

Todo es loca ilusión, empeño vano:  
amor, hueca palabra;

¡feliz el inexperto pretensioso  
que piense que le aman!  
La mujer, esos seres tan queridos  
son una hermosa plaga,  
que vino á arrebatarnos el sosiego  
á este valle de lágrimas.  
Una mujer con su primer pecado  
hundió la humanidad en la desgracia;  
por otra se perdió la altiva Troya,  
y por otra la España.  
Lucrecia en Roma con su amor lascivo,  
y en Egipto Cleopatra,  
causaron los históricos trastornos  
que nos cuenta la fama.  
San Juan, por el capricho de una hermosa  
dió á los verdugos su cabeza santa,  
y hasta yo llevo siempre el pecho herido  
por culpa de otras varias.  
Siempre la humanidad en su carrera  
por ellas encontró la suerte aciaga;  
pues para hacer estragos en el mundo,  
ser mujeres, y basta.  
La amistad: frase falta de sentido  
que siempre se repite con empeño:  
todos somos amigos; pero pocos,

amigos verdaderos.

Sólo aquel que resiste los embates  
del azar y del tiempo,  
es digno de llevar el dulce nombre  
con que se expresa tan sublime afecto.  
La noble abnegación, el patriotismo;  
cuestión de comedero  
que á veces toma forma de gallina  
ó pavo succulento.

Los sacrificios que la patria exige  
hoy tan sólo son estos;  
y deben ser muy pocos los Guzmanes  
que vayan al Congreso.

Podrá tal vez haber un diputado  
que lleve este apellido de abolengo:  
de fiyo no lo sé; mas si lo hubiese,  
él podrá ser Guzmán, pero no bueno.

La ciencia y el saber, virtud inútil:

*Lo que vale el talento*  
se titula una obrita deliciosa  
escrita con esmero.

Murió Colón abandonado y pobre  
legando un mundo á los futuros tiempos:  
Cervantes en su mísera buhardilla  
lanzó su último aliento:

ambos sabios sintieron en la tierra  
su corazón de desengaños lleno,  
y así todos los sabios de este mundo  
han vivido y han muerto.  
¿Qué queda, pues, de cuanto el hombre anhela?  
La gloria: orgullo necio;  
que al que hoy eleva en lenguas de la fama,  
mañana arroja por el duro suelo.  
No hay gloria en este mundo miserable  
que dé á los hombres por sus obras premio;  
pues para aquel que la virtud cultiva,  
la gloria... está en el cielo.  
Tan sólo de la luz que en él fulgura  
como vivo reflejo,  
se suele hallar á veces en la tierra  
un puro y elevado sentimiento.  
El amor paternal; palabra santa;  
tierno y sublime afecto:  
¡ay! yo que por mi mal de todo dudo,  
tan sólo en eso creo.  
Y ¿cómo no? La que me dió su sangre  
y me abrigó en su seno;  
el que formó mi sér de su sér mismo,  
¿no han de quererme, oh cielos!  
Si yo algun día de su amor dudara

y ya no los quisiera cual los quiero;  
si esto fuese posible... mas ¿qué digo?  
Tan sólo de pensarlo tengo miedo.  
Perdón, perdón; mi mente se extravía:  
loco está mi cerebro:  
¿qué iba á decir, Dios santo? No lo he dicho,  
y casi me avergüenzo.  
No existe en ellos falsedad ni dolo:  
al calor de sus besos  
yo tambien quise amar en esta vida,  
y en ellos encontré mi amor primero.  
Era entónces mi afecto tan sencillo;  
era mi amor tan tierno,  
que hasta dudo que exista amor más puro  
ni áun en los mismos ángeles del cielo.  
Mas conforme crecian mis pasiones  
iba mi amor creciendo,  
hasta que al fin llegado cierto día  
ya se ahogaba en la cárcel de mi pecho.  
Niño entónces, pensé que el mundo todo  
era un verjel ameno,  
y buscaba horizontes dilatados  
donde tender de mi pasión el vuelo:  
y en alas de mis bellas ilusiones  
crucé del mando por el mar revuelto,

cayendo al fin entre sus turbias aguas  
cual si cayese de soñado cielo.

Náufrago y triste, por el mar perdido,  
á solas con mi mal y mis recuerdos,  
tendí la vista por el ancho espacio  
buscando al corazón tranquilo puerto.  
Las dulces dichas de la edad primera  
de nuevo entonces pretendió mi anhelo,  
y conseguí por fin la paz del alma  
gozando sólo del amor paterno.

Joven y amado por tan tiernos séres,  
siendo á la vez su apoyo y su recreo,  
nada en verdad me niega la fortuna;  
mas tengo el corazón cansado y viejo.  
Cuando un alma que vaga por la tierra  
llega á perder la dicha y el sosiego,  
el mundo á veces le devuelve calma;  
mas le deja en el fondo su veneno.

El grato bienestar de la inocencia  
es el don más sublime de los cielos;  
¿por qué si tantas dichas ocasiona  
dura tan poco tiempo?

Por eso mi inocencia ya perdida  
quiero buscar aunque jamás la encuentro,  
y á veces con los niños me extasio.

al contemplar sus inocentes juegos;  
y de mi amor midiendo la ternura  
suelo á solas decir con gozo inmenso:  
¡qué dicha ser un hijo tan querido,  
y qué placer será tenerlos luégo!  
El grato porvenir de mi existencia  
sólo en esta esperanza yo lo encuentro;  
pues quien honra á sus padres en la vida,  
merece recibir el mismo premio.  
En tan dulces afectos abstraído  
vivir modestamente siempre quiero,  
y olvidar los placeres de la tierra  
para gozar las dichas de los cielos:  
que nada importa que la tierra toda  
mire mi dicha con desdén supremo;  
pues si orgulloso me desprecia el mundo,  
yo tambien le desprecio.

— 1880 —



## EN LOS BAÑOS DE SEGURA.

¿Qué inspiran los paisajes que están ante mis ojos?  
¿Qué siente á su presencia el triste corazón?  
Los ecos de mi lira dirán á sus antojos  
la idea en que se agite mi ardiente inspiración.  
Aquí tan solo vienen aquellos que del alma  
la tétrica amargura anhelan mitigar,  
y en el contorno reina tranquilidad y calma;  
mas es la calma muda reflejo del pesar.  
El pecho del que sufre tristeza aquí respira:  
si suena de la fiesta el plácido clamor,  
sus goces son tan solo ridícula mentira  
que encubre falsamente los ayes de dolor.  
Del cuerpo las miserias imprimen en el alma  
con sello misterioso fatídica señal;  
y en vano quien padece buscando va la calma,  
pues siempre va consigo la causa de su mal.  
Acaso los que tienen la mágica fortuna  
de hallar en este sitio remedio á su dolor,

de noche, placenteros saluden á la luna;  
de día, alegres miren el astro abrasador.  
Acaso muchos luégo alivien su dolencia;  
mas es del sér humano la condición fatal,  
pagar los beneficios con fría indiferencia;  
llorar perpétuamente la causa de su mal.  
Aquel que enfermo viene y de sus males cura,  
de su familia anhela gozar el puro amor;  
y marcha presuroso soñando su ventura,  
y aquí tan sólo queda la pena y el dolor.  
Acaso yo de todo abrigo triste idea,  
y penas y dolores contemplo por doquier;  
y miro mil fantasmas que mi delirio crea,  
y donde goce existe desgracia suelo ver.  
Mas miro los espacios cerrados á mis ojos  
por sierras encumbradas que están en derredor,  
y veo sus pendientes cubiertas por abrojos,  
bañándolas doquiera tristísimo color.  
Yo miro un cielo opaco cubrir un valle estrecho  
que ostenta en sus laderas verdura desigual,  
y un río por su fondo que en pedragoso lecho  
desliza mansamente su mísero caudal.  
Aspecto melancólico me ofrece la natura,  
pues nada en este valle demuestra su esplendor;  
y veo tristemente el agua que murmura,

de estrellas vacilantes al tímido fulgor.  
Aquí queriendo acaso la sabia Providencia  
del débil de la vista la pena mitigar,  
limita el horizonte que envuelve su existencia,  
haciendo que sus ojos lo puedan abarcar.  
Y miro, y anhelante voy viendo la aspereza  
del campo reducido que alcanza mi visión,  
y vuelvo con los ojos bañados de tristeza...  
mas mido con la mente del mundo la extensión.  
Á altísimos espacios mis raudos pensamientos  
de círculos mezquinos se suelen elevar,  
y cruzo por los vastos dominios de los vientos,  
salvando las distancias con rápido volar.  
En giros caprichosos remóntase mi vuelo  
con alas misteriosas que forma la ilusión;  
y entonces... elevando mi cántico hasta el cielo,  
mitigo los pesares del triste corazón.



## NADA COMO SOÑAR.

- Pasar las horas en continuo sueño  
es hacer tiempo mi constante afán,  
pues de todos los goces de la vida,  
nada como soñar.

—  
Cuando en pos de fantásticos placeres  
miro correr la ciega humanidad,  
yo digo al ver que su ilusión es vana:  
nada como soñar.

—  
Cuando del pecho la profunda herida  
fiera me aqueja con dolor mortal;  
cuando anhelo un instante de sosiego,  
nada como soñar.

—  
Y cuando oigo afirmar á algun filósofo  
que son los sueños á la muerte igual,  
yo digo entonces: si la muerte es sueño,  
¡qué ventura es soñar!

### ¿QUÉ IMPORTA QUE YO CANTE?

Cantar quisiera: mi dolor profundo  
quiero verter en mi canción amante;  
mas, ¿qué le importa al mundo?  
Sí: ¿qué le importa al mundo que yo cante?

Mi voz llena de dulces armonías  
alzar quisiera por región distante;  
mas ¡ay! allí, ¿qué valen mis poesías?  
¿Qué importa que yo cante?

Quiero cantar á la fulgente luna  
que ilumina de noche mi semblante;  
mas á un astro ¿qué importa mi fortuna?  
¿Qué importa que yo cante?

A las lozanas y pintadas flores  
mostrar quisiera mi pesar constante;  
mas á ellas, ¿qué importan mis dolores?  
¿Qué importa que yo cante?

Quiero también cantar á las hermosas  
que conmueven mi pecho palpitante;  
mas la mujer, ¿qué sabe de esas cosas?  
¿Qué importa que yo cante?

¿A quién mostrarle mi pesar profundo?  
¿A quién alzar mi acento vacilante?  
¡Ay! sólo Dios que me lanzó en el mundo,  
¡sólo Él comprende mi dolor punzante!



## ¿POR QUÉ LA ADORO YO?

Cuando en la noche triste y silenciosa  
pienso en el ángel que me inspira amor,  
á solas afanoso me pregunto:

«¿Por qué la adoro yo?»

---

Cuando despues al despuntar el día  
miro su faz en el naciente sol,  
el alma se pregunta suspirando:

«¿Por qué la adoro yo?»

---

Y cuando luégo al declinar la tarde  
miro á la altura donde brilla Dios,  
ción voces me responden: «¡Insensato!

¿Razona el corazón?»



## LA MANO NEGRA.

## SONETO.

Enjendro de la muerte y del delito  
que nación extranjera nos envía,  
pretende deshonorar la patria mía  
lanzando en ella su terrible grito.

Sin Dios y sin conciencia, ni otro rito  
que el robo, y el pillaje y la anarquía,  
quiere pasar por noble bandería  
que aspira al bién supremo é infinito.

Mas no es así: su infamia ya le abruma,  
y es su crimen tan grande y tan profundo  
que no cabe en la lengua ni en la pluma;  
y aunque alguien premie su proyecto inmundo,  
ellos al fin alcanzarán en suma,  
la maldición de Dios y la del mundo.

## ¿DÓNDE VA?

Cuando en la noche sombría  
suelo quedar adormido  
y en el dulce bién perdido  
sueña mi audaz fantasía,  
si así la sorprende el día  
y aún en sus sueños está,  
¿á do va la mente mía?  
¿Dónde va?

---

Cuando en su amor inocente  
mi madre, á quien quiero tanto,  
me mira con gozo santo  
y pone un beso en mi frente;  
si pienso en el Dios potente  
que tan puras dichas dá,  
¿á do va mi ansiosa mente?  
¿Dónde va?

---

Cuando el amor me sofoca  
y en medio de lindas flores

sueño con tiernos amores  
y pide un beso mi boca;  
si nadie á mis labios toca  
y de amor deliro ya,  
¿á do va mi mente loca?  
¿Dónde va?

—  
Cuando oigo un mágico acento  
y miro una faz hermosa,  
y mi mente calurosa  
vagar por los aires siento;  
si en un aromoso aliento  
se embriaga mi alma ya,  
¿á do va mi pensamiento?  
¿Dónde va?

—  
Y cuando con raudo vuelo  
el alma cantando llora,  
y mi mente se acalora  
elevándose hasta el cielo;  
si en él encuentra consuelo  
y adorando á Dios está,  
¿á do va mi loco anhelo?  
¿Dónde va?



## AL ENVIARLE MIS POESÍAS

A MI QUERIDA PRIMA LA SEÑORITA

DOÑA ISABEL LAVIÑA Y PORTILLO.

¿Qué podré yo decirte, niña mía,  
modelo de candor y de virtud?  
¿Cuál te podré ofrecer de mis cantares  
que escuchar debas tú?

¿Te ofreceré las cántigas de amores  
lanzadas, muchas de ellas sin pasión,  
cuando yo como leve mariposa  
vagué de flor en flor?

¿Te enviaré las ligeras armonías  
con que adornó mi ingenio juvenil  
la inspiración de las fugaces horas  
en que vivió feliz?

¿Te haré oír los acentos lastimeros,  
tristes ayes de angustia y de dolor,  
que el fatal desencanto de la vida  
arrancó de mi ardiente corazón?

¿Ó tal vez esas sátiras punzantes  
con que quise los vicios atacar,  
á veces en política, y á veces  
en religión, en ciencia y en moral?

No, niña, no: tu corazón sencillo  
no debe nunca recojer la hiel  
que el mundo vierte á veces, y el poeta  
en sus versos le suele devolver.

Ni amores, ni agudezas, ni tristuras,  
ni críticas amargas, inspirar  
pueden en tí los inocentes goces  
que son propios de un alma virginal.

Oir debes sólo los sencillos ecos  
que de mi tierna edad conservo yo;  
*La mujer y la rosa, la Plegaria*  
*á la Virgen, y el canto A un ruiseñor.*

Y si en busca de trovas inocentes  
fijas tus ojos en algún cantar  
que te haga comprender las amarguras  
que ojalá no comprendas tú jamás,

Pasa, pasa las páginas, escritas  
para quien sufra y goce como yo;  
pues tu primo que estima tus virtudes,  
no quiere lastimar tú corazón.



## EL BAILE.

Pasad; pasad en raudo torbellino  
del vals al grato son,  
y olvidad, olvidad del pecho triste  
la pena y el dolor.  
Cruza; la orquesta sigue con sus notas  
vuestro paso veloz:  
¡qué importa lloren otros en el mundo  
si río y gozo yo!  
Anita, Juana, Petra, todas, todas  
pór una vez y dos,  
podreis ¡ay! recojer en vuestros labios  
un suspiro de amor.  
Bailemos; sí, bailemos: que en mi cído  
resuene vuestra voz,  
y el fuego celestial de vuestros ojos  
ofusque mi razón.  
Vuestra mano á través del fino guante  
me presta su calor,  
y podreis conocer cómo se agita

mi tierno corazón.

Gocemos; sí, gocemos. ¡Cuánto, cuánto bailando gozo yo!

¡Ojalá fuese nuestra amarga vida un solo rigodón!

—¿No me amas ya? ¡Qué importa cuando ciento me conceden su amor! —

¡Cuántas frases perdidas en el viento el viento se llevó!

—¡Te adoro! Tú motivas mi delirio.

—Baja algo la voz.

—Calma por fin, mitiga mi martirio.

—Bien, os amo.

—¡Gran Dios!—

—Dime, ingrata, ¿qué hablabas con Antonio con tan vivo calor?

—¿Yo?... nada. ¿Y tú con Angeles?

—¡Demonio!

—Nada, tienes razón.—

—¡Qué bella sois, Juanita! ¡Cuánto os amo!

—¿De veras? Pues yo, no.

—¿Y por qué?

—Porque flores de igual ramo habeis dado á otras dos.—

.....

Siga el baile, la danza y galantéo,  
y mire en derredor  
cién parejas en raudo torbellino  
del vals al grato son.  
Gocemos; sí, gocemos. ¡Cuánto, cuanto  
bailando gozo yo!  
¡Ojalá fuese nuestra amarga vida  
un solo rigodón!



Á LA SEÑORA

DOÑA LUISA LAGUNERO.

Vedla ¡infeliz! oculta entre sus manos  
la faz que ántes brillaba como el sol,  
y ahora la bañan lágrimas tranquilas  
símbolo del dolor.

¿Por qué llora? ¿Qué causa misteriosa  
motiva de su pecho la aflicción?

¿Cuál es la inmensidad de su quebranto?  
Sólo lo sabe Dios.

¡Llora, madre infeliz! El alto cielo  
lágrimas á los ojos concedió,  
para calmar con ellas los pesares  
del triste corazón.

Lluvia divina de glacial rocío  
vuelve al alma la dicha que perdió,  
cayendo como perlas desprendidas  
del trono del Señor.

¡Triste de aquel que sin dolor contempla  
de sus propios hermanos la aficción!  
¡Ay, triste del que lágrimas no vierte  
como las vierto yo!  
¡Llora, madre infeliz! El alto cielo  
lágrimas á los ojos concedió,  
para calmar con ellas los pesares  
del triste corazón.  
Mas á todo su límite en la vida  
le dió la sabia mano del Creador,  
y también á los nobles sentimientos  
límite les señala la razón.  
¿Dónde la dicha está? ¿Quién sabe acaso  
si la vida que el cielo le otorgó  
le ha de servir para su eterno goce  
ó su acerbo dolor?  
¿Quién ¡ay! en los arcanos del destino  
casi sigue descifrar si marcha en pos  
de la ventura que su pecho anhela,  
ó si infeliz nació?  
Nadie... nadie comprende lo profundo  
del débil insaciable corazón;  
que es inmenso su abismo misterioso  
cual es inmenso Dios.  
Él limitó la comprensión del hombre

y también sus placeres limitó;  
mas ¡ay! que ni los tiempos ni el espacio  
límite dan á su anhelar veloz.

Y en el vasto desierto de la vida  
se oye á veces un mágico rumor,  
que repite con eco lastimero:

«¡Feliz el que murió!»

El vivir no es gozar: la santa dicha  
es de los cielos misterioso don,  
que pocas veces en la tierra existe  
como el alma soñó.

Ciega la mente sin cesar camina  
tras un-divino celestial vapor,  
y casi siempre su impalpable esencia  
el viento disipó.

Y en el vasto desierto de la vida  
se oye á veces un mágico rumor,  
que repite con eco lastimero:

«¡Feliz el que murió!»

Feliz eres tal vez: tal vez el hado  
en medio de tu mísero dolor,  
de mayores tristísimos pesares  
te evite la aflicción.

Acaso la desgracia de tu hija  
marcada por horóscopo traidor,

con su implacable mano misteriosa  
la muerte le evitó.  
Y al ver deshecha su materia inerte  
y sus ojos sin vida ni calor,  
no viste que su espíritu divino  
al cielo se elevó.  
Y en tanto que con pecho destrozado  
aquí marchamos de la dicha en pos  
por una senda que se encuentra llena  
de abrojo punzador,  
el rudo vendabal de las pasiones,  
verdugo del humano corazón,  
no marchitó de su sensible alma  
la pura y casta flor.  
Llora perdida su mortal belleza;  
el eco dulce de su ardiente voz;  
de sus amantes besos la ternura;  
mas... ¡ay! su esencia... no.  
Ella en la primavera de la vida  
voló buscando la inmortal región,  
sin sentir en su pecho la ponzoña  
de dardo punzador.  
¡Ay! Ella mira desde el alto cielo  
la inmensa pena que tu pecho hirió,  
y acaso escuche de mi tierno canto

el lánguido clamor.

Y al ver nuestros pesares y amargura  
puesta de hinojos ante el mismo Dios,  
le pide nos consuele, derramando  
sus lágrimas de amor.

Lluvia divina de glacial rocío  
que dá al alma la dicha que perdió,  
cayendo como perlas desprendidas  
del trono del Señor.



Cuando en mis brazos, niña inocente,  
con puro afecto yo te miraba,  
eras tan buena, tan complaciente,  
que sonreías si te besaba.  
Há poco tiempo, linda doncella,  
fui á ofrecerte sencilla flor,  
y al colocarte la flor aquella,  
de tus mejillas mudó el color.  
Cuando tu cara besaba ufano,  
tú sonreías con dicha cierta:  
há poco tiempo besé tu mano,  
y te quedaste como una muerta.  
Nunca conmigo tú fuiste ingrata;  
mas por tu rostro pude advertir,  
que en ocasiones el gozo mata,  
cuando otras veces hace reir.  
Besé tu frente con ansia loca  
cuando no pude buscar amores;  
ahora quisiera besar tu boca...  
y me contento con darte flores.



## AYER Y HOY.

Cuando ayer me mirabas á tu lado,  
reías de placer;  
y hoy aunque me mires á distancia,  
muda el color de tu rosada tez.  
—Antes áun cuando fuesen mis visitas  
de dos horas ó tres,  
raudo el tiempo pasaba ante nosotros  
cual raudo pasa el anhelado bién:  
y ahora que de médico las hago  
queriendo breve ser,  
á los cuatro minutos de sentarme  
inquieta y agitada te encontré.  
¿Es posible, bien mío, tal mudanza  
y prueba tan cruel?  
¡Qué diferencia tan enorme existe  
entre el hoy y el ayer!



La ví pasar: en su elegante coche  
cruzó la Castellana,  
y no me acuerdo bién si fué de noche  
ó fué por la mañana.  
Su esposo la miraba sonriente  
como á su prenda bella,  
y todas las miradas de la gente  
se fijaban en ella.  
Ella entre tanto con la vista vaga  
y con el alma fría,  
áun cuando nada en derredor le halaga,  
con calma sonreía;  
mas era su sonrisa lisonjera  
de aspecto tan sombrío,  
que solamente revelar pudiera  
lo inmenso de su hastío.  
Yo entonces confundido con la gente  
sentado me encontraba,  
y también con sonrisa indiferente  
de lejos la miraba.

Y con el pecho rebosando agravios,  
pensé de asombro lleno,  
que á veces las sonrisas de los labios  
ocultan un veneno.

Libre el alma camina silenciosa  
entre vanos placeres,  
contemplando la historia lastimosa  
de miles de mujeres.

Y el corazón ahogando sus lamentos  
á ser feliz aspira,  
embotando los nobles sentimientos  
que el cielo nos inspira.

Así la sociedad en su carrera  
camina silenciosa:

así yo contemplé pasar ligera  
la imagen de la hermosa.

Y ahogando un grito que del alma sale  
haciendo que suspire,  
me dije con tristeza: ¡de qué vale  
que el mundo nos admire!

Esa mujer no goza, aunque le pese,  
de dichas sacrosantas:

¡ay! lo mismo que ahora es ella de ese,  
¡puedo yo ser de tantas!...



Despues de mucho tiempo de no verte  
te ví en una ocasión,  
y al ir á saludarte cariñoso  
hablé con ronca voz.  
Fuí á mirarte como en otro tiempo  
que te amé con pasión,  
y no encontrando modo ni manera  
mi vista se turbó.  
Te dí la mano: mi cerebro ardía  
y era tal su calor,  
que por todas las fibras de mi pecho  
su fuego se esparció.  
Mas al tomar la tuya entre las mías,  
acaso con amor,  
noté que el hielo que encontraba en ella  
heló mi corazón.  
Y desde entonces ando por el mundo  
sin vida ni calor;  
pues el hielo que tienes en tu alma,  
también lo tengo yo.

## Á LA MUERTE DE MI QUERIDO AMIGO

EL ILUSTRÍSIMO SEÑOR

D. ANTONIO PEÑARANDA Y BAILLO.

Ya la fúnebre campana  
anuncia con su lamento,  
que libre de forma humana  
se eleva un alma cristiana  
por las regiones del viento.

Y á su lúgubre sonido  
el corazón dolorido  
quisiera saltar del pecho,  
para no quedar deshecho  
al golpe de su latido.

Ya cruza la noble villa  
el funerario cortejo,  
y allá en lejana capilla  
se vé su tumba sencilla  
de cién luces al reflejo.

Y ante aquella triste luz  
que en vagas formas se extiende,  
bajo fúnebre capuz  
hay un nombre y una cruz  
que al muerto á solas defiende.

Ya no sonará mañana  
de su voz el claro acento;  
que á mansión harta lejana  
se eleva la flor galana  
de su noble pensamiento.

Y el que su ingenio admiró  
ya en vano buscarle quiere;  
pero ¿qué me digo?... no:  
que si su vida acabó,  
el talento nunca muere.

Aún resuena en mis oídos  
su frase siempre discreta,  
y se grava en mis sentidos  
como los propios gemidos  
de mis cantos de poeta.

Y nunca podré olvidar  
que con él logré vivir  
ocupando el mismo hogar,  
y él me enseñaba á pensar,  
y yo le obligué á sentir.

Mas... cesen quejas extremas:  
ha llegado al fin el día  
en que verdades supremas  
le resuelvan los problemas  
que conmigo discutía.

Si la ciencia fué su afán,  
hoy ante la eterna ciencia  
en él resuelvas están  
las dudas que ahogando van  
nuestra corta inteligencia;

Y su talento fecundo  
que fué del saber en pos,  
acaso al dejar el mundo  
sepa... hasta lo más profundo  
que hay en la ciencia de Dios.

Tierno amigo: mi quebranto  
sólo este consuelo calma:  
él es el bálsamo santo  
que endulza el acerbo llanto  
que brota el fondo del alma.

Siempre mi pecho te amó;  
mas hoy que tu afán logró  
la ciencia porque yo lidio,  
te lloro; pero te envidio  
porque sabes más que yo.

## LA CARTA.

Á UN INSPIRADO ACTOR.

## MONÓLOGO.

Ya está escrita: mi mano vacilante  
temblando está como jamás tembló:  
¿Por qué temblar? Me ama, y yo la adoro;  
no tiembles, corazón.  
Fiero destino, miserable suerte  
ha interpuesto una valla entre los dos;  
mas ¿qué valla en el mundo no se salva  
cuando se siente amor?  
Por vez primera, con papel maldito  
intento revelarle mi pasión.  
¿Por qué?... ¿Por qué como calló mi lengua,  
mi mano no calló?  
Mas... ¡oh! también mis ojos han hablado;  
sí; también han hablado; ¡maldición!  
y otros ojos hermosos respondieron  
á su secreta voz.

Sí; también ella como yo padece  
y es este de mis males el peor:

¿Por qué cuando yo tierno la miraba  
ella tierna miró?

¡Oh, maldito lenguaje de los ojos,  
que le hace al alma mísera traición!

¿Por qué?... ¿Por qué como calló mi lengua  
mi vista no calló?

El paso ya está dado: no hay remedio:  
es necesario ya tener valor:

¡alma! rómpete al fin en mil pedazos;  
ó muere, corazón.

Mas, no: ¡papel maldito! tú tan solo  
debes morir. ¡Adios... mi tierno amor!

¡Adios, dulces ensueños de ventura!

¡Bella esperanza, adios!

¡Roto al fin á mis plantas! Sí: ¿Qué es esto?

¡Oh, qué horrible, qué mísero dolor!

¡He roto el corazón en mil pedazos;

mas... mi conciencia... no!



Tendré valor para mirar tu cara  
y no decirte la pasión que siento,  
si siempre nos separa la fortuna  
y te miro de lejos.  
Tendré valor para acallar los gritos  
que se escapan del fondo de mi pecho,  
si nunca llegar pueden á tu estancia  
en las alas del viento.  
Mas si el hado me arroja en tu camino  
y de tus ojos me calienta el fuego;  
si alguna vez de tu rosada boca  
me embriaga el aliento,  
entonces..... ¡ay! ante tus piés rendido  
caeré por fin entre tus brazos preso,  
aunque en su rabia me desprecie el mundo,  
y me maldiga el cielo.



## LA DUDA.

No es digno, no, de manejar la lira  
quien cantando desciende  
á las negras mansiones de la duda,  
en donde todo entre tinieblas muere.

No es digno, no, de que le llamen vate  
quien arranca del pecho del creyente  
la santa fé, semilla de virtudes  
que de la vida en el abril florece.

Acaso yo tampoco digno sea  
de revolver los mundos en mi mente,  
pues también el veneno de la duda  
me daña y acomete;

Mas no dudo jamás de los principios  
que en eternas verdades se convierten,  
y plegue al cielo que antes de infamarlos  
enmudezca mil veces.

Dudo de la nobleza de los hombres  
y también del amor de las mujeres;  
y ¿cómo no dudar, cuando en la vida  
doquier se encuentra la traición aleve?

Vuerto acaso en mis versos la amargura  
que cada desengaño en mi alma vierte;  
mas siendo el hombre libre y responsable,  
á él tan sólo mi voz culparle quiere.

Aún tengo fé: mi pecho dolorido  
aún no perdió la dicha para siempre:  
aún abrigo esperanzas en mi alma:  
aún concibo ilusiones en mi mente.

El fatal desencanto de la vida  
aún no es completo; mi existencia breve  
aún se aferra á las cosas terrenales  
con todo el fuego de su amor ardiente.

Amo al hermoso luminar del día  
que mis pupilas con sus rayos hiere:  
amo las flores que en los valles brotan:  
amo los bosques que en los campos crecen.

Y al ruiseñor que entre las frondas canta  
tiernos amores que soñó mi mente;  
y á la mujer que en camarín dorado  
escuchando sus trinos se adormece.

Y cantando su mágica belleza,  
mi corazón ansioso de placeres  
se agita aún, y del fatal veneno  
quiere libar la copa hasta las heces.

Las amo, sí: por más que lo negara,  
es verdad, y mis labios nunca mienten:  
grato es amar; mas aunque amase á todo,  
ojalá que no amase á las mujeres.

En lucha horrible sin cuartel ni tregua  
mi espíritu se agita y extremece:  
el alma gira á la región del cielo;  
el corazón, á la mansión terrestre.

Que aunque alma y corazón á un tiempo mismo  
componen nuestro sér inteligente,  
hay actos mil que la razón condena  
y á ellos el sentimiento nos impele.

Yo quiero odiar los goces terrenales  
con todo el fuego que mi pecho siente,  
y con todo el ardor en que me abraso  
busco luégo la dicha en sus placeres.

Y dudo entonces de si el bién que ansío  
es puro cual los goces de mi mente,  
ó si es tan material como este barro  
en que mi noble espíritu se envuelve.

La duda existe en mí: mas ¡ay! tan solo  
los hombres, de los hombres dudar deben;  
nunca de Dios, que sobre todos brilla,  
y dulces esperanzas nos concede.

Ayer eras modelo de hermesura,  
de gracia y perfección;  
hoy ya la muerte con su mano impura  
tus mágicos encantos te robó.  
Ayer eras tormento de los hombres:  
la envidia eras tal vez  
de muchas que ensalzaban con tus nombres  
tus gracias de mujer.  
Ayer en medio de aparente calma  
fuiste infeliz quizá:  
ayer eras un sér de ardiente alma;  
hoy... un alma, no más.  
Dejaste el mundo y vagas silenciosa  
por la región azul;  
hoy tu suerte es más grata y más hermosa:  
¡quién fuera como tú!



## A MI MADRE

DESPUES DE SU GRAVE Y PENOSA ENFERMEDAD.

Al fin no quiso Dios: el llanto mío  
que hoy enjuga su manó bienhechora,  
mitiga al resbalar por mis mejillas  
la inmensa pena que mi pecho ahoga.  
Al fin no quiso Dios: su santa Madre  
intercedió por mí: llorando á solas  
yo le ofrecí mi vida enternecido  
por la que es vida de mi vida toda.  
Ella me comprendía: también ella,  
sintió en su pecho la letal zozobra  
que siente el alma cuando absorta mira  
exánime y mortal al bién que adora.  
Al fin, al fin la enterneció mi llanto:  
lágrimas ¡ay! que el corazón destrozan  
silencioso vertí, y en mis mejillas  
surco dejaron de indeleble sombra.  
No me avergüenzo, no: mi llanto era

llanto de fuego que abrasando ahoga;  
que no es propio de temples varoniles  
llorar cual hembra débil y medrosa.  
Quise morir: mi corazón ardiente  
jamás amó la deleznable escoria  
que le liga á este mundo miserable  
con lazos tristes de engañosa forma,  
y no teme morir; ni mis placeres  
son tales cual mi afán los ambiciona,  
ni mis delitos tantos que me obliguen  
á que tema la pena que me impongan.  
Libre cruzando la región vacía,  
quise llegar á la mansión remota  
en donde no hay engaños ni pesares,  
y puras dichas nuestra mente goza.  
Perdido ya tu amor ¡oh madre mía!  
enfermo el árbol que me dió la sombra  
para poder crecer entre tus brazos,  
¿quién calmaba mi pena destructora?  
Al rudo golpe que sufriera el alma  
al pobre anciano cual la frágil hoja  
ya ví temblar, y en la extensión desierta  
halleme envuelto por siniestras sombras.  
Aún lo recuerdo con tristeza y duelo:  
tranquilo ví mi postrimera hora,

---

pues ya perdido vuestro afecto santo  
miré la muerte... y encontrela hermosa.  
Sólo me obligan á estimar la vida  
aquellos séres que en mi bien se gozan:  
por tí quise morir, madre del alma;  
por tí quiero también vivir ahora.

— 1880 —



*¡Qué descansada vida  
la del que huye el mundanal ruido,  
y sigue la escondida  
senda por donde han ido  
los pocos sabios que en el mundo han sido!*

(FRAY LUIS DE LEON.)

Cuando lejos del mundo  
huyendo ansioso de su pompa vana  
siento calmarse mi dolor profundo,  
al contemplar el cielo  
de cuyo centro la ventura mana,  
llena el alma de mágico consuelo  
bendice á Dios, y espera en el mañana.

—  
Cuando en terrible guerra  
se agitan dentro de mi ardiente pecho  
las míseras pasiones de la tierra

y el alma en vano por el bién se afana,  
si de dolor deshecho  
creo entrever mi funerario lecho,  
bendigo á Dios, y espero en el mañana.

---

Cuando ruidos extraños  
llegan á resonar en mis oídos  
y creo ver en mis pasados años  
cinco lustros perdidos,  
si miro ansioso la mansión lejana,  
al ahogar mis gemidos  
bendigo á Dios, y espero en el mañana.

---

Y cuando el alma mía  
lamentando sus locos extravíos  
por los cristales do la luz bebía  
siente correr de lágrimas dos ríos,  
si se redime de su culpa insana,  
al mirar el perdón que Dios le envía  
bendice á Dios, y espera en el mañana.



## CANTO FUNEBRE.

A LA MEMORIA

DE MI QUERIDO TÍO EL GENERAL  
D. MANUEL PORTILLO Y PORTILLO.

Todo cambia de faz: nada perece;  
mas del tiempo la mano destructora  
nada respeta en su fatal carrera,  
por más que el hombre su piedad implora.  
¡Ay! En el mundo cuanto nace y crece  
es preciso que muera:  
y aún cuando goce de existencia extraña  
el alma pura que jamás se altera,  
la imagen de la muerte nos espera  
blandiendo siempre su feroz guadaña.  
Es fija ley del universo todo

que se transforme cuanto en él existe,  
y en vano el sér humano se resiste  
á disiparse cual ceniza y lodo.  
Pasan generaciones,  
y unas á las otras sucediendo,  
el mundo su destino va cumpliendo  
con sus razas, imperios y naciones.  
Pasan y pasan hombres, y mil vidas  
preciosas se consumen en la tierra,  
que á su carrera incomprensible unidas  
al fin sucumben en su eterna guerra.  
Cuando estas existencias misteriosas  
realizan en el mundo su destino  
y en luchas vigorosas  
han recorrido su triunfal camino;  
cuando ya el fin de la posible vida  
se ve llegar con mágica grandeza  
y tan sólo se encuentra destruída  
por nuestra propia natural flaqueza,  
el hombre entonces afligido llora;  
pero le presta el cielo  
cierto dulce consuelo  
que mitiga su pena punzadora.  
Mas ¡ay! cuando en la flor de la existencia,  
cual hoja débil que del árbol verde

el huracán arranca con violencia  
un hijo ilustre nuestra patria pierde;  
cuando en edad viril aunque madura  
un hombre que formaba la esperanza  
de victoria futura  
la muerte audaz en el abismo lanza,  
entonces ¡ay! sus míseros hermanos  
lloran; mas es su duelo  
tan grande, y tal, que ni el menor consuelo  
en sus grandes arcaos  
quiere á su pena conceder el cielo.  
Y así pasa con él: el gran caudillo  
que Cuba vió de refulgente gloria  
cubierto ayer; el general Portillo  
que dió á su patria de su genio el fruto,  
murió: de llanto y luto  
cubramos hoy su fúnebre memoria.  
Murió, sí, cuando aún su fuerte brazo  
la invicta espada con vigor blandía;  
cuando su alma llena de energía  
unida al cuerpo con sagrado lazo,  
cien trances con empeño acometía.  
Murió, cuando la patria reclamaba  
el rigor de su esfuerzo; cuando era  
preciso combatir, y espuesto estaba

el honor de la ibérica bandera.  
¡Mas ay! ¿Cómo vivir? Traidora intriga  
logró atajarle en su triunfal camino,  
y aquél que ante el peligro y la fatiga  
triunfó de gente bárbara enemiga,  
cayó al fin al rigor de su destino.  
Y no cayó al lidiar: mayor mi duelo  
es ¡ay! porque lidiando no muriera;  
pues él hubiese hallado gran consuelo  
imitando á su padre, que en el cielo  
cubierto de laureles ya le espera (1).  
El acero mortífero y el plomo  
respetaron su vida;  
mas en su patria, cuya eterna gloria  
él consiguió aumentar, halló su historia  
por una mano aleve oscurecida.  
España; aquella España á cuyo grito  
arrolló los contrarios escuadrones;  
el pendón que cual símbolo bendito  
vió brillar á la faz de las naciones,

---

(1) El coronel D. Bruno Portillo y Velasco, padre de D. Manuel Portillo y Portillo, murió en el sitio de Morella el día 17 de Agosto de 1838 yendo al frente de las tropas que dieron el asalto.

llamaba en torno de su ilustre lema  
á todos sus guerreros arrogantes:  
era en verdad la situación suprema;  
críticos y solemnes los instantes.  
Con roja sangre de sus nobles hijos  
la gran Antilla estaba salpicada,  
y él con los ojos en su patria fijos  
¡ay! al fin tuvo que envainar su espada.  
Su decoro, su honor se lo exigían:  
mas ¿cómo hallar consuelo en su amargura  
viendo que sus hermanos combatían  
mientras su pecho fuerte,  
en obligada y aparente calma,  
envidiaba tal vez al que en la muerte  
halló del mártir la esplendente palma?  
Ante tan rudo golpe de la suerte  
viéndose en duelo é inacción sumido,  
cayó por fin herido,  
no en el gallardo cuerpo; sí en el alma.  
Al llegar á este punto, yo quisiera  
borrar de mi memoria  
aún lo más leve que empañar pudiera  
el brillo ilustre de la hispana gloria.  
Mas ¡ay! siempre las míseras pasiones  
en toda empresa grande y elevada,

hacen al hombre que con mano osada  
empaña las más célebres acciones.

¡Ay! Parece mentira  
que en regiones altísimas de mando  
donde el deber inspira  
ideas de hidalguía y de grandeza,  
solamente se muestre á nuestros ojos  
del corazón la mísera flaqueza.

Rivalidad, emulación, envidia;  
temor de ajena y de futura gloria;  
ruines venganzas, en perpétua lidia  
cubren los fastos de la humana historia.

¡Cuánta, cuánta desgracia! ¡Cuánto duelo  
esta flaqueza humana

produce siempre en el hispano suelo!

La fratricida desunión insana  
que eternamente á nuestra patria aqueja  
logrando al fin que al universo asombre,  
es la que sólo aleja

el esplendor futuro de su nombre.

Y para este luchar tan infecundo  
que empaña el brillo de la hispana gloria,  
sólo existe en el mundo

el fallo inapelable de la historia.

Cuba; la gran Antilla

vió del caudillo hoscense (1) la bravura,  
y allí su claro nombre sin mancha  
se encuentra de los héroes á la altura.  
Cuba; la tierra hermosa  
donde él tanto luchó por su bandera,  
su historia en una página gloriosa,  
podrá dar á la gente venidera.  
Cienfuegos, Trinidad y Villaclara;  
Puerto Príncipe, Sagua y otros puntos,  
que igualmente gozaron de su mando,  
testigos fueron de su audacia rara.  
Allí por los del uno y otro bando  
fueron sus altas dotes conocidas;  
allí fué con la espada recobrando  
la paz para las fértiles comarcas  
que en la lucha quedaron abatidas.  
Caridad, Los Potreros de Consuegra;  
La Pastora, las lomas de Ranchuelo  
y del Rincón, donde bandera negra  
alzaba el enemigo, sitios todos  
fueron en que las bandas destructoras  
al oír del gran caudillo el grito santo

---

(1) Nació en Huescar, provincia de Granada, el día 18 de Enero del año 1823.

de «¡viva España!» huyeron con espanto  
al choque de sus armas vencedoras.  
Arroyo de las Palmas; Naranjales  
y montes de Quesada,  
lugares son también que en honra iguales  
brillo prestaron á su invicta espada.  
De uno  $\frac{1}{2}$  otro lado su incansable anhelo  
se encuentra el soldado vacilante,  
va á sostenerle con ardiente celo  
que ni el temor ni las fatigas templa,  
animoso gritándole: «¡adelante!  
¡adelante, la patria nos contempla!»  
Once fortificados campamentos  
ocupados al bárbaro enemigo  
y caballos y grandes elementos  
de guerra, donde hallaba fuerte abrigo,  
el fruto fueron de su inmenso arrojo  
unido siempre á su pericia extraña  
y el importante militar despojo  
de los traidores á la noble España.  
Cinco mil bajas en la opucsta gente  
y diez mil prisioneros  
que ante triunfo tan claro y evidente  
volvieron nuevamente  
á caminar del bién por los senderos:

ocho mil fincas á la vez salvadas  
de los rigores de incendiaria tea,  
y numerosas gentes desbandadas  
á viva fuerza en la campal pelea,  
el laurel á su frente rodearon  
que muerto aún sobre su frente brilla,  
y su nombre con oro señalaron  
en los anales de la grande Antilla.  
Pero no fué esto solo:  
el héroe ilustre que en lejana tierra  
á tal altura colocó su nombre,  
nunca venció por la traición ni el dolo,  
ni fué tampoco un hombre  
de los que miran con placer la guerra.  
Luchó como español; mas á su pecho  
que nobles sentimientos abrigaba,  
grande dolor causaba  
al ver el daño por las armas hehc.  
Su empeño más constante  
fué siempre remediar el mal sufrido,  
y poder ofrecer en adelante  
el perdón y el olvido.  
Varias pruebas patentes  
dejó de tan brillante pensamiento  
que ante todo le abona,

pues ellas son en honra preferentes  
el más bello laurel de su corona.  
En quinientos kilómetros de tierra  
telegráficas líneas extendidas  
dejó, á pesar de que en traidora guerra  
se hallaban sus comarcas divididas.  
Doscientos edificios levantados  
de albergues y hospitales  
do los bravos soldados  
pueden hallar remedios en sus males:  
ferrocarriles; puentes construídos  
sin sacrificios grandes ni gravosos  
sólo con los trabajos emprendidos  
por él y sus soldados animosos,  
prueba nos dan del salvador intento  
que fué por todas partes demostrando,  
de su claro talento  
y raras dotes de elevado mando.  
Diferentes estudios importantes  
fruto de su profunda inteligencia,  
son también testimonios relevantes  
de su amor al trabajo y á la ciencia.  
Y áun obras que del tiempo los rigores  
ahora resisten en el suelo ibero,  
en años anteriores

él mismo dirigió como ingeniero.  
En la alta cumbre de la gloria humana  
se hallaba ya: su nombre esclarecido  
era por toda la región cubana  
respetado y querido.  
Los pueblos que gozaban de su mando  
fueron en la gran Isla los primeros  
que la paz anhelada recobrando  
se vieron libres de enemigos fieros.  
Entonces el ejército; la escasa  
y valiente milicia; las personas  
más elevadas, y hasta el pueblo en masa  
que vió sus triunfos por aquellas zonas,  
una espléndida fiesta dedicaron  
al gran caudillo de la hueste ibera,  
y unas medallas en su honor grabaron  
queriendo hacer su fama duradera.  
Todos con grandes muestras de alegría  
una brillante espada  
á su jefe llevaron aquel día,  
que allí se le ofrecía  
en honra de su fama señalada.  
En su hoja, como lema,  
se ven estas palabras tan sencillas  
que encierran un poema:

*Al pacificador de Cinco-Villas.*

¡Al pacificador! ¡Espada honrosa  
muestra de cién afectos singulares!

¡Dar paz! La más gloriosa  
de todas las empresas militares.

El hombre que tal fama consiguiendo  
como lema la lleva,  
de la región de los demás saliendo  
á los héroes se eleva.

¡A los héroes! y ¿acaso no lo ha sido  
el genio audaz á quien la voz levanto?

¿Necesita su nombre esclarecido  
del elogio entusiasta de mi canto?

No me envanezco en él: si algunos hombres  
de falso orgullo llenos,

quieren al cielo remontar sus nombres  
en alas de los méritos ajenos,

yo elevarme no ansío  
en su triunfante carro;

mas en el canto mío

quiero ensalzar al español bizarro.

Sólo diez lustros su existencia era:

veintitrés años en la gran Antilla

llevaba ya, y en su triunfal carrera

le hemos seguido por lejana orilla.

Su clara estrella se nubló: en el cielo,  
horóscopo fatal, de su destino  
la desgracia anunció, y al patrio suelo  
á morir de dolor al cabo vino.  
Cuando aún la fortuna le brindaba  
con el grato esplendor de las victorias,  
la fiebre que á su cuerpo devoraba  
le hizo caer sobre sus tristes glorias.  
Roto su corazón en mil pedazos  
al verse tan distante en su retiro  
de su esposa y sus hijos, dió en los brazos  
de sus hermanos el postrer suspiro.  
Murió casi olvidado: de ese modo  
suelen siempre morir los grandes hombres  
que no permiten en mundano lodo  
manchar el brillo ilustre de sus nombres.  
Así el gran Mendez Nuñez dió la vida,  
y otros nobles guerreros que en batalla  
no murieron al golpe fratricida  
ni al plomo de la horrisona metralla.  
Españoles: corramos negro velo  
delante de estos cuadros lastimosos;  
mas no olvidemos que en el patrio suelo  
son ¡ay! por nuestro daño numerosos.  
Ante la triste y fúnebre memoria

del héroe ilustre cuya muerte canto,  
vertamos una lágrima; y en tanto,  
aumente yo una página en su historia.  
La intriga en nuestra patria siempre ha sido  
la sola causa de su adversa suerte:  
no imitemos el crimen cometido  
por Caín, que á su hermano dió la muerte.  
Y si mano alevosa  
quiere usurparnos la conquista honrosa  
que de Colón el genio sin segundo  
dió á nuestra patria, con grandeza extraña  
el victorioso pabellon de España  
firme tengamos en el Nuevo Mundo.

— Agosto de 1874. —



## SONETOS.

## I.

NÓ HAY DICHA EN LA TIERRA.

Piensa aquel que padece privaciones  
que se encierra la dicha en la abundancia;  
piensa aquel que lamenta la inconstancia  
que estaba en sus perdidas ilusiones;

Piensa el que siente bárbaras pasiones  
que existe en el poder y en la arrogancia,  
y el que del genio admira la fragancia  
la divisa en sus nobles ambiciones.

Mas ¡ay! el corazón en su delirio  
no ve jamás que tras su loco anhelo  
él mismo va causando su martirio;

Pues sólo sirve al alma de consuelo  
ser siempre pura como blanco lirio,  
que el bien viene de Dios y está en el cielo.



## II.

EN LA TUMBA DE UNA ESPOSA.

A MI AMIGO F.

Hoy en el corazón vistiendo luto  
vengo á llorar sobre tu tumba fría,  
queriendo consagrarte el alma mía  
de sus nobles afectos el tributo.

La vista vacilante, el rostro enjuto  
por el fuego del llanto que vertía,  
reemplazan al placer gozado un día  
al recojer de nuestro amor el fruto.

Triste es ver la mitad de nuestra esencia  
en el sepulcro reposando inerte,  
y no poder volverle la existencia:

Mas ¡ay! ya el alma con placer advierte  
que del sacro Hacedor en la presencia,  
de nuevo al fin nos unirá la muerte.



## III.

## FELICITACIÓN

A MI AMIGO

EL PRESBITERO D. MANUEL VAZQUEZ RUÍZ,  
EN LOS DÍAS DE SU SANTO.

Cual marcha la corriente sosegada  
por entre guijos y lozanas flores,  
sin envidias, ni luchas, ni rencores,  
deslizas tu existencia bienhadada.

De tu tranquilo pueblo en la morada  
hoy recibes del hado los favores,  
y gozando de cándidos amores  
sólo al cielo diriges tu mirada.

¡Feliz quien duerme bajo el blanco techo  
sin que le canse su tranquila calma  
ni su recinto le parezca estrecho!

¡Feliz quien logre de virtud la palma  
sin que un anhelo le destruya el pecho,  
ni un sentimiento le desgare el alma!

## IV.

Empezó por un juego de inocencia;  
siguió por un sencillo galanteo,  
y ahora, bién de mi bién, si no te veo,  
parece que me falta la existencia.

Tú tal vez por tu mucha inexperiencia  
y yo por mi frenético deseo,  
ambos vamos llegando según creo  
al fin fatal de la amorosa ciencia.

¿Qué pasará cuando tan dulce encanto  
llegue á perder perfume tan suave?  
¡Ay! no en vano mi amor te causa llanto:

Así empezó, y acabará... ¿quién sabe?  
Pero ¿qué es lo que digo, cielo santo?  
¡Que no acabe, Dios mío, que no acabe!



## V.

Aún no me olvido de la noche aquella  
en que me hiciste de tu amor el dueño:  
fué realidad y me parece un sueño  
que ha dejado en mi mente clara huella.

Las tiernas formas de tu imagen bella;  
tus dulces frases y mirar risueño;  
tus blancas manos y tu pié pequeño;  
tu altiva frente que fulgor destella:

Todo en el corazón lo llevo escrito;  
todo en el alma lo conservo impreso;  
mas aún al verte de terror me agito

Al recordar cuando en tus brazos preso,  
logré apagar de tu conciencia el grito  
al dulce roce de mi amante beso.



## VI.

Nunca se aparta de la mente mía  
el recuerdo infeliz de tus amores;  
que á veces hay pesares punzadores  
que halagan mucho más que la alegría.

Cual guarda el jardinero con porfía  
en búcaro gentil las frescas flores,  
así guardo marchita y sin olores  
la bella flor que me ofreciste un día.

Me acuerdo bién; la mente se anonada  
y aún de placer el alma se sofoca;  
yo estrechaba tu mano nacarada

Y al ver la prenda que á mi amor provoca,  
puse un beso en la rosa delicada  
y otro más dulce coloqué en tu boca.



## VII.

Me dices que te dañan mis miradas  
y que la gente de mi amor murmura,  
porque no hay honra ni virtud segura  
cuando corre entre lenguas deshonradas.

Alegas que hay razones muy sobradas  
para causar tu eterna desventura,  
y pretendes que obrando con cordura  
olvidemos las dichas deseadas.

Mas ¿dónde iré que de mi amor el fuego  
pueda encontrar la apetecida calma  
lejos de la mujer que adoro ciego?

En vano quieres recobrar tu palma;  
pues lo que empieza por sencillo juego,  
acaba al fin por devorar el alma.



## VIII.

De cuantos mundos el espacio encierra  
nada mi corazón lograr ansía;  
que es muy modesta la esperanza mía  
para salir del cerco de la tierra.

Muchos envueltos en terrible guerra  
viven luchando con tenaz porfia  
por conseguir honores y valía,  
y ver que á todos su poder aterra.

Mas yo en tanto viviera satisfecho  
si viese que estrechabas nuestros lazos  
hasta unirnos en lazo más estrecho;

Pues hiciese mi pecho mil pedazos  
por vivir en la cárcel de tu pecho,  
y verme prisionero entre tus brazos.



## IX.

Al dulce roce de tu seno ardiente  
mi pecho de placer se estremecía,  
y á impulso de una oculta simpatía  
buscaba de tus brazos el ambiente.

Los rizos que posaban en tu frente  
á veces descansaban en la mía,  
y un vértigo tan dulce me envolvía  
que era feliz aunque negarlo intente.

Mas de pronto turbó mi grata calma  
una duda fatal, que á largo trecho  
arrojó de mi amor la hermosa palma;

Y entónces, con las ánsias del despecho,  
busqué un puñal para arrancarme el alma  
y esconderla en el fondo de tu pecho.



## X.

En vano ocultas que tus claros ojos  
al mirarme de lejos se extasían;  
en vano ayer tus labios me decían  
que mi presencia te causaba enojos;

En vano finges cándidos antojos  
que encubran lo que todos conocían,  
y si á veces reunidos nos veían  
se llenaba tu rostro de sonrojos.

Todo lo sé: comprendo que me adoras;  
mas sé franca cual yo que te lo digo  
con estrellas y sol, y á todas horas:

Y si acaso te estorba algun testigo  
y de hablar anté gentes te desdoras,  
yo á donde quieras marcharé contigo.



## XI.

Tú llorabas: mi pecho palpitante  
temblaba de placer y de alegría,  
y yo mismo de cierto no sabía  
si era feliz en tan solemne instante.

Tu corazón de marmol y diamante  
ya de miel y de cera parecía;  
mas era tal la lucha que sentía,  
que casi se pintaba en tu semblante.

Claro raudal de cristalinas perlas  
surcaba tus mejillas: por gustarlas  
yo quise con mis labios recojerlas,

Y dije con dolor al descuajarlas:  
¿por qué son tan amargas al beberlas  
siendo siempre tan bellas al mirarlas?



## XII.

Entonces la pasión te dominaba  
y no eres dueña ya de tus acciones;  
pero son tan fugaces las pasiones,  
cual el placer que en mi niñez gozaba.

Mi amor, que un más allá tras él miraba,  
acalló sus mundanas ambiciones;  
y en medio de doradas ilusiones,  
dichas eternas en tu amor buscaba.

¡Loco de mí! De la malicia ajeno  
quise olvidar los mágicos placeres  
que me brindaba tu amoroso seno;

Y al ver que ya ni saludarme quieres,  
dudo si es bueno, ó algo más que bueno,  
quien tiene compasión con las mujeres.



## XIII.

Cual mariposa que la luz la hiere  
huyo del resplandor de tu semblante,  
y en vano ya mi corazón amante  
del incendio voráz salvarse quiere.

Si ha de morir al fin, morir prefiere  
en santa paz y con virtud constante;  
quiere hacerse de mármol y diamante,  
y poco á poco de pasión se muere.

Así cual inocente mariposa  
quiere el alma volar á sus antojos,  
y vaga en torno de tu faz hermosa;

Y aunque el decirlo me ocasione enojos,  
si alguna vez me miras cariñosa,  
he de arder en la llama de tus ojos.



## XIV.

Era tu corazón de piedra dura  
como el mármol que forma tu corteza;  
y era tanta y tan grande su firmeza,  
cual es apetecible tu hermosura.

Inundaba mi pecho de amargura  
al ver de tu carácter la altiveza;  
y todos adoraban tu belleza,  
que se hallaba de todos bién segura.

Mas afectando cándidos antojos  
quise probar tu corazón de roca,  
y á trueque de ganarme tus enojos,

Cojí tus rizos y besé tu boca:  
clavaste en mí los espantados ojos,  
y luégo... luégo te volviste loca.



## XV.

No encuentro amor como el que yo imagino  
por más que lo persigo con anhelo;  
que es el amor emanación del cielo  
que nunca logro ver en mi camino.

Quiero un amor angelical, divino,  
que sirva al alma de eternal consuelo;  
amor sin dudas, ni fatal recelo,  
ni orgullo necio, ni interés mezquino.

Amor tan grande como el mar rugiente;  
amor tan bello cual la luz del día;  
amor tan puro cual tranquila fuente:

Amor que llene el pecho de alegría;  
amor capaz de enardecer mi mente,  
y capaz de inundar el alma mía.



## XVI.

Lo mejor es vivir oscurecido  
sin ser hombre de pró ni literato;  
y no sólo es mejor y más barato,  
sino también más lindo y divertido.

Yo á veces sólo mis ventajas mido,  
y siempre así de conformarme trato;  
nadie se cuida de llamarme ingrato;  
nadie me pide á mí, ni á nadie pido.

Ni nadie me provoca, ni provoco;  
ni adulator parezco, ni insolente;  
y cómo, bebo, bailo, canto y toco,

Y me río á mandíbula batiente  
del necio mundo, que le llama loco  
al que tiene un centímetro de frente.



## XVII.

Quiero luchar con el destino impío  
aunque en la lucha me desgarre el alma;  
que no puede vivir en santa calma  
quien tiene un corazón cual es el mío.

Ni anhelo glorias, ni poder ansío,  
ni oro ambiciono, ni triunfante palma;  
y este tedio terrible que me encalma,  
es el que siempre anula mi albedrío.

Quiero avivar mis muertas ambiciones;  
y dar alientos á mi fe perdida;  
y de nuevo luchar con mis pasiones;

Y no esquivar la sociedad fingida:  
quiero abrigar mentidas ilusiones,  
y volver á los goces de la vida.



## XVIII.

—¡Que se hunde el firmamento!—Que se hunda.  
—¡Que hay guerras y trastornos!—Que los haya.  
Nunca por nada mi valor desmaya,  
y en esto sólo mi valer se funda.

Si hay una empresa grande y tremebunda  
en que el arrojo en el delirio raya,  
allí quiero yo estar, do nadie vaya,  
y lograr una fama sin segunda.

Quiero morir cual noble caballero  
al golpe rudo de enemiga mano:  
dadme un casco, un caballo y un acero;

Mas ¡ay! ya tiemblo y en pensar me afano;  
¡que no mueran los séres que venero,  
y yo quede en la tierra vivo y sano!



## Á LA MUERTE DE S. M. LA REINA

DOÑA MERCEDES DE ORLEANS Y BORBON.

## ELEGÍA.

¡A qué cantar! El alma dolorida  
reconcentra su noble sentimiento,  
y en vano con mi acento  
quiero lograr la calma apetecida.  
¡A qué cantar! La voz en mi garganta  
se anuda con la fuerza del quebranto.  
¡Ay! sólo con el llanto  
se puede mitigar desdicha tanta.  
Llorad, ojos, llorad; que el pecho mío  
logre por fin la calma bienhechora,  
desahogando su pena punzadora  
en lluvia silenciosa de rocío.  
Que corran ya las lágrimas á mares,  
y el cielo sacrosanto  
preste á mi alma con su puro aliento

ternura para el noble sentimiento,  
valor para lo inmenso del quebranto.  
Sí, valor; que si el ánimo brioso  
jamás conoce femenil flaqueza,  
el corazón sensible,  
ante el fatal suceso doloroso  
parece preso de mortal tristeza.  
El amor, la ternura, los encantos  
de la edad más risueña de la vida;  
la grandeza, la dicha, el poderío,  
todo es humo, no más, que en un instante  
se disipa en lo inmenso del vacío.  
¡Cruel realidad! La jóven inocente,  
la augusta soberana  
que formaba el encanto del presente  
y la dulce esperanza del mañana;  
el sér en quien el cielo bondadoso  
reunió todos sus dones;  
el ángel puro de virtud modelo,  
que calmando políticas pasiones  
brillaba sobre el trono  
como iris de paz y de consuelo,  
en polvo convertido  
se vé bajar á la mansión oscura;  
y en tanto que afligido

el pueblo llora su perdida calma,  
en busca de la altura  
siempre gigante se remonta el alma.  
Vedla; la hermosa frente  
donde brillaba la triunfal corona  
hacia el suelo se inclina fatigada;  
su pecho sólo siente  
que el valor por instantes le abandona:  
su alma... no teme nada.  
La prenda de sus cándidos amores,  
que mira ya perdida,  
aún en medio de míseros dolores  
le hace adorar la vida.  
Su labio vacilante  
se agita ya con extertor y frío,  
y de su pecho amante  
se escapa al fin: «adios, Alfonso mío.  
Muero amándote fiel; si te abandono,  
tuyo es mi amor aún cuando yo sucumba;  
con él há poco me elevaba al trono;  
con él ahora bajaré á la tumba.»  
¡Ay! en su rostro, impreso  
tiene la muerte su designio odioso;  
mas ella imprime un beso  
en el triste semblante de su esposo.

¡Morir amando! ¡Miserable suerte!  
¡Sucumbir en la flor de nuestra vida!  
¡Oh, qué horrible es la muerte,  
cuando todo á la dicha nos convida!  
¡Gozar de la galana primavera  
las gratas sensaciones!  
¡Tocar un porvenir que nos espera  
feliz y sonriente,  
y llevar en la mente  
un mundo de doradas ilusiones!  
Vivir en las esferas dilatadas  
de un excelso palacio,  
y al rudo golpe del destino impío  
quedar tantas grandezas encerradas  
bajo las losas del sepulcro frío;  
esto es ¡oh Dios! lo que á mi mente loca  
causando mil enojos,  
hace que asomen quejas á mi boca  
y lágrimas ardientes á mis ojos.  
Yo, que há poco su dicha contemplando  
admiraba su cándida belleza,  
y sin temor ni saña  
la ví subir radiante de alegría  
al trono augusto de la noble España;  
yo que entónces oía

de cien vates el cántico armonioso  
ensalzando sus triunfos por doquiera,  
y mudo, silencioso,  
la ví pasar en su triunfal carrera;  
ajeno siempre de causarle agravio,  
ante aquella brillante comitiva,  
sólo un sencillo viva  
osé lanzar con balbuciente labio.  
Las dichas que conmueven al potente  
jamás pusieron versos en mi boca;  
que el corazón con dignidad las siente,  
y el rubor al nombrarlas las sofoca.  
Y no llegó mi audacia  
hasta cantar sus triunfos en mi lira;  
que ella sólo se inspira  
en medio del dolor y la desgracia.  
Por eso al verla ahora  
envuelta ya por fúnebres despojos,  
el alma fiel que á la virtud adora,  
en las ardientes lágrimas que llora  
salir quisiera por los mustios ojos.  
Y el que impasible y frío,  
sin admirar su regio poderío,  
con noble paz y con sereno pecho  
ayer la vió radiante de ventura,

en aflicción deshecho,  
hoy se anega en el mar de su amargura.  
¿Y es cierto tan amargo desengaño?  
Aún en su propio daño,  
la mente acalorada  
volverla quiere con amor profundo,  
desde la excelsa celestial morada  
á la mezquina realidad del mundo.  
En eléctricos hilos  
la infausta nueva por doquier corría,  
y el corazón en sueños intranquilos  
dudaba aún de la verdad sombría.  
Mas ¡ay! su duda era  
más que esperanza mágica quimera  
que forjaba la mente;  
pues ya resuena general gemido,  
que zumba embravecido  
cual ronco son del huracán potente.  
Y es un pueblo que llora  
lleno de amor y de virtud sencilla;  
es un clamor que implora,  
no piedad para el alma sin mancilla  
que goza ya de dichas celestiales,  
sí compasión para su pena ruda,  
y consuelo que calme nuestros males.

Y el eco de su acento  
se esparce ya con lánguido abandono,  
para llegar, llevado por el viento,  
cual ofrenda de noble sentimiento  
hasta las gradas del excelso trono;  
que en tales ocasiones,  
aún con los más potentes soberanos,  
los nobles corazones  
comparten sus pesares como hermanos.  
Yo, que gimo escondido  
en mi pobre rincón de Andalucía,  
quisiera, enternecido,  
poder prestarle la existencia mía.  
Quisiera que la suerte  
tuviese corazón de barro hecho,  
y esponiendo mi pecho  
en lucha noble y fuerte  
al hierro que esgrimiera con encono,  
arrancarla del seno de la muerte  
y volver á ponerla sobre el trono.  
Malditos los que escuchan los lamentos  
del alma pura que en dolor se anega,  
y hasta olvidan los nobles sentimientos  
en pró de los políticos intentos  
de la pasión mezquina que los ciega.

Los pueblos generosos  
nunca contemplan con horrible calma  
los cuadros de amargura;  
así la patria mía  
hoy llora presenciando la agonía  
de su querida Reina sin ventura.  
Si el amor del monarca  
puso sobre sus sienes la corona  
que honor, riquezas y poder abarca,  
hoy se mira en sus sienes adormidas  
otra de celestiales arreboles,  
regada con las lágrimas vertidas  
por los ardientes ojos españoles.  
Muchos reyes subieron hasta el trono  
en medio de entusiasta clamoreo;  
mas al bajar al mundo del olvido,  
¡ay! muy pocos contaron en su abono  
con la ofrenda de un pueblo dolorido.  
Y es que el divino cielo  
reserva á la virtud tan alta gracia,  
que es el mayor consuelo  
para el alma que llora su desgracia.  
El regio corazón que en lucha ruda  
lamenta su viudez, en sus dolores,  
hoy vé del pueblo la alabanza muda

por la libre elección de sus amores.  
Los augustos infantes,  
que viéndola crecer entre sus brazos  
la estrecharon amantes  
con paternos y sagrados lazos,  
si los triunfos de un hijo tan querido  
consuelo dan al alma dolorida;  
si el ver nuestra desgracia comprendida  
nos hace recobrar el bien perdido,  
hoy, al ver que la vida de su vida  
logra arrancar universal gemido,  
podrán sentir calmada su amargura;  
y con sencilla fé que el pecho mana,  
seguir aún amándola en la altura  
cual sabe hacerlo la virtud cristiana.  
Compártase su pena  
entre todos los pechos generosos,  
y vuele al fin á la región serena  
en sentidas canciones,  
la voz de un pueblo de ternura llena  
y el duelo universal de las naciones.  
El Rey, la patria, su familia, el mundo,  
pierden con ella un ángel de consuelo;  
mas cese ya la pena que os aterra,  
pues ella desde el cielo

sabrá calmar nuestro dolor profundo  
derramando la paz sobre la tierra.  
De España intercesora,  
teniendo en Dios sus pensamientos fijos  
calmará sus justísimos enojos,  
redimiendo las culpas de sus hijos  
con las perlas que broten de sus ojos.  
Y en tanto que de flores  
cubre su tumba la nación inquieta;  
y en tanto que el poeta  
logra cantar sus cándidos amores,  
ella en el cielo servirá de guía  
al que en la tierra coronó su frente,  
y hará por fin que aumente  
la noble gloria de la patria mía.

— 29 Junio 1878. —



## EL SUEÑO.

Dormida estabas: tus flotantes rizos  
formando bucles bellos,  
caían en desorden caprichoso  
sobre tu blanco y abultado seno.  
En tus hermosos ojos adormidos  
apenas entreabiertos,  
cualquiera fácilmente leer podía  
las hondas inquietudes de tu sueño.  
Cerca del sitio donde tú te hallabas  
sollozaba un enfermo,  
á quien ambos velábamos reunidos  
deberes de amistad con él cumpliendo.  
Yo, que me hallaba en la cercana estancia,  
entré á verle un momento;  
y al ver tu imagen me sentí turbado  
cual si de pronto contemplase un cielo.  
Varias frases tus labios murmuraban;  
yo te miraba atento,  
y escuché que mi nombre repetías  
entre el vago rumor del dulce beso.

«¡Te adoro!» me digiste con ternura;  
y al escuchar tu acento,  
sentí que de un volcán la lava ardiente  
estallaba en el fondo de mi pecho.  
Cojí tus manos; al sentir las mías  
tornaste de tu sueño;  
y al verme de rodillas á tus plantas,  
lanzaste un grito de placer y miedo.  
Yo entonces ¡ay! ante mi bién postrado,  
de amor estaba ciego:  
«¡Te adoro!» me digiste adormecida;  
y yo, «¡te adoro!» repetí despierto.  
En los cristales de mis pardos ojos  
y de tus ojos negros,  
nuestras amantes almas se veían  
al resplandor de su naciente fuego.  
Y bebiendo mi dicha en tus miradas  
y aspirando tu aliento,  
me dije al fin temblando de alegría  
de mi pasión en el amante acceso:  
¡Ay! ¿De qué sirve cuando el alma adora  
tanto y tanto silencio,  
si á veces nos delatan ante el mundo  
aún nuestros mismos sueños?



## DELIRIO.

Quiero verter la hiel que me envenena,  
sobre el terso papel,  
y hacer al mundo comprender mi pena  
al libar esta hiel.  
Cansado estoy de farsa y de mentira  
y libre quiero hablar,  
por más que el mundo se revuelva en ira  
contra mi lengua audaz.  
La voz casi se anuda en mi garganta  
y oscila mi razón,  
al ver tanto canalla vil, y tanta  
mujer sin corazón;  
pero he de hablar aunque mi ardor profundo  
castigue el mundo al fin:  
mas nó; yo no soy nada para el mundo,  
y él no se fija en mí.  
En este siglo todo positivo

felices todos son:  
tan sólo yo con mis ensueños vivo,  
y espiro de dolor.  
Lo cierto es lo que hiere nuestros ojos  
y roza nuestra piel;  
y todos se alimentan con despojos  
que arrancan á otro sér.  
Cada cual halla el bién en su camino  
según le sabe hallar;  
y ya nadie es ladrón ni es asesino  
si logra al fin triunfar.  
¡Honor! ¡Virtud! Palabras engañosas  
de escasa aplicación;  
aquí ya huelgan todas esas cosas  
que algún necio inventó.  
Ya es la verdad de todos conocida  
por fin: ¡ciencia faláz!  
tú ignoras los misterios de la vida;  
pero sabes matar.  
Ya la puerta del bién se encuentra franca,  
porque no hay ley ni Dios.  
¡Maldito aquel que sin piedad arranca  
la fé del corazón!  
Los hombres y mujeres á porfía  
se engañan por doquier,

y cada cual apura la falsía  
del que más hábil fué.  
¡Amor! ¡Amor! ¡Vaga ilusión del alma,  
que acariciaba mi temprana edad!  
Sin tí no hay dicha, ni placer, ni calma,  
y contigo no hay bién, virtud, ni paz.  
No quiero hacerle el mal de darle vida  
á ningun nuevo sér;  
que está nuestra materia corrompida,  
y se ahoga el alma en tanta fetidez.  
Hoy ya los hombres con los ojos fijos  
en la envidia que tienen á su Dios,  
arrancan de las aulas de sus hijos  
la imagen del Divino Redentor (1).  
Rompiendo altares y volando cruces  
quieren lograr la dicha y el saber,  
y en el siglo que llaman de las luces  
tinieblas nos envuelven por doquier (2).  
Los más ilustres; los que fueron antes

---

(1) Alude á la órden dada por el gobierno de la República francesa para que desaparezcan de las escuelas públicas los Crucifijos y demás signos religiosos.

(2) Se refiere á los sucesos ocurridos en Lyon, Alouettes, Bois Duverne, y otros puntos de la vecina República, en Agosto de 1832.

pueblos gloriosos que la fe guió,  
hoy en pos de políticos farsantes  
ciegos van por la senda del error.

La altiva Francia, tronco carcomido,  
sucumbe por sus vicios en la lid;  
cuando un pueblo valiente y decidido  
no debe sucumbir.

La misma España que luchó en Gerona,  
Bailén y San Marcial,  
hoy á torpes engaños se abandona  
y ébria se encuentra ya.

Por la moderna Roma seducida  
tras ella quiere ir;  
y se encuentra cual ella envilecida  
y ha de morir al fin.

Todos quieren cual míseros reptiles  
vivir sin trabajar;  
y el mundo es una banda de serviles  
de aquel que más les dá.

Caiga por fin la omnipotencia altiva  
de ese pueblo señor,  
y venga ya de gente primitiva  
una nueva irrupción.

En salvajes y rápidos bridones  
ya miro cabalgar

ciegas masas de esclavos campeones  
ansiosos de luchar.  
Los indómitos hijos del desierto  
ya corren por doquier,  
trayendo el pecho por la fe cubierto  
á morir ó vencer:  
y en cambio sus bizarros capitanes  
encontrarán aquí,  
lo que hallaron los bravos alemanes  
en Sedan y Paris.  
Es preciso que pierdan hasta el nombre  
estos pueblo sin fe;  
y que no quede ni siquiera un hombre  
de la raza inspirada por Luzbel.  
Esos necios fisiólogos del alma  
deterministas y de séctas mil  
que hacen del hombre con estóica calma  
un mísero reptil;  
esos sabios que cátedra maldita  
lograron asaltar,  
y forman de bandidos de levita  
la infame sociedad,  
el fruto cojerán de sus desvelos  
al ver aparecer  
el rayo desprendido de los cielos

que el mundo va á encender.  
Si esta vida es el fin á que aspiramos  
y no hay un más allá;  
si todos, todos con ardor luchamos  
por vivir y gozar,  
halagad al soberbio poderoso  
y obtened su favor  
vendiendo por lograr vuestro reposo  
la virtud y el honor:  
llorar ante sus piés como mujeres  
buscando la piedad  
de aquellos que no tienen más deberes  
que morir ó matar,  
y ellos sabrán uncirlos la cadena  
del siervo de color;  
que esa ha de ser vuestra tremenda pena,  
aquella á que os condena el mismo Dios.  
Los hombres libres; los que aquí miramos  
la pasajera dicha terrenal,  
no cual único bién que disfrutamos,  
sí cual un sueño de ilusión fugaz;  
los que comiendo del amargo fruto  
sazonado con lágrimas de hiel  
en este valle de dolor y luto  
esperamos morir... para nacer,

ante el hierro fatal del homicida  
ó servidumbre vil,  
gustosos les daremos nuestra vida;  
que morir por la patria, no es morir.  
¡Un caballo! ¡Una lanza! ¡Sangre y fuego!  
Y al eco del unísono cañón,  
vuelva á mi sér la calma y el sosiego  
que el veneno del mundo me robó.  
A mí ni me seduce ni cautiva  
ese amor patrio vago y general:  
si hay que matar para que España viva,  
viva mi patria, y mueran las demás.  
Desátense las furias del averno  
y luchemos en lucha sin cuartel;  
que es mayor de mi sér el fuego interno  
que el fuego que me cerca por doquier.  
¡Cuál corre por mi lanza cortadora  
la sangre del salvaje vencedor!  
Uno, dos, cinco, diez; ¡y el mundo llora,  
cuando de gozo me conmuevo yo!  
¡Filósofos sin fe! Llorad en tanto  
vuestra perdida dicha terrenal;  
que no ós han de librar mares de llanto  
del baldón que deshonra vuestra faz.  
Yo soy aquel que con audacia rara

al ver vuestra soberbia de Luzbel,  
os lanzó vuestros vicios á la cara  
y enrojeció con sangre vuestra tez.  
A todos juntos os provooco ufano  
sin que sienta mi pecho ruin temor;  
al bárbaro, por déspota inhumano;  
y á vosotros, por viles sin pudor.  
Cúmplase nuestro mísero destino  
y acaben ellos con mi patria pues;  
mas sepan... que aún les salen al camino  
los hijos de Pelayo y de Cortés.  
Aún corre por mis venas encendida  
la sangre que destila el corazón;  
y muero; ¡justo Dios! dadme otra vida,  
y han de besar mi altivo pabellón.  
¡Hurra, caballo! ¿Tú también? Dichosa  
la hora en que el alma se redime en mí:  
si esto es morir ¡qué muerte tan hermosa  
la del que logra con honor morir!  
Aún mi bandera al aire se despliega  
sobre el eco rugiente del cañón.  
¡Humo! ¡Polvo! ¡La sangre ya me ciega!  
¡Más sangre! ¡Ya no queda! ¡Mundo... adios!  
Quiero morir cual mueren los cristianos  
ya que cual bravo con valor luché.

¡Lanuza! ¡Juan Padilla! Vuestras manos;  
que á los cielos me lleva vuestra fe.  
Ya la luz de mis párpados se aleja;  
mas puedo vuestros nombres balbuzar:  
bendito el cielo que morir me deja  
al grito de... ¡Dios, Patria y Libertad!

— 1882 —



¿Qué sois ante mis ojos,  
vanas grandezas que la gente admira?  
Fantásticos despojos:  
sueño no más y mágica mentira.

---

¿Qué sois ante mi mente,  
glorias soñadas que el ingenio anhela?  
Delirio solamente  
que una flaqueza terrenal revela.

---

¿Qué sois, aunque os asombre,  
locos amores que mi pecho ansía?  
Aberración del hombre  
que mi cabeza juvenil sentía.

---

¿Qué eres en fin, halagador veneno  
que llegas hasta el alma apasionada?  
Ceniza, polvo y cieno,  
que se pierde en la noche de la nada.



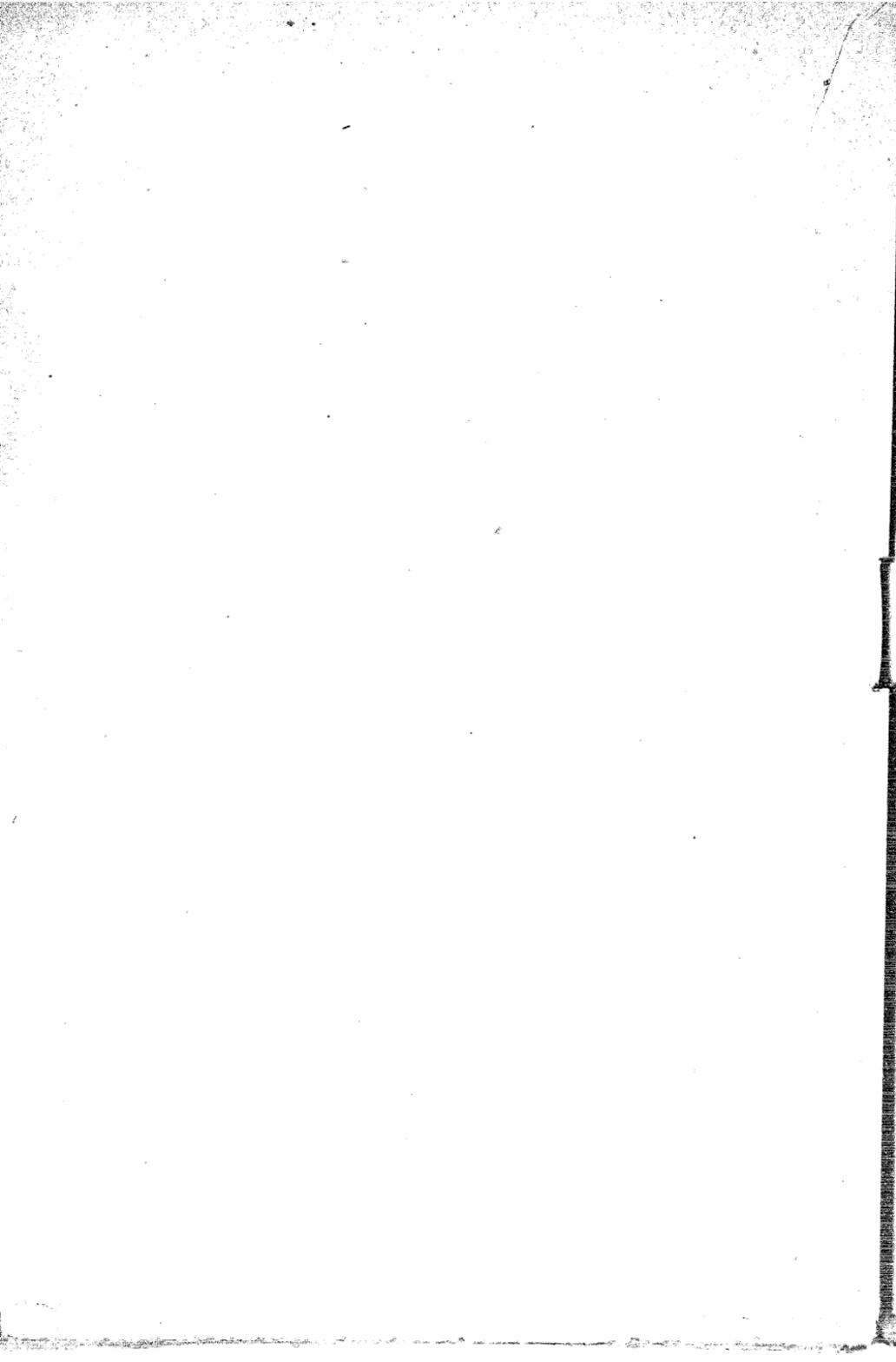
## EPITAFIO.

Aquí yacen mis muertas ilusiones:  
ya nada turba mi sencilla calma;  
mas queda en el lugar de las pasiones,  
hiel en el corazón; luto en el alma.



TERCERA PARTE

DIAS RISUEÑOS



---

---

## MI RETRATO.

Quiero haceros mi retrato  
hoy que mi libro primero  
mira la pública luz,  
y entro al fin en el concierto  
de los noveles poetas  
entre los cuales me cuento;  
mas comprendiendo, lectores,  
que acaso os fuese molesto  
el fijar vuestra atención  
en tan extraño sujeto,  
me dirijo á las lectoras  
diciendo para comienzo,  
que he cumplido cinco lustros  
y que me encuentro soltero.  
No penseis, queridas mías,  
que recomendarme intento  
ostentando cualidades

que me capten vuestro afecto;  
pues comprendo por desgracia  
que ser de todas no puedo,  
por más que mi corazón  
es como la mar inmenso.  
Mas por si acaso algún día  
en mi camino os encuentro,  
ahora que hablo sin pasión,  
decir quiero sin rodeos  
que no acepteis mi cariño  
si quereis tener sosiego;  
pues soy un sér especial  
estravagante en extremo.  
Y advierto que esto lo digo  
ahora que miro de lejos  
el fuego de vuestros ojos  
azules, pardos ó negros;  
porque estando á vuestro lado  
responderos yo no puedo  
ni de obrar con tanta calma,  
ni de hablaros tan sincero.  
Quiero también que sepáis  
lo que soy y lo que pienso,  
pues desèo que al hallarme  
en la calle ó en paseo,

podais decir al oído  
de algún amigo discreto:  
«ahí va, ahí va;» que es lo que dicen  
los chiquillos de mi pueblo  
cuando ven algún bautizo  
donde no les dan un céntimo.  
Y para que fácilmente  
podais cumplir mi deseo,  
os diré mis cualidades  
y la posición que tengo.  
Ni soy rico, ni soy pobre;  
ni soy tonto, ni discreto;  
ni violento, ni sufrido;  
ni soy malo, ni soy bueno.  
Ni ignorante soy, ni sabio;  
ni soy hermoso, ni feo,  
por más que mi buena madre  
siempre me llama su cielo.  
Soy un conjunto de todo  
que de nada forma cuerpo;  
ni de nada sirvo al mundo,  
ni nada del mundo espero:  
y como habreis comprendido,  
yo no tengo más defecto  
que el de gustarme bastante

las que son de vuestro sexo.  
Estudio, contemplo, admiro;  
no amo mucho y odio menos,  
y guardar quiero en el alma  
los más puros sentimientos.  
Ambiciono pocas cosas  
y apenas lograrlas puedo,  
si bién Dios siempre me dá  
más de lo que yo merezco.  
Trabajo medianamente  
y aunque malos, hago versos:  
esta es sólo mi manía,  
áun cuando sé por supuesto  
que para alzarme á la altura  
es muy escaso mi vuelo.  
Cuando estoy de buen humor,  
pues sólo á ratos lo tengo,  
así entretengo mis ocios  
y á solas yo me divierto.  
Hay veces que á mis amigos  
mis inspiraciones cuento,  
y hay otras muchas también  
que las guardo en el silencio.  
Ni tengo afán de que todos  
conozcan mis pensamientos,

ni tampoco, á la verdad,  
mucho á la crítica temo;  
pues como poco ambicionado,  
poca cosa perder puedo.  
En tanto viva en el mundo,  
vivir de este modo intento  
si no mudo de opinión:  
cuando muera, si es que muero,  
y no me quedo en la tierra  
para enderezar entuetos,  
me dará poco cuidado  
que nadie vaya á mi entierro.  
Y aquí paz y después gloria  
*hic requiescat corpus meum.*



## HISTORIA DE UN GATO.

Yendo á hacer una visita  
en una noche pasada,  
sobre una falda sentada  
ví una preciosa gatita.  
Aunque á pesar de su mote  
casi me inclino á creer,  
que debe gatito ser  
por su soberbio bigote.  
Pero apartándome ahora  
del sexo á que pertenece,  
la historia que nos ofrece  
seguiremos sin demora.  
Su origen con diligencia  
quise averiguar después;  
mas sólo supe que es  
de dudosa procedencia.

Su madre, en extremo ingrata,  
y que según demostró  
ahora puedo decir yo  
fué toda una mala gata,  
entre quejas lastimosas  
dejándole en orfandad,  
le espuso á la caridad  
de las personas piadosas.  
En el crítico momento  
que dió su primer suspiro,  
sólo tuvo por retiro  
el portalón de un convento.  
Mas era tal su fortuna,  
que las monjas con cariño  
le criaron como á un niño,  
y hasta le hicieron su cuna.  
Le daban por las mañanas  
sopitas de chocolate,  
y trozos de piñonate  
con azúcar y avellanas.  
Le acostaban muy temprano,  
y de maitines al toque  
se dijo al monjero Roque  
que no apretase la mano,  
porque haciendo mucho ruido

iba el gato á despertar,  
y era lástima turbar  
al tierno recién nacido.  
Con gran trabajo y constancia  
y gracias á la fortuna,  
el gato sin ama alguna  
puso fin á su lactancia.  
Y entre caricias sin cuento  
al irse desarrollando,  
fué poco á poco formando  
el encanto del convento.  
Mas, ahora falta decir  
qué motivo poderoso  
hizo que el dije precioso  
pudiera de allí salir.  
Furtivamente no ha sido,  
pues habría ingratitud,  
y él profesa la virtud  
de ser muy agradecido.  
Mas ¡oh esplendidez! promesa  
hicieron al fin del gato  
las monjas, y en corto rato  
le dieron una sorpresa.  
En un cesto con adorno  
le colocan con esmero,

y al consabido monjero  
se lo entregan por el torno.  
Mas al ir á dar la vuelta,  
piensa llegada su hora  
postrimera, y triste implora  
que le den al punto suelta:  
pues le causan triste lloro  
los sollozos y quejidos,  
que entre lamentos sentidos  
le dirigen desde el coro;  
y es, que ansiosas demostrando  
el disgusto general,  
todas al pobre animal  
quieren despedir llorando.  
Así que libre se vió  
en su moderno aposento,  
mil saltos dió de contento  
y ser dichoso creyó.  
Y en medio de su alegría  
casi de ventura loco,  
miau... decía poco á poco,  
miau... miau, repetía.  
Y desde Sofía á Elena  
y desde Elena á Sofía,  
el gato decir quería:

«Ya se concluyó mi pena.»  
Estos juegos y expansión  
á sus amos agradaron,  
y un buén puesto le alcanzaron  
en su nueva habitación.  
Son sus goces tan amenos,  
que entre gentes de su raza,  
parece según la traza  
conde ó marqués por lo ménos.  
Yo que aunque poco le he hablado  
no le dejo de admirar,  
quiero en mis versos cantar  
á gato tan celebrado.  
Pues me viene á la memoria  
decir con gozo profundo,  
que también en este mundo  
existen gatos de historia.  
Este, cual Persas y Galos  
tiene la suya, y á fe,  
está escrita en versos que...  
si no son buenos, son malos.  
Premio de grande valia;  
pues por más que yo no he muerto,  
casi ya tengo por cierto  
que no escribirán la mía.

---

Y aquí teneis el retrato  
de un gato de gran carrera,  
que hace decir á cualquiera:  
¡Justo Dios, quién fuera gato!



## CANTARES.

## PRIMERA PARTE.

## LA HERMOSURA.

De las flores que brillan  
en tu guirnalda,  
la más bella de todas  
está en tu alma.  
Pues son sus flores,  
las que mejor esencia  
prestan al hombre.

---

Tu boca tiene mieles,  
fuego tus ojos,  
y tus labios claveles  
de color rojos.  
Y tu megilla  
es una flor galana  
que siempre brilla.

Una rosa te diera;  
mas ¡ay! ¿qué rosa  
regalarte pudiera  
cual tú de hermosa?  
Tú sí que eres  
la más graciosa y linda  
de las mujeres.

---

De la aurora el destello  
tu faz colora,  
y por eso te llaman  
luz de la aurora.  
Dime de veras,  
si ella á tí te dá luces  
ó das tú á ella.

---

Como vives tan cerca  
de la montaña,  
cual su perpétua nieve  
eres de blanca.  
Pero me temo  
que el corazón lo tengas  
hecho de hielo.

Rubio el cabello tienes,  
rubias las cejas;  
mas son negros tus ojos  
cual mi tristeza.  
¡Oh! no me mires,  
pues como son tan negros  
me ponen triste.

—

El tipo de las rubias  
es lindo y bello;  
mas ¡ay! ¿y las que tienen  
negro el cabello?  
¿Y las morenas?  
Niñas, según mi gusto  
todas son buenas.



---

**SEGUNDA PARTE.****LA ILUSIÓN.**

«Guarda tus ilusiones  
niña querida,  
que la ilusión es aire  
mas dá la vida;  
Y advierte, advierte,  
que donde el aire falta  
surge la muerte» (1).

—

La niña que en su mente  
sueños no abriga,  
pasa sus verdes años  
sin hallar dicha.  
Porque en los sueños,  
se halla á veces la dicha  
más que en los hechos.

---

(1) De una canción.

Según dijo un poeta  
sueño es la vida;  
que la vida sin sueños  
es bien esquivada.  
Y los placeres,  
son mentira si el alma  
sueños no tiene.

—

Cuando libes la copa  
del desengaño,  
si la pena te aqueja  
sigue soñando.  
Gusta el beleño,  
y verás realizada  
*La vida es sueño.*

—

Los años juveniles  
son cual las flores;  
ellas buscan rocío  
y ellos amores.  
Pues son sin esto  
como flor sin rocío  
que pierde el mérito.

---

Si tu alma sencilla  
otra no encuentra  
que cual ella templada  
bien la comprenda,  
Busca en tu mente,  
y hallarás en tus sueños  
puros placeres.

—

«Guarda tus ilusiones,  
niña querida,»  
que en la tierra sin ellas  
todo es mentira.  
Pues todo afecto,  
es ilusión que el alma  
forma en sus sueños.



**TERCERA PARTE.****EL DESENGAÑO.**

Amo las ilusiones;  
mas por mi daño,  
á conocer empiezo  
los desengaños.  
Pues en la tierra  
mezcladas van las dichas  
con las miserias.

—

Te amé, y en tus amores  
también creía;  
mas ví que sus promesas  
eran mentira:  
Y desde entonces  
son algo recelosas  
mis ilusiones.

Cuando llega á mi oído  
un «yo te amo,»  
no sé qué me sucede;  
pero me escamo.  
Y luego digo:  
después de tanto afecto  
vendrá el fastidio.

---

La rosa que en su tallo  
se mece altiva,  
también herirnos suele  
con sus espinas;  
Y los amores,  
en la parte espinosa  
son cual las flores.

---

Dices que ya te pesa  
haberme amado;  
lo creo: ¡Mis amores  
son tan pesados!...  
¡Tú tan hermosa...  
que tan solo te iguala  
la mariposa!

No hay amor en el mundo  
que eterno sea,  
ni hombre sin pretensiones,  
ni mujer fea:  
Ni goce extraño,  
que no lleve consigo  
un desengaño.

—

Desengaño es la vida,  
vivir preciso;  
con que llevar cuidado  
con lo que digo:  
Que en este suelo,  
caen bastantes peces  
en el anzuelo.



## A UN MATÓN Y Á UNA HERMOSA.

Tienes negros los ojos,  
negra la barba;  
negros los pensamientos  
y el alma blanca.

Tienes de tus cabellos  
rubias las trenzas;  
blanca tu tez de raso,  
y el alma negra.



## SERENATA ANDALUZA.

Luceros hay en tu cara  
que brillan cual los del cielo;  
mas los del cielo son blancos,  
y los de tu cara negros.

—

Los corales de la mar  
mucho á la mujer adornan;  
mas tú no los necesitas  
pues los llevas en tu boca.

—

Un fuerte rayo de sol  
me ha abrasado las entrañas;  
no sé cómo no te quemas,  
teniendo el sol en tu cara.

—

Mucho mi corazón siente  
no poder verte ni oírte;  
pero siente mucho más  
el verte y que no me mires.

No te muestres desdeñosa  
que es constante mi cariño;  
y es lástima que destroces  
un corazón como el mío.

---

Las tempestades del mar  
mucho la vida amenazan;  
pero temo más aún  
las tempestades del alma.

---

Si no aceptas mis amores  
más vale que me lo digas;  
que es peor la incertidumbre  
que una pesada agonía.

---

Dicen que de mal de amores,  
todavía nadie ha muerto;  
mas yo digo lo contrario  
pues conozco que me muero.

---

Son mis cantares, cantares,  
como cantar no se ha oído;  
pues los cantares se cantan  
y yo no canto, suspiro.

Cuando suspira mi pecho  
mucho mi pena se alivia;  
pero más se alivia aún  
cuando tu pecho suspira.

—

¿Qué puede decir mi boca  
si lo que en el alma siento  
á todas horas del día  
lo estás en mis ojos viendo?

—

Yo bajé al fondo del mar  
para cojer una perla;  
mas ví tu cara en la orilla  
y al punto me fui tras ella.

—

Tienes un hermoso nombre  
símbolo de gran virtud;  
mas si tu nombre es hermoso,  
áun más hermosa eres tú.

—

No sé niña qué te he hecho  
para que me des martirio;  
pues siendo siempre tan buena,  
eres tan mala conmigo.

---

Cuando hay nubes en tu alma  
no sé á qué tengo más miedo,  
si á los rayos de tus ojos,  
ó á las centellas del cielo.

---

Decir no puedo en verdad  
cuándo estás tú más hermosa,  
si cuando con gozo ríes,  
ó cuando con pena lloras.

---

Tu imagen llevo en mis ojos  
y en mis oídos tu voz;  
tu primer beso en el alma,  
tu olvido en el corazón.



## Á ANA.

Ana: aunque no tengo gana  
de componer mucho aquí,  
siendo versos para tí,  
¿no he de componerlos, Ana?

Siento calor tan interno;  
me noto tal apatía,  
que á no verte á tí, creería  
que estoy dentro del infierno.

Entre moscas y mosquitos,  
y alguno que otro moscón,  
le han quitado á mi arpa el son,  
y pide descanso á gritos.

Con el calor de esta playa  
suelen los versos sudarse,  
y ¡ay triste! en vez de inspirarse,  
hasta la mente desmaya.

Sólo al fuego de tus ojos  
puede templarse mi lira;

sólo tu amistad me inspira  
consuelos en mis enojos.

Sólo al contemplar tu encanto,  
no siento el haber venido  
á este país... divertido,  
en donde se suda tanto.

Mas noto ya que me meto  
en terrenos peligrosos,  
y los amantes celosos  
me infunden grande respeto.

Cón que en tu amistad me escudo  
y basta de ser audaz,  
porque, Ana, tú eres capaz  
de hacerle hablar... hasta á un mudo

Admite mi inspiración  
sin que nada más te diga;  
léela, olvídala, y que siga  
su curso la procesión.

Que, Ana, aunque no tengo gana  
de componer mucho aquí,  
siendo versos para tí,  
¿no he componerlos, Ana?



## EL ÁNGEL DEL HOGAR.

Joven, soltero y alegre á veces,  
por este mundo camino yo,  
sin que las luchas de la familia  
jamás destrocen mi corazón.

Como demuestra lo que antecede  
sin gran trabajo cualquiera ve,  
que si yo siempre soltero estuve,  
nunca he podido tener mujer.

Aún no me pesa la soltería;  
y hasta suplico con gran fervor  
siempre que rezo mis devociones,  
que Dios me libre de tentación.

Del matrimonio los santos lazos  
nunca á mi cuello quise ceñir;  
tan solo á veces decir solía:  
¡si esa criatura me amase á mí!

Sólo al hallarme con una hermosa  
de talle esbelto que inspira amor,  
he dicho, acaso dando un suspiro:  
¡Cielos! ¡Si fuese su esposo yo!

Mas escuchando la algarabía  
que los pequeños suelen formar,  
siempre exclamaba: ¡Niños! ¡Más vale  
pegarse un tirc, que ser papá!

Buscando sólo gratos amores,  
una mañana marchaba yo;  
hallé á una hermosa comprando flores,  
y yo al momento compré una flor.

Era de todas la más galana;  
la más esbelta, la más gentil;  
y yo por darle destino grato,  
á aquella hermosa se la ofrecí.

Ella sin duda me conocía  
aunque su amigo no fui jamás;  
yo su figura no recordaba;  
y era por cierto de recordar.

Despues de hacerle varios cumplidos,  
tomó en su mano la flor gentil;  
y yo, con eco mucho más dulce  
que una arropía, le dije así:

—Gracias, señora: sólo reclamo  
que esa rosita que en vos se ve,  
símbolo sea de que yo os... vaya;  
de que yo siempre la admiro á usted.

Pues como tengo ciertas flaquezas  
y soy tan fácil de tropezar,  
si no detengo la lengua un poco...  
digo cualquiera barbaridad.

Mas por fortuna mi torpe lengua  
calló, y al grito del corazón,  
toda la sangre que yo tenía  
á la cabeza se me subió.

Ella entre tanto, con un acento  
que nunca, nunca podré olvidar,  
me dijo: — ¡Gracias; sois muy amable!  
mas sois poeta y es natural.

¡Cuánto á mi Emilia gustarle debe  
esta galana y hermosa flor!  
Gracias de nuevo por ella os doy.  
Bésoos la mano; quedad con Dios.—

Y sin dejarme que una palabra  
por vez postrera le hiciese oír,  
con paso breve, como una corza,  
ante mis ojos cruzar la ví.

Quedéme al pronto sin movimiento;  
mas al instante repuesto ya,  
tras los hechizos de aquella hermosa  
entusiasmado marché fugaz.

La fuí siguiendo por varias calles  
y en una casa por fin entré:  
quedé parado, y al poco tiempo  
miré su imagen tras un balcón.

Abierto estaba: un gabinete  
del entresuelo dejaba ver;  
y era tan lindo, que al verle, supe  
que allí habitaba mi dulce bién.

Mas ella entonces corrió ligera  
los cortinajes de raso azul;  
y yo corrido como una mona  
puse una cara de Belcebú.

Fuí á marcharme desesperado;  
mas antes quise mirar á allí,  
y ví una mano tras la cortina,  
blanca y hermosa como el jazmín.

Era la suya: duda no tuve;  
era la mano de una mujèr.  
Acaso oculta tras la cortina  
me contemplaba con tierna fe.

¡Cuántos ensueños! ¡Cuántos encantos  
por mi cabeza sentí cruzar!  
Tal vez entonces aquella hermosa  
sin advertirlo me amaba ya.

—¿Será soltera?—Me preguntaba;  
—¡si tiene un rostro tan juvenil!  
Mas ya recuerdo; mi Emilia dijo.  
¡Qué niña es esa que nombra así!

¿Será su hermana? Mas, no; sin duda  
será su hija. ¡Vote á bríos!  
¿Casada acaso? ¡quién lo creyera!  
mas ¿por qué abrigo tan ruín temor?

¿Quién será el dueño de su hermosura?  
Ya me molesta, y aún no le ví:  
sin duda alguna no la merece.  
¡Que haya en el mundo sér tan feliz!

Ya tengo celos; mas... soy un loco:  
¿En qué me fundo? ¿Acaso sé?...—  
Y en mi delirio me preguntaba:  
—¿Quién será ella? ¿Quién será él?—

Así pasaron algunas horas:  
yo de aquel sitio marché por fin;  
mas ¡ay! la imagen de su belleza  
siempre grabada llevaba en mí.

Dando paseos por mis estancias  
toda la siesta se me pasó;  
que inutilmente matar quería  
las impresiones del corazón.

Dirán ustedes, que amor tan grande  
tan de improviso, no es natural;  
mas el que tiene veintidós años,  
siempre en su pecho lleva un volcán.

Llegó la tarde: del sol poniente  
bañó la tierra la tibia luz,  
mostrando á veces sus rayos rojos  
tras blancas nubes de limpio tul.

Entonces, preso de un desvarío  
crucé las calles con rapidez,  
marchando en busca de la morada  
donde vivía mi dulce bién.

Y apenas tuve la casa aquella  
al corto alcance de mi visión,  
según la lucha que yo sentía,  
todo mi aspecto mudar debió.

Pasé debajo de sus balcones:  
fijéme en ellos con ansiedad,  
y ví una escena conmovedora,  
que nunca, nunca podré olvidar.

Aquella hermosa de mis ensueños  
á quien ansioso buscaba allí,  
jugando estaba con una niña  
como la imagen de un serafín.

Un hombre jóven, de aspecto afable,  
que al lado suyo ví con afán,  
mirala entonces casi extasiado  
de aquella niña la linda faz.

Ella entre tanto, luce en su boca  
una galana y esbelta flor:  
era la misma que poco hacía  
formaba el símbolo de mi ilusión.

«Cuánto á mi Emilia gustarle debe»  
la hermosa dama me dijo á mí.  
¡Ay! la pureza de sus designios,  
hasta este instante no comprendí.

Y desgarrando mi amante pecho  
dijo la niña con tierno afán:  
—¡Cuánto te quiero, madre del alma!  
Díme; ¿tú quieres mucho á papá?—

Avergonzado yo la escuchaba;  
me daba un ángel una lección;  
y desde entonces abrí los ojos  
á los encantos del puro amor.

—¡Malditos sean mis pensamientos!—  
Con eco rudo yo murmuré;  
y en mi delirio me preguntaba:  
—¿Quién será ella? ¿Quién será él?

Mas ¿qué me importa? Jamás infame  
su pura dicha querré impedir:  
marchemos pronto de aquí: dejemos  
que haya en el mundo sér tan feliz.—

Me dije: luégo mi torpe lengua  
calló, y al grito del corazón,  
toda la sangre que yo tenía  
á los talones se me bajó.

Aquella niña tan inocente  
ángel custodio del puro hogar,  
logró advertirme con sus palabras  
de mis intentos la liviandad.

Y de su madre la faz hermosa  
por vez postrera mirando yo,  
al fin berdije los puros lazos  
que dictan leyes al corazón.



## MIS DRAMAS.

Son mis dramas unos dramas,  
que sirven para el cajón  
de una mesa de escritorio,  
como ninguno sirvió.  
Todos los dramas del mundo  
se escriben con intención  
de llevarlos al teatro,  
y los dramas míos, no.  
Dispénsame que te hable  
algo, querido lector,  
de mi modesto individuo,  
y préstame tu atención.  
Mas no esperes que me ensalce,  
porque yo soy un señor  
de un carácter especial,  
algo raro y moscardón.  
Me ha dado ya la manía  
por escribir... ¿que sé yo?

dramas, leyendas, cantares  
 y tiernas trovas de amor;  
 pero entre todas las cuerdas,  
 la que toco en mi violón  
 con más gusto y armonía,  
 es la dramática; ¡oh!  
 esa siempre la miré  
 con grande predilección.  
 Unos diez y siete Eneros  
 de vida contaba yo,  
 ú otras tantas primaveras  
 que al acaso lo mismo son,  
 cuando hice mi primer drama  
 en tres actos, que salió  
 como bién pueden ustedes  
 sospechar: allí el amor  
 era el tema consabido,  
 y basta de explicación.  
 De defectos no tenía  
 uno, ni tampoco dos:  
 que los contaba por cientos,  
 de docenas hablo yo.  
 Según ilustres doctores,  
 era la obrita mejor  
 para llevarla al teatro

y sufrir un révolcón.  
Pero fuí prudente; al fin  
resolví guardarlo, y no  
quise esponerme á llevar  
una censura feroz.  
Desde entonces hasta ahora  
que tengo ya veintidós  
años, llevo escritos cuatro  
que con aquel cinco son.  
En uno invertí diez días;  
en otro cuatro, y en los  
restantes, como unos quince  
si la cuenta no falló.  
Además, tengo hace meses  
empezados otros dos,  
y doce ó trece argumentos  
que he guardado en un arcón,  
sin escribirlos siquiera;  
porque nunca escribo yo  
más que versos concluídos,  
y dada la corrección.  
Por todo lo cual verás,  
queridísimo lector,  
que yo soy lo que se llama  
un hombre trabajador,

digno de ser empleado  
por el ministro mejor,  
en cualquier departamento  
de nuestra administración.  
Escribo al año diez días,  
si acaso á los diez llegó,  
y los demás me paseo,  
y estudio, y *hago el amor* (1).  
Poco me importa en verdad  
que se publiquen ó no  
mis obras, pues tengo miedo  
á toda publicación,  
y no ambiciono que á mí  
llegue la crítica atroz,  
que es el primer patrimonio  
de todo novel autor.  
Así que nunca á empresarios  
visito, ni protección  
voy pidiendo á los actores,  
ni suelo marchar en pos  
de las actrices notables,  
si es que bonitas no son.

---

(1) Perdóneme los académicos esta frase en consideración á la llaneza del estilo.

Hasta que no llegue el día  
en que estando en casa yo  
vengan con sombrero en mano  
diciéndome: — Señor don...  
ha llegado á nuestro oído  
su fama en pública voz,  
por los triunfos que consiguen  
guardados en su cajón  
esos inmortales dramas  
que hace ya tiempo escribió;  
y si quisiese dignarse  
concedernos el honor  
de que al fin viesen sus obras  
la brillante luz del sol,  
le prometemos mostrarle  
la mayor admiración,  
el más profundo respeto  
y la gratitud mayor.  
Se encuentra casi tronado  
el Gran Teatro Español,  
y de fijo tronaría  
si no lo impidiéseis vos.  
Y al contrario, si quereis  
darle vuestra protección,  
podrá llegar á la altura

á que nunca se elevó.  
Para aumento de estas penas  
no hay ni siquiera un autor,  
y el arte se halla sumido  
en la mayor postración.  
Con que pensad, gran poeta,  
que ya solamente vos  
podeis ceñir á la frente  
los lauros de Calderón.—  
Escuchando tal arenga  
y ruegos de tal valor  
en el centro de mi estudio  
recostado en mi sillón,  
dando una vuelta al habano,  
y mirando hacia el reloj,  
y en actitud diplomática  
cual la de un embajador,  
con la mayor elocuencia  
y sublime inspiración,  
en un estenso discurso  
les hablaré de Platón,  
y de griegos y romanos,  
y diré por conclusión:  
—Señores, me he convencido  
de que los hombres cual yo,

solamente pertenecen  
al mundo y á su nación.—  
Y descolgando de un clavo  
el diploma que me dió  
el ilustre Ayuntamiento  
de Granada, distinción  
que en un público certamen  
el Jurado me otorgó;  
y cogiendo una corona  
que me dieron por favor,  
haciendo entre aficionados  
una representación  
de aquella célebre obra,  
que buen éxito logró,  
gracias á amigos piadosos  
que aplaudieron con calor,  
hacia el palenque sublime,  
con entusiasta ovación  
iré llevado en volandas,  
medio cómodo y veloz.  
Porque aquí donde me ven  
ustedes, soy un autor  
coronado, y no de espinas,  
que es mala coronación.  
Y conservo de mi casa

---

en el último rincón,  
de mis triunfos literarios,  
alguno que otro blasón (1).  
Mas entre tanto sucede  
todo lo que escribo yo,  
deberé seguir diciendo  
con melancólica voz:  
mis dramas son unos dramas,  
que sirven para el cajón  
de una mesa de escritorio,  
como ninguno sirvió.

---

(1) Después de escrita esta poesía, en público certamen celebrado en Barcelona por la sociedad lírico-dramática *Ju-  
lian Romea*, en Noviembre de 1882, ha obtenido su autor el  
título de Socio de Mérito de la misma por su drama en tres  
actos *Don Ramon Berenguer*.



Hablando con Emilia cierto día,  
de mi amorosa fe,  
con voz apasionada le decía:  
¿soy niño yo tal vez?

—  
Mas á poco su alegre sobrinito  
el rostro le besó,  
y dije con furor: ¡habrá maldito!  
¡Si fuese niño yo!...



EL CRITERIO MORAL.

SÁTIRA.

Si es una chica bonita  
que tiene cara de hurí,  
y que al mirarme se agita  
y su corazón palpita...  
esa me conviene á mí.

—  
Si su padre don Severo  
es un viejo singular  
que tiene un aire altanero  
y que le gusta rabiarse...  
á ese señor no le quiero.

Si su prima la viuda  
tiene un grande corazón,  
y el color al verme muda  
y viene siempre en mi ayuda...  
esa es una proporción.

—

Si su hermano el militar,  
que á la Habana se marchó,  
me pensaba provocar  
y matarme pretendió...  
ojalá lo trague el mar.

—

Si su primo el intendente  
me lleva allí por la noche,  
y me llama su pariente,  
y me ofrece siempre el coche...  
ese es un hombre excelente.

—

Y si de éste la mujer,  
que es más fea que el diablo,  
queriéndome complacer  
me dice que no le hablo...  
¡Que complazca á Lucifer!

---

Mas á su amiga Lucía,  
que es una chica ideal,  
y en otro caso veía;  
le dije que la quería:  
¡Opino que no hice mal!

—

Ella me mostró desdén;  
mas al verme triste allí,  
sin saber cómo ni á quién  
al fin me dijo que sí:  
¡Me parece que hizo bién!

—

El zángano de su amante,  
porque supo la verdad,  
con ademán insultante  
me dijo que era un tunante:  
¡Hombre, qué barbaridad!

—

Mas yo sé que es un matón,  
y acatando su derecho,  
le dí una satisfacción;  
y él tiene buén corazón,  
y se quedó satisfecho.

Yo siempre rindo tributo  
á los sagrados deberes;  
nunca por nada me inmuto;  
y obro bién en absoluto  
con hombres y con mujeres.

Con que no habrá quien insista  
en que siempre pienso mal,  
y que soy un egoísta;  
tengo por punto de vista  
un gran *criterio moral*.



Cuando en la noche aquella de la cita  
al teatro tu padre se marchó,  
subí los escalones de tu casa,  
lo ménos dos á dos.

Mas pasada la escena que tú sabes,  
al regresar tu padre del teatro,  
bajé los escalones de tu casa,  
lo ménos cuatro á cuatro.



## EL LENGUAJE UNIVERSAL

Hay más de un sabio inmortal  
que á fuerza de discurrir,  
ha querido descubrir  
el lenguaje universal.

Yo también, aunque intenciones  
de ser sabio no tenía,  
he dado en esa manía  
en más de dos ocasiones:

Y cuando en algún apuro  
se encontró mi torpe labio,  
dije: — Si yo fuese sabio  
lo encontrara de seguro. —

Desde la ciudad del Cid,  
en alas de mi deseo,  
caminaba en tren correo  
con dirección á Madrid.

Llegué tarde á la estación  
por hablar... no sé con quién;  
y cuando arrancaba el tren  
me pude asir á un vagon.

Aunque esto estaba vedado,  
yo como prisa tenía,  
sin advertir lo que hacía,  
metime en un reservado.

Mas ¡oh! cuál fué mi sorpresa  
cuando pude absorto ver  
que allí había una mujer,  
ó mejor dicho, una inglesa.

Aún el rubor me sofoca  
al recordar mi osadía:  
que aquella inglesa tenía  
unos ojos... y una boca...  
que al mirarla me hice atrás;  
y si herido por un rayo  
entonces no me desmayé,  
no me desmayo jamás.

Mas, al fin, me desmayé;  
y al verme ya recobrado,  
hallé la inglesa á mi lado  
y la dije... no sé qué.

No recordarlo prefiero:  
ella hablarme pretendía;  
me preguntaba, y diría...  
—¿Qué tiene usted, caballero?—

Mas yo con gran emoción,  
(ya recuerdo lo que fué)  
le dije: — La tengo á usted...  
en medio del corazón.—

Ella no entendió sin duda  
mi amoroso desvarío:  
calló, y yo dije:—¡Dios mio!  
¿Se habrá vuelto acaso muda?—

Tal pensamiento me arredra:  
insisto luégo de pronto,  
y al fin digo:—¡Ó yo estoy tonto,  
ó esta mujer, es de piedra!—

Mirando mi turbación  
cuya causa comprendía,  
ella sin saber qué hacía  
tomó asiento en un rincón.

Y al ver su cara de rosa,  
su hermosura y gentileza,  
volví á sentir mi cabeza  
un poco vertiginosa,

y dije: — ¡Qué feliz es  
el buén Campoamor, Dios mío!  
¡Ojalá que sienta frío  
para taparle los piés! — (1).

Anduvimos largo trecho  
oyendo fuertes silbidos,  
no tanto cual los latidos  
que brotaban de mi pecho;

Pues era tal su calor,  
que cual tren en su carrera,  
mi pecho llevaba hoguera  
y máquina de vapor.

De nuevo entonces le hablé,  
mas ¡ay! en vano fué todo;  
no hallé manera ni modo,  
ni esplicarme al fin logré.

Y al ver mi tremendo mal  
que nada lo satisface,  
dije: — ¡Qué falta me hace  
el lenguaje universal! —

Con una frase francesa;  
alguna que otra italiana;

---

(1) Alude al poema de dicho autor titulado *El tren es-*  
*preso.*

otra persa, y alemana,  
y sanscrita y portuguesa,  
formé al fin un popurrí;  
y al ver mi galantería,  
ella — *merci* — me decía;  
— *merci* — tan solo entendí.

Yo viendo tales cumplidos  
dije para mi capote:  
—Vamos, si no soy un zote,  
ya estamos medio entendidos.—

Y para salir del paso,  
fingiéndome italiano acento,  
recité por un momento  
algunos versos del Taso.

Ella en actitud inquieta  
las estrofas escuchaba,  
y cuando ya terminaba  
al fin dijo:—¡Buén poeta!—

Y al ver que así me provoca,  
con caprichosos antojos,  
hice un soneto á sus ojos,  
y un madrigal á su boca.

El uno acababa así...  
(¡que no me acuerde ahora yo!)

Acababa en *a*, ó en *o*;  
ó en *e*, ó tal vez en *i*.

¡Por vida de Belcebú!

Me parece en este instante,  
que era en letra consonante:  
mas no; sin duda era en *u*.

En el otro, pretendí  
ir de su boca en redor,  
y exclamaba:—¡Qué dolor  
que no fuese para mí!—

Con aspecto satisfecho  
ella mis versos oía;  
noté que se sonreía,  
y me dije:—Dicho y hecho.—

Viendo calmado mi mal,  
esclamé:—Soy un gran chico,  
si en esta ocasión aplico  
el lenguaje universal.—

Y con fórmula sencilla,  
sin meditar en mi esceso,  
con mi boca puse un beso  
en su encarnada mejilla.

Noto ahuyentarse mi pena,  
y en medio de mi ventura

esclamo con gran ternura:

—¡Habrá una mujer más buena!—

Ella al verse de improviso  
con esta prueba de amor,  
encendida de rubor,  
levantarse al punto quiso.

Derecha como una bala  
va su mano al rostro ajeno,  
y esclamo ya más sereno:

—¡Habrá una mujer más mala!—

Senteme al ver su desvío  
y dije entonces:—Señora;  
vamos, usted se acalora,  
y   mí me ha dejado frío. —

Y ante tan severas leyes,  
el tren, que casi volaba,  
pens  que entonces marchaba  
igual que un carro de bueyes.

V  renovarse mi mal  
y exclam  con fiero grito:

—¡Maldito sea; maldito  
el lenguaje universal!—

Antes en rauda carrera  
seis estaciones mir ,

y entonces... ¡cuánto esperé  
para hallar una siquiera!

Y comprendí la lección  
de que en el mar de la vida,  
de los tiempos la medida  
se encuentra en el corazón.

Sonaron varios silbidos,  
y ¡oh incomprensible poder!  
¡Con cuán extraño placer  
escuchaban mis oídos!

En tanto la inglesa hermosa  
repuesta de su rubor,  
sintió bajar el calor  
de sus mejillas de rosa:

Y al verme tan mojigato  
y con tal comedimiento,  
acaso remordimiento  
le produjo su arrebató.

Paró el tren: marcharme fuera  
quise; mas ¿cómo marchar  
de allí, sin antes mirar  
á aquella ingrata extranjera?

Nuestras amantes miradas  
mútua esplicación se dieron,

y en ellas se confundieron  
dos almas apasionadas.

Que aunque su mano me hirió  
y abandonarla quería,  
con sus ojos me decía:  
—No me dejes sola, no.—

Hubo una pausa ligera;  
yo inmóvil allí me hallaba;  
ella tierna me miraba,  
y el tren siguió su carrera.

Y sin encontrar desdoro,  
dando mi afrenta al olvido,  
caí á sus piés rendido  
diciéndole: —Yo te adoro.—

Antes con empeño insano  
robé un beso á su mejilla,  
y entonces con fe sencilla  
puse un ósculo en su mano.

Ella con afecto igual  
me miraba, y... más no digo:  
áun á estas horas bendigo  
*el lenguaje universal.*



Lamentando la culpa que me agita,  
de todo corazón,  
á un reverendo padre jesuita  
le hablaba en confesión.  
Contábale una historia muy secreta  
con mágicos colores,  
y él dijo con dolor:—Al fin poeta:  
¡Siempre locos amores!—  
Seguí la relación de mi martirio  
con la voz temblorosa:  
—Sí, padre; yo la amaba con delirio;  
mas ¡era tan hermosa!—  
—La carne es flaca.—Sí; y al fin mi ruego  
triunfó de su desvío.—  
—Mala mujer.—No, padre, yo lo niego.  
Buena, sí, padre mío.  
Ella me hace que piedad implore,  
que era tal mi pasión...  
¡Ay! aquel que al mirarla no la adora,  
no tiene corazón.—

—Pasiones de Luzbel, que en loco anhelo truecan la santa calma.—  
—Padre: ¡Si era su rostro como el cielo!—  
—Y un infierno su alma.—  
—¡Callad, callad! ¡Mi mente se acalora!  
¡No aumenteis mi tormento!—  
—Bién, hijo, bién: pasemos por ahora al otro mandamiento.  
El sétimo no hurtar: ¿habeis hurtado?—  
—¿Teneis de mi opinión?...  
¡Eso nunca! Jamás me he rebajado á tan infame acción.—  
—El octavo...—Pasad.—¿Qué estoy oyendo?  
Vuestro negar me inquieta.  
—Hijo mío: de fijo estais mintiendo.  
Pues qué ¿no sois poeta?—  
—Bién, padre, bién.—No; mal:—El fraile dijo con acento severo.  
—Si sois poeta, vaya, sé de fijo que sois un embustero.  
El noveno...—¡De nuevo ya comienza!  
¡Padre, por compasión!  
Si no quereis que muera de vergüenza, dadme la absolución!—



Te esperaba una noche: vacilante  
mi tierno corazón,  
marcaba con latidos cada instante  
cual mágico reloj.

Una hora anterior á la fijada  
llegué yo á aquel lugar,  
y otra después miraba ya pasada  
sin verte á tí llegar.

Todo entonces en torno sonreía  
bañado en tibia luz;  
para llenar mi pecho de alegría  
sólo faltabas tú.

El aroma del nardo y de la rosa,  
de azahar y de jazmín,  
perfumaban la estancia deliciosa  
donde soñaba en tí.

Que era todo buén gusto y elegancia  
en aquella mansión,  
donde pensé mostrarte la fragancia  
de mi constante amor.

Pues cuantos goces inventó la mente  
yo quise allí llevar,  
por hacerla brillar tan refulgente  
como tu hermosa faz.

Gozando ya de mi pasión secreta  
la mágica ilusión,  
me hallaba yo con actitud inquieta  
sentado en un sillón.

De pronto oí los agradables ruidos  
de la seda al crujir,  
que aturdiendo de gozo mis sentidos  
llegaron hasta mí.

Creí que eras tú: ligero como el viento  
salté de aquel sillón,  
y abandonando el mágico aposento  
salime al corredor.

Pensaba recibirte entre mis brazos  
con gozo juvenil,  
y al verte prisionera por mis lazos,  
de gozo sonreír.

Y oculto en las cortinas transparentes  
quedeme entonces yo,  
que amor gusta de bromas inocentes  
cual niño juguetón.

Un bulto se acercaba silencioso,  
y en vaga oscuridad,  
el dulce encanto de tu rostro hermoso  
miraba yo brillar.

Ya llega á mí: la mano vacilante  
tendí con rapidez,  
y el corazón en tan feliz instante  
temblaba de placer.

Y estrechando en mis brazos á mi amada  
ya ciego de pasión,  
en su divina frente nacarada  
un beso se estampó.

Mas ¡oh cielos! ¡Qué horrible desventura!  
¡Qué prueba tan fatal!  
Cuando lleno de amor y de ternura  
pensé besar tu faz,  
ví á tu antigua doncella doña Rita  
que dijo al verme á mí:  
«¡Ay mi señor don Juan! La señorita...  
que no puede venir.»



## DICEN QUE DICEN.

Dicen que las promesas que tú me hacías  
há tiempo se trocaron en desengaños;  
dicen que te recuerdo todos los días,  
y que tú me recuerdas todos los años.  
Dicen que nuestro amigo don Eleuterio  
es hombre de secretos que nadie sabe;  
dicen que sus amores son un misterio,  
y que tú del misterio tienes la llave.  
Dicen que mi vecina la coronela  
hace meses que vive con un pupilo;  
dicen que por la noche suspira y vela  
en tanto que su esposo duerme tranquilo.  
Cuentan traiciones;  
mas yo nunca fomento murmuraciones.

Dicen que el magistrado señor Clemente  
tiene fama notoria de juez severo;  
que está tras de los palos un inocente,  
y que anda por las calles un bandolero.  
Dicen que ayer don Casto dejó su coche  
frente al hotel que ocupa doña Susana;

dicen que la visita fué por la noche,  
y que salir le vieron por la mañana.  
Dicen que la señora doña Paquita  
suele hablar con un joven con gran rebozo;  
dicen los que la alaban que ella es bonita,  
y alguna vez añaden que él es buen mozo.  
Cuentan traiciones;  
mas yo nunca fomento murmuraciones.

Dicen que ayer ha muerto de una estocada  
un periodista joven de mala estrella;  
dicen unos que el duelo no fué por nada,  
y otros varios preguntan que quién es ella.  
Dicen que el don Prudencio, que tú conoces,  
tiene en su cuarto rotas algunas sillas:  
que el jueves en su casa se oyeron voces,  
y á su esposa le faltan cuatro costillas.  
Dicen que un diputado, que nada vale,  
llegó por sus intrigas á ser ministro;  
y que hoy en opulencia no hay quien le iguale,  
y ha inscrito veinte fincas en el registro.  
Cuentan traiciones;  
mas yo nunca fomento murmuraciones.

Dicen que nuestra amiga doña Modesta  
siempre por su elegancia se ha distinguido;  
que ha estrenado tres trajes en una fiesta,

y está arruinado el bobo de su marido.  
Dicen que la condesa de Monte-Merle  
crenta que en los amores don Juan es ducho;  
dicen que hace ya tiempo no quiere verle,  
quizá porque otras veces le ha visto mucho.  
Dicen que una doncella muy conocida  
ha estado nueve meses en un retiro;  
y que el ver de su hija la nueva vida,  
le ha costado á su padre pegarse un tiro.  
Cuentan traiciones;  
mas yo nunca fomento murmuraciones.

Dicen... mas ¡Dios me valga! jamás mi labio  
repetirá lo mucho que tengo oído;  
pido que me perdone quien sufra agravio;  
mas yo tan sólo digo lo que es sabido.  
Aún me callo la historia del intendente,  
del duque á quien recibe la generala,  
del tenor y las tiples, y mucha gente  
que yo digo que es buena, y otros que es mala.  
Mas ¿quién por tales cosas jamás se guía?  
Yo declaro que siempre lo tuve á mengua.  
¡Ay! de veras lo digo, bella María,  
¡Dios me libre de gente de mala lengua!  
Cuentan traiciones;  
mas yo nunca fomento murmuraciones.

Cuando tengo de verte gran deseo  
y sin verte se pasa la semana,  
digo la vez primera que te veo:  
¡Qué bonita es mi Juana!

—

Mas cuando con frecuencia yo te miro  
y el alma contemplarte no desea,  
suelo decir en medio de un suspiro:  
¡Ay, mi Juana es muy fea!



Que á un joven no le guste una señora  
y se case con ella  
porque lleva de dote dos millones,  
segun mi diccionario, es una venta;  
mas que una joven odie á un caballero  
y se case con él  
porque es hombre de estado y de dinero,  
me parece muy bién.

Que un portero que gana diez reales  
haga un ajio cualquiera  
y se ocupe la prensa del suceso,  
es una acción escandalosa y fea;  
mas que un ministro llegue á comerciante,  
y negocie en papel,  
y gane una fortuna en un instante,  
me parece muy bién.

Que seduzca un teniente de lanceros  
á la hija del ministro de la Guerra,  
es una acción infame y atrevida  
que merece gran pena;  
mas que á la joven hija de un sargento

la seduzca el teniente coronel  
que manda la mitad del regimiento,  
me parece muy bién.

Que le peguen un palo á don Gabino  
y con él le apabullen el sombrero  
y le dejen al pobre sin ninguno,  
nada tiene de extraño en mi concepto;  
mas que al ir en su coche recostado  
reciba una pedrada don Gaspar  
que es banquero, gran cruz y diputado,  
me parece muy mal.

Que se tiren debajo de la mesa  
todos los dramas nuevos  
que no tienen autores conocidos,  
es propio de empresarios de talento;  
mas que den una chifla en el teatro  
á un autor aplaudido por demás  
y critiquen el drama más de cuatro,  
me parece muy mal.

Que digan que á la chica del vecino  
se la ve con el novio de paseo,  
es censurar un hecho escandaloso  
que yo soy el primero que lamento;  
mas que tengan que hablar de la viuda  
con quien vive el ministro de Amsterdán

y digan... si estornuda, ó no estornuda,  
me parece muy mal.

No está el daño en los hechos ocurridos;  
porque yo siempre veo,  
que si su autor es hombre de importancia,  
hasta es gracioso el hecho.

Tan solo en este mundo á la persona  
se la suele juzgar,  
y según quien los hechos ocasiona,  
están bién, ó están mal.



Me acordaste ayer que no,  
y es cosa muy singular  
que después de salir yo,  
según dijo quien te vió,  
corriste á verme pasar.

Hoy vuelvo á admirar tu encanto,  
y ya mirarme no quieres  
y aún te cubres con el manto;  
¡mal haya quien ruega tanto  
habiendo tantas mujeres!



## -Á MI QUERIDA PRIMA

LA SEÑORA

DOÑA ASUNCIÓN HURTADO DE MENDOZA Y PORTILLO,  
FELICITÁNDOLA POR SU SEGUNDO ENLACE.

*«Matrimonio; acto fatal,  
contrato bilateral  
y hasta negocio también,  
que dos que se encuentran bien  
hacen para hallarse mal» (1).*

Dices que vas á casarte  
y á entenderlo no me avengo,  
pues es cosa peliaguda  
el dichoso casamiento.  
Dices que es tu prometido  
un hombre de carne y hueso,  
por más que vista levita  
y guantes de piel de perro.

---

(1) Se ignora el nombre del autor.

Y como todos los hombres  
son casi lo mismo, pienso  
que reíncides á sabiendas  
en el pecado primero,  
que á nuestra raza infelice  
la privó del bién supremo,  
lanzándonos á este valle  
de lágrimas y tormentos.  
Verdad es que las mujeres  
son muy poco más ó ménos  
como nosotros, y casi  
ventajosas van saliendo;  
mas tú, tan buena, tan buena  
que como manso cordero  
caminas al sacrificio  
doblando el lánguido cuello,  
eres digna de salvarte  
del naufragio verdadero  
del matrimonio, y vivir  
dentro del tranquilo puerto.  
A pesar de cuanto dije,  
aún me queda algún consuelo  
que ofrecerte, y ahora mismo  
gustoso dártelo intento.  
Esas mismas cualidades

de paciencia y sufrimiento  
que en tu carácter admiro,  
y que envidia por supuesto,  
podrán casi asegurarte  
la ventura y el sosiego,  
presentándote á tu esposo  
cual una mujer modelo  
Así, que si alguna vez  
le vieses, como yo espero,  
al lado de alguna hermosa  
diciendo tiernos requiebros,  
no debes incomodarte;  
pues son entretenimientos  
sencillos, y yo en verdad  
nada malo en ellos veo  
Además, este es muy propio  
de un galante caballero,  
y el que ha de ser tu marido  
no ha de parecer un memo.  
Si sale por la mañana  
y vuelve con el lucero  
del alba, tampoco debes  
decirle lo más pequeño  
que pudiera disgustarle,  
pues tal vez él para hacerlo,

habrá tenido razones  
de gran valor y gran peso:  
ya dar solución á asuntos  
de interés; ya ir al Liceo  
á buscar á algún amigo,  
ó á casa de algún banquero.  
Si juega, porque también  
á muchos les gusta el juego,  
no te incomodes jamás;  
que en no teniendo dinero,  
como no juegue contigo  
no le encuentro otro remedio.  
Y en fin; si tiene otras mañas  
de las muchas que tenemos  
los hombres, tú con paciencia  
á más de ganar el cielo  
podrás ganar su cariño,  
y quién sabe si traerlo  
con gran trabajo y constancia  
al camino verdadero.  
Podrá ocurrir que á tu esposo  
no le guste nada de eso  
como me sucede á mí;  
mas no extrañes mis consejos,  
pues como no le conozco,



mi voz no puede ofenderlo.  
Y por si acaso, no olvides  
que más de dos casamientos  
dejaron de realizarse  
temiendo los malos genios.  
Tal vez por eso tan sólo,  
yo también me voy haciendo  
soltero recalcitrante,  
con ribetes de molesto  
para amantes y maridos,  
hermanos, padres y abuelos.  
Pues si lograrse encontrar  
alguna mujer modelo  
como te supongo á tí,  
aparte del parentesco,  
no dudes, prima querida,  
que fuese al templo derecho.  
Ya ves que aún entre los tuyos  
tienes de esto algún ejemplo,  
pues por más que tú dos veces  
has pescado en el anzuelo  
de tu irresistible gracia,  
y no puedes tener miedo,  
debes aún siendo ya esposa  
seguir prudencia teniendo:

y en fin, no sigo adelante  
porque tengo un humor negro,  
pues envidia á tu marido  
y siento grandes deseos  
de casarme, aunque después  
tenga que arrojarme al Ebro  
si en los brazos de mi esposa  
no hallo la dicha que anhele.  
Adiós, prima, Dios te guarde  
y te dé goces sin cuento;  
mas si fuese necesario,  
que no olvides mis consejos.



## Á MI ANTIGUO AMIGO

EL SR. D. JOSÉ GARCÍA DE LA SERRANA.

Farsa no más, ridícula mentira  
es eso que política se llama.  
Voluntad nacional ¡cuánto te infama  
á veces el que más por tí suspira!

Quien á vivir del presupuesto aspira  
siempre del pueblo la amistad reclama;  
empieza hablando bién, y el vulgo aclama;  
obra mal, y el político le admira.

Sí, amigo mío; para hallar renombre  
basta sólo con ser un hombre osado:  
no compres fincas para honrar tu nombre;  
procura hacerme pronto diputado,  
que yo te haré para que al mundo asombre...  
primer contribuyente del Estado.



Ayer hablé con Galeno,  
que me contó sus apuros,  
y dijo al tomar dos duros:  
«¡Qué bueno es usted, qué bueno!»

Mas hoy no estaba de humor,  
y al ver que le daba un palo,  
me dijo el pobre: «Señor;  
¡Qué malo es usted, qué malo!»



## FILÍPICA

Aduladores del pueblo  
que haceis al pueblo más daño  
que todos los malos reyes  
que apellidamos tiranos:  
dejad vuestras torpes liras,  
pues basta ya para engaños  
con los muchos que habeis hecho  
á ese pueblo desdichado.  
Vosotros quereis tan sólo  
que uncidos á vuestro carro  
os lleven los infelices  
hasta los puestos más altos,  
para poder desde allí  
á placer pisotearlos,  
y hablándoles de pobreza  
cubriros de oro y de fausto.  
Si por el vil interés  
ciertos vates mercenarios

cantan á los poderosos  
con pensamientos bastardos,  
vosotros sois con el pueblo  
no ménos interesados,  
y haceis aunque á la moderna,  
el papel de cortesanos.  
Ofreceis mil necesidades  
que cumplir nadie ha pensado,  
y á veces pedís apoyo  
no al pueblo, sí al populacho.  
Abusais de su ignorancia,  
y por querer ilustrarlo  
estraviais sus ideas  
atacando el nombre santo  
de Dios, y cuanto en el mundo  
digno es de ser respetado:  
y así preparando vais  
para los próximos años,  
no un estado de hombres libres,  
sino una nación de esclavos,  
ó una horda de bandidos  
más ó menos disfrazados.  
—Si no quereis trabajar,  
repartiéndooos lo dei amo  
podreis vivir con holgura,

pues cultivará los campos  
una raza milagrosa  
de seres imaginarios.  
Ya no habrá contribuciones,  
pues basta para el Estado  
con la mina descubierta  
por un ministro magnánimo,  
que sacará de su mente  
los millones acuñados.  
No habrá servicio forzoso  
ni ya será necesario,  
pues vendrán los extranjeros  
á defender nuestros campos.—  
Así empezais por pedir  
un puesto de diputado,  
y apelais por conseguirlo  
á los más torpes engaños.  
Después procurais formar  
en las Cortes un escándalo;  
murmillos, increpaciones,  
protextas, campanillazos;  
que se cubre el presidente  
á la voz de — apaga y vámonos,—  
y por fin de todo esto  
el país queda humillado,

y cual justa recompensa  
obtiene vuestro amor patrio.  
la dirección pretendida,  
el gobierno ambicionado,  
ó tal vez una carrera,  
si dárosla es necesario  
para cerrar vuestra boca  
ó para atar vuestras manos.  
Mas en tanto ¿qué sucede  
al pobre pueblo? Entre tanto  
este paga, calla y sufre;  
y si alguien no paga acaso,  
á más de embargar sus bienes,  
si de ellos quedase algo,  
se le lleva al Saladero  
por el delito nefando  
de no tener, ó á lo sumo  
por no hacer á tiempo el pago.  
Si se declara la guerra  
y hay que reclutar soldados,  
se sacarán sin concierto  
levas, llevando á los campos  
de batalla, muchos hombres  
inútiles para el caso.  
Del servicio obligatorio

se abusará con escándalo  
dando fusil y no espada  
al doctór y al licenciado.  
Y por fin, por el placer  
de atacar el santo lazo  
y poder buscar conflictos  
al sentimiento cristiano,  
se arrancarán de sus casas  
gran número de casados,  
dejando en cambio solteros  
que ocupen el puesto franco.  
Y despues de tantos males,  
con decir —me he equivocado—  
todo concluyó: pues no  
cabe equivocarse tanto.  
El hombre de estado debe  
desde sus primeros pasos  
dar ejemplo de cordura,  
y no hacer el menor daño  
á su país, ni siquiera  
por error involuntario.  
Si se equivoca, á paseo  
vaya, y deje de buen grado  
su puesto, para el que deba  
con más derecho ocuparlo.

Lo que yo pido es tan sólo  
que se le hable al pueblo claro,  
y que de ahora para siempre  
cesen ofertas y engaños.

Lo que el pueblo necesita  
es orden, y paz, y amparo  
para poder practicar  
la libertad que anhelamos.

Lo que reclama, no el pueblo  
todo, mas sí el cuarto estado,  
es, al ménos por ahora,  
saber el abecedario,  
creer en Dios y no perder  
los hábitos de trabajo,  
único medio que existe  
capaz de regenerarlo  
y darle, si no riquezas,  
siquiera el pan cotidiano.

Trabajemos: gloria al pueblo  
que sabe amar el trabajo,  
fuente fecunda del bién  
que todos ambicionamos.



Me viste ayer con Lucía  
y dijiste que era ingrato,  
aunque tu amor bien sabía  
que es íntima amiga mía,  
y que hace tiempo la trato.

—  
Hoy me has hallado con Juana  
y también me has puesto ceño.  
¡En verdad que eres tirana!  
¡Ojalá mi dulce dueño  
que no me encuentres mañana!



## LOS INTERMEDIARIOS.

Dice en un libro la Rosario Acuña,  
reflejando á Darwin por todos lados,  
que hay muchos hombres que parecen micos,  
y que están en la tierra destinados  
á ser intermediarios de su especie  
con el reino inmortal de los borricos.  
Yo, que aunque mucho la opinión aprecie  
de esta ilustre escritora,  
no puedo dar por buena tal teoría  
ni creo nunca que quien canta y llora  
sea un bruto ascendido en mala hora  
y un rey de la creación sin monarquía;  
creo á pesar de todo,  
que debido á un defecto voluntario,  
hay quien no estudia, ni jamás aprende;  
y cual dice la célebre Rosario,  
parece que obra siempre por instinto  
hablando de mil cosas que no entiende.  
Sin querer trabajar lo necesario

hay quien cruza el inmenso laberinto  
de las múltiples formas de la ciencia,  
y hay quien sin experiencia,  
siendo un ignorantón de tomo y lomo,  
amparado tan sólo por su audacia,  
habla con más aplomo  
que un consumado autor de diplomacia.  
Estos extraños seres  
bién hombres, bién mujeres,  
(que suele haberlos en distintos sexos),  
desprecian la virtud de la modestia  
por más que no son dignos de renombre;  
pues aunque el hombre es hombre,  
de otro origen que el mono y que la bestia,  
como la variedad es ley del mundo  
no todos son iguales en talento,  
y hay algunos de ingenio muy profundo,  
y otros de bién escaso entendimiento.  
Culparlos nadie puede  
por haber recibido el don sublime,  
del cielo descendido,  
con harto limitadas condiciones;  
mas habiéndolo al cabo recibido  
usarlo deben siempre con prudencia;  
y si es su inteligencia

escasa para asuntos de importancia  
ó para algún problema incomprensible,  
no los debe llevar su petulancia  
hasta querer luchar con lo imposible.  
En tanto que padezcan tal ceguera,  
¿quién de estos seres esperar pudiera  
presenciar algún hecho extraordinario?  
Nadie: y yo, conviniendo con Rosario  
en este punto al menos,  
creo que ni son malos ni son buenos;  
pues al éxito sólo rinden culto,  
y tienen de epítetos un tesoro  
para aplaudir en coro,  
ó censurar en forma de tumulto.  
Repiten las palabras que han oído  
tal vez á algún pedante,  
y celebran al Dante por ser Dante,  
no por su inmortal obra,  
que jamás han leído  
sin duda porque el tiempo no les sobra.

Mas aunque son muy pródigos á veces  
si se trata de un muerto,  
como llegue á tratarse de algún vivo  
de quien no esperen recibir favores,  
¡qué de extraños furoros!

¡con qué tono y ardor tan espresivo  
le humillan y maltratan!  
¡con qué placer se ceban en su daño.  
¡con qué fruición le matan  
al golpe destructor del desengaño!  
Si triunfa por ventura,  
atribuyen á antojos de la suerte  
el premio merecido;  
mas al verle en la altura,  
laman aquella mano que han mordido,  
y se humillan al ídolo más fuerte  
y destrozan al ídolo caído.

También á algunos de ellos  
suele á veces llevarlos la fortuna  
á ocupar elevadas posiciones,  
bién por su ilustre cuna,  
ó bién por atropellos  
traducidos en timbres y en millones.

Crece entonces la envidia  
en el pecho infeliz de sus rivales;  
y al verse moralmente tan iguales  
á aquellos que tal vez por su perfidia  
ocupan puestos nunca merecidos,  
algunos aseguran muy formales  
que el mundo es una cueva de bandidos.

Suele formarse guerra  
entre individuos de la misma raza,  
y hay quien remueva el fango de la tierra,  
y quien saque á la plaza  
lo que en el fondo del hogar se encierra.

Mas ante tanta escoria  
¿qué debe hacer el hombre que es sensato?  
Jamás con Dios ingrato  
gastar debe en esfuerzos infecundos  
el destello divino que El le diera  
para que brille en elevada esfera  
en el sacro concierto de los mundos.

Yo tengo por errores  
el mirar á esos hombres desdichados  
cual séres inferiores,  
y no cual semejantes degradados.

Los culpables más si cabe,  
pues creo que á sus locos extravíos  
se debe mal tan grave;  
mas al cabo son hombres,  
y yo, que así les llamo hermanos míos,  
no puedo nunca maldecir sus nombres.  
Si hoy yacen en el fango de la tierra,  
regenerarse pueden algún día:  
el saber, todavía

en muy escasos grados nos divide:  
nuestro orgullo es un sueño;  
pues mientras más la mente se agiganta  
y más hasta los cielos se levanta,  
el hombre se contempla más pequeño.

¡Qué compasión me inspiran esos séres  
á los cuales se iguala con el bruto  
indigno de derechos y deberes!  
Si ellos son criminales,  
nunca el bién absoluto  
al dominio llegó de los mortales.

Compasión, no desprecio  
debe inspirar al ánimo doliente  
el criminal y el necio:  
la compasión que de la ciencia emana  
al ver á un hombre en el error sumido;  
y si nos hizo mal, perdón y olvido  
nos manda dar la religión cristiana.

Y ántes que nuestra planta les confunda  
como á viles gusanos;  
antes de así dejarlos abatidos,  
pensemos en que son nuestros hermanos;  
y si hoy están caídos,  
pronto tal vez tendiéndoles las manos  
quedarán de sus culpas redimidos.

En la moral tan sólo,  
hay abismos inmensos y profundos  
que separarnos puedan;  
trabajemos sin dolo  
lanzando la benéfica semilla  
de la virtud unida con la ciencia,  
y al que es nuestro enemigo,  
tal vez al despertar su inteligencia,  
si merece castigo,  
se lo dará la voz de su conciencia.



En la casita blanca  
que se se divisa  
de la mar espumosa  
junto á la orilla,  
cantando quiero  
que remonte sus alas  
mi pensamiento.

—

Cual paloma que forma  
su blando nido  
en la hermosa ribera  
del mar bravío,  
allí su estancia  
tiene cierta familia  
que vino á España.

Desde remotos climas  
cruzando mares.  
llegaron á estas costas  
que el viento bate,  
cual llegar suele  
aquel que de sus lares  
proscripto viene.

---

Pero no fué la causa  
de su partida -  
el huir de la madre  
que les dió vida,  
y aquí viviendo,  
vivirán de su patria  
con los recuerdos.

---

Ajenos sentimientos  
dieron motivo  
á buscar en España  
tan grato asilo:  
que es misión noble  
ayudar al comercio  
de las naciones.

Y en el taller inmenso  
del mundo todo,  
bello y ancho horizonte  
tienen los ojos,  
para que al cabo  
el hombre coja el fruto  
de su trabajo.

—

Cual águila que tiende  
su raudo vuelo  
por la vasta llanura  
que puebla el viento,  
así del hombre  
cruzan los pensamientos  
anchas regiones.

—

Y á impulso del ingenio  
todos unidos  
cumplimos en la tierra  
nuestro destino;  
y sin enojos  
todos ya comprendemos  
que hermanos somos.

Por eso venir suelen  
á nuestra patria  
aquellos que nacieron  
en tierra extraña,  
y hasta nosotros  
buseamos con frecuencia  
climas remotos.

---

Por eso aquí reunidos  
se ven ahora  
aquellos que habitaron  
lejanas costas,  
y en este día  
con fraternal cariño  
todos se miran.

---

Por eso yo entre tanto  
pulsando el arpa  
quiero dar una prueba  
de amistad franca,  
y ojalá el Cielo  
nos guarde de esta prueba  
gratos recuerdos.

Que aquí donde las ondas  
con su armonía  
acompañan al pecho  
cuando suspira,  
aquí me place  
que resuenen los ecos  
de mis cantares.

—

Y en la casita blanca  
que se divisa  
de la mar espumosa  
junto á la orilla,  
cantando quiero  
que remonte sus alas  
mi pensamiento.



## EL EGOISMO POLÍTICO.

Pedimos libertad, y en vano el mundo  
se agita furibundo,  
en rudas y violentas convulsiones:  
en vano se promulgan nuevas leyes,  
y se hacen adhesiones á los reyes  
por quitar y poner Constituciones.

Uno y otro partido  
luchan por contrapuestos ideales:  
hacernos venturosos han querido;  
mas ¡ay! ellos han sido  
causa de tantos y tan graves males  
como la patria sufre y ha sufrido.

No hay gobierno en España  
que no lleve á las Cortes mayoría:  
y aunque esto se atribuye  
á que inspira á su pueblo simpatía,  
es cosa bien extraña  
ver que el pueblo hoy destruye  
lo levantado apenas hace un día.

Por muchos desencantos que sufriera  
y por grande que fuese su inconstancia,  
si el pueblo lo que piensa nos dijera,  
no fuese una quimera  
la ansiada libertad: su noble frente  
todo el hombre que vive del trabajo  
alzara dignamente,  
y no se viese la opinión cautiva  
ni de la ciega imposición de abajo,  
ni de la odiosa imposición de arriba.

Después de cuatro siglos de combate  
en que el trono venciendo á la nobleza  
impuso á todos sus severas leyes,  
y en que el pueblo, luchando con firmeza  
triunfó de los abusos de los reyes,  
volvemos otra vez al feudalismo  
bajo una forma nunca conocida;  
pero que á un tiempo mismo  
participa de tres imposiciones,  
que alteran su medida  
según necesidades y ocasiones:  
la del gobierno, que jamás falsea;  
la del señor feudal ó diputado;  
y á más, la del cacique de la aldea,  
ó la del populacho desalmado.

No hay defensa posible:  
la voz de la opinión jamás se escucha,  
y siempre aquel más fuerte y más temible  
es quien vence en la lucha.

El diputado, débil y sumiso,  
obedece al gobierno con anhelo;  
y pronto si es preciso  
en instrumento suyo se convierte,  
como sucede á todo tiranuelo  
cuando encuentra un tirano que es más fuerte.

En cambio en su distrito  
nadie osa respirar sin su licencia  
bién dada de palabra ó por escrito;  
y si alguien se propasa,  
si no puede quitarle la existencia  
como se usaba entre la antigua gente,  
no dejando que salga de su casa  
lo mata civilmente.

El cacique, servil hasta el extremo  
con el señor feudal de su distrito,  
realiza siempre lo que aquel desea  
á cuenta de ser él un señorito  
á quien todos se humillen en su aldea.

Se come medio pueblo impunemente  
porque no halla valiente

que quiera intervenirle sus acciones;  
y si hay otro cacique  
en el bando de enfrente,  
no hay castigo civil que no le aplique.

Hace las elecciones  
con el tabuco al lado de la mesa;  
y bién á viva fuerza, ó por sorpresa,  
engaño ú otro medio,  
triunfa sin más remedio  
aquel por cuyo triunfo se interesa.

Y si es el populacho quien se impone,  
porque algún envidioso  
que llegar á cacique se propone,  
quiere esplotar su instinto belicoso  
para ver realizados sus intentos,  
entonces son los males aún más graves;  
pues se suelen usar procedimientos  
que no descuellan nunca por suaves.

Hay pueblo en que las gentes del partido  
que se encuentra caído  
pagan contribuciones y recargos,  
y el alcalde no paga casi nada;  
y cuando éste se enfada,  
entre multas y embargos  
deja la población desocupada.

Y son de tal carácter estos males,  
que aún llegan sus excesos  
á impedir la justicia, y hay algunos  
jueces municipales,  
que como ellos preparen los procesos,  
salen de fijo absueltos sus parciales.

Sinó ¿cómo se esplica  
esa ambición frenética de mando  
con que combaten uno y otro bando  
aún dentro de la villa menos rica?

El gobierno entre tanto indiferente  
vé el mal, y no tan sólo lo consiente,  
sino también lo aumenta;  
y utiliza estos varios elementos  
dándole siempre apoyo  
al que mejor ayuda á sus intentos.

En vez de proteger las minorías  
para que en todos lados  
encuentren sus derechos respetados  
y poderse captar sus simpatías (1),  
las procura anular bajo su peso  
usando las mayores tiranías.

(1) Entiéndase que no se habla de otra protección sino de aquella que es indispensable para que el más débil pueda ejercitar sus derechos ante el más fuerte, sin ser atropellado.

Y en aquellos lugares  
en que está en minoría su partido,  
lo impone recurriendo á todo exceso,  
hasta que al cabo su rival rendido  
perdida la esperanza,  
se declara vencido  
soñando en mil proyectos de venganza.

Si el jefe del Estado  
es discreto y maneja con destreza  
los partidos que luchan frente á frente  
haciéndoles gozar de sus favores  
de un modo conveniente,  
entonces todos son sus servidores  
y es la nación feliz en apariencia:  
sino, vienen trastornos con frecuencia.  
Mas de uno y otro modo  
la libertad vendida y humillada;  
el pueblo y su gobierno divididos;  
la nación agobiada  
bajo el peso terrible del tributo,  
son el amargo fruto  
de la ciega ambición de los partidos.  
En vano con las galas del lenguaje  
se pretende cubrir las amarguras,  
pues el pueblo rasgando su ropaje

nos hará comprender las desventuras  
que causan los modernos cortesanos;  
y ante el cuadro que ofrece á nuestra vista,  
exclamare con don Alberto Lista:  
«Todos en él pusisteis vuestras manos.»

Cuando un pueblo olvidando sus deberes,  
perdida la razón y la conciencia,  
trueca la libertad por la licencia  
y se entrega á los bárbaros placeres,  
el cielo, de sus culpas por castigo,  
como mal menos grave  
que la falta del público sosiego,  
condena á aquel estado sin ventura  
á un período fatal de dictadura  
para que verse libre pueda luégo.  
En estas ocasiones,  
en que se halló mi patria cierto día,  
se explica que un Pavía  
apelando al poder de los cañones,  
la salve del pillaje y la anarquía.  
Pero sufrir la odiosa servidumbre  
de uno y otro partido  
sin que jamás el hombre independiente  
pueda elevar ante el poder su frente  
ni logre ser oído,

eso es horrible, bárbaro, inhumano;  
indigno de un Estado de la Europa,  
propio solo de un déspota africano.  
Pueblo, tú que en tu inmensa mayoría  
vives con mil trabajos y desvelos  
sin sentir la política manía  
de uno y otro partido militante;  
si quieres libre ser, si en adelante  
quieres hacer llegar tu voz potente  
hasta el sacro recinto  
de do salen las leyes, no imprudente  
malgastes en empeños infecundos  
tus fuerzas creadoras:  
no olvides la lección de la experiencia,  
y pon siempre á tu frente  
hombres de probidad y de conciencia.

No esperes en tu eterno parasismo  
que uno ú otro partido te despierte  
si quieres ser nación potente y brava:  
ellos esclavos son de su egoismo,  
y nunca serás fuerte  
gozando tú, de su egoismo esclava,  
vida peor cién veces que la muerte.

Alta la vista; el pecho levantado;  
con noble majestad y altiva frente,

áun á costa de grandes sacrificios,  
debe el pueblo marchar á los comicios  
para emitir su voto libremente.

Si le espera la fraude y el engaño  
ó el infame trabuco del bandido,  
procure resistir á todo amaño;  
y si es irremediable tanto daño,  
podrá ser arrollado, no vencido.

Arroje de su templo sin clemencia  
al torpe mercader que le profana  
en las nuevas edades,  
y eche por la ventana  
al infame ladrón de voluntades.

Quien no tenga la noble independencia,  
que es hija del carácter del sujeto  
y no de sus riquezas y opulencia,  
que se abstenga en buén hora;  
mas que no vote nunca sin conciencia  
de que remedia el daño que deplora.

Tan sólo así los pueblos se redimen  
cuando un vicio que arraiga en sus entrañas  
va formando los lazos que le oprimen.

La necia indiferencia  
con que se ven los males de la patria;  
la egoísta tendencia

á no hacer el más leve sacrificio  
por remediar sus penas y amarguras,  
son el terrible vicio  
que causa nuestras grandes desventuras.

Levanta, España, tu abatida frente,  
y haz comprender al mundo,  
que la que supo ser independiente  
sabe en la edad presente  
ser de virtudes manantial fecundo.

Que en tanto que no formes con tus manos  
el sacro monumento de tus leyes,  
no ya discretos y prudentes reyes,  
digna eres sólo de abrigar tiranos.



## AL LECTOR.

Lector querido:  
favor te pido  
si es que leiste mi libro ya;  
y pues las faltas que hay en mi obra  
cambiarse pueden por lo que sobra,  
todo lo espero de tu bondad.

Dirás acaso  
que yo del paso  
de esta manera quiero salir;  
mas no hay motivo para proceso;  
yo francamente te lo confieso:  
¿qué más pudieras pedir de mí?

Querido amigo,  
yo te bendigo  
y te deseo grata salud:  
mira si es grande mi simpatía:  
nunca te he visto ¡quién lo creería!  
y ya gustoso te hablo de tú.

Yo soy un hombre  
que tiene nombre  
como cualquiera puede tener;  
mas para verme con noble palma,  
según comprendo, me falta calma  
si es que otra cosa no hé menester.

Cuando compongo,  
cuando me pongo  
á dar paseos por un salón,  
pues esa siempre fué mi costumbre  
y sin que sienta gran pesadumbre  
te lo confieso de corazón,

Si algunos versos  
no salen tersos  
y me parece que suenan mal;  
si algún inciso lo encuentro duro  
digo: ¡señores, qué grande apuro!  
pero yo nunca me vuelvo atrás.

Siempre adelante  
sigo constante  
mientras me anima la inspiración;  
y luego, luego ¿quién rectifica?  
á las reformas ¿quién se dedica  
cuando ya el estro se oscureció?

Quiero que entiendas  
que las enmiendas  
siempre sospecho que quedan mal;  
esas son cosas para chiquillos,  
y yo no paro nunca en pelillos  
ni tengo calma para enmendar.

Si asonantados  
aproximados  
algunas veces dejaba ir,  
yo murmuraba con un vocablo  
¡vaya un descuido, voto al diablo!  
eso no puede quedar así.

Mas luego, luego  
con más sosiego  
ya me decía: soy un gandul;  
de mi pereza parezco esclavo;  
¿mas no he de serlo si al fin y al cabo  
por padre y madre soy andaluz?

Y áun cuando á veces  
como mereces  
lector querido yo te traté,  
otras en prueba de confianza  
y razonando cual Sancho Panza,  
en las reformas me descuidé.

Y por lo tanto  
yo no me espanto  
porque defectos puedas hallar:  
que como padre bueno y amigo  
doy á mis hijos poco castigo,  
pues yo profeso la caridad.

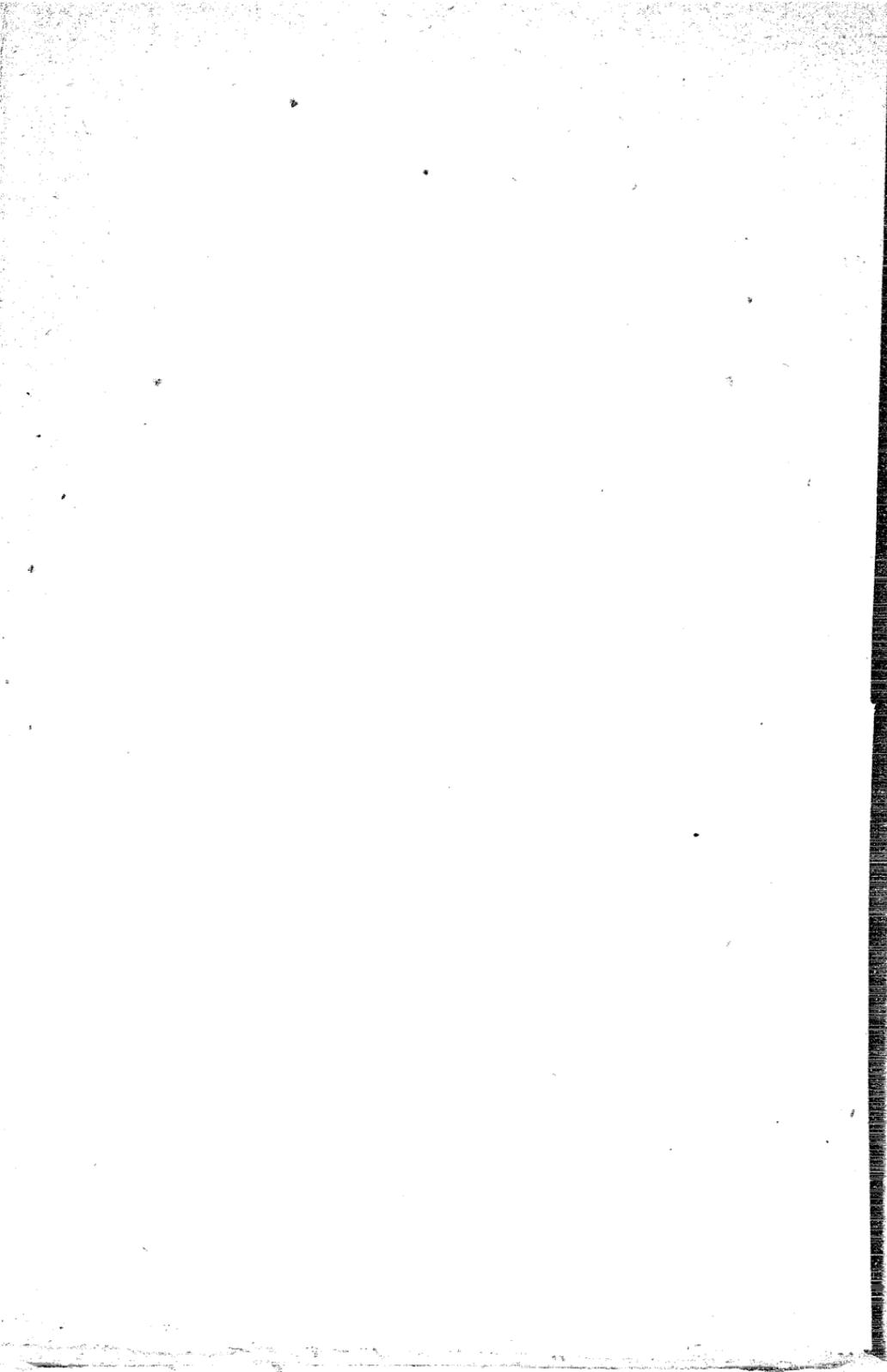
Así que hablando,  
de vez en cuando  
algun descuido suelo tener;  
mas son cosillas de poco efecto:  
nadie en el mundo nació perfecto  
y yo tampoco lo puedo ser.

En cambio pido,  
como has oído,  
suplas mis faltas con tu bondad;  
mas no me taches de poco diestro,  
que en estas cosas soy ya maestro  
aunque me porte como oficial.

---

Adios, amigo;  
yo te bendigo  
y te deseo grata salud:  
si me juzgases como yo anhelo,  
que Dios te premie dándote el cielo;  
y sino, vete con Belcebú.

FIN.



---

---

## ÍNDICE.

---

	<u>Págs.</u>
DEDICATORIA. — Á la Exema. Sra. D. <sup>a</sup> Dolores Bruzón, viuda de Portillo. . . . .	3
Dos palabras al lector. . . . .	5

### PRIMERA PARTE.

#### POESÍAS.

Á mis padres. . . . .	11
La mujer y la rosa. . . . .	14
Á un ruiseñor. . . . .	18
Á mi querida tía D. <sup>a</sup> Mariana Portillo y Portillo. — Soneto. . . . .	23
Ruegos de amor. . . . .	24
Despedida de un amante. . . . .	26

Plegaria á la Virgen que bajo la advocación de las Angustias se venera en Granada. . . . .	28
Soneto de pié forzado. . . . .	33
Un recuerdo de la infancia.—Á mi querida prima la Srta. D. <sup>a</sup> Rafaela Hurtado de Mendoza y Portillo. . . . .	34
Al Santuario del genio. . . . .	40
Un suspiro desde el mar.—Á mi respetable amigo el Excmo. Sr. D. Rafael de Bustos, marqués de Corvera. . . . .	46
Contrastes. . . . .	48
Epitalamio. — Á mi prima la Srta. D. <sup>a</sup> Mariana Gómez y Portillo. . . . .	52
Todo pasa. — Dolora. . . . .	58
Improvisación. — Por la pacificación de España de la guerra civil. . . . .	60
Á mi amigo el inspirado músico y poeta D. Juan María Guerrero de la Plaza. . . . .	61
Al vizconde de Rias. — Soneto. . . . .	67
El alma del poeta. — Á mi querida prima la señora D. <sup>a</sup> Isabel Gómez de Portillo. . . . .	68
Á Rosel. . . . .	75
Á las lindas señoritas que toman parte en las representaciones teatrales de casa de los señores de Ahumada. . . . .	77

Á Granada. . . . .	82
La dama y el retrato. . . . .	86
Secretos del amor. . . . .	89
La choza del campesino. . . . .	90
La inundación. . . . .	96
Zaragoza. . . . .	103

## SEGUNDA PARTE.

## AYES DEL ALMA.

Introducción. . . . .	115
En los baños de Segura. . . . .	122
Nada como soñar. . . . .	125
¿Qué importa que yo cante? . . . . .	126
¿Por qué la adoro yo? . . . . .	128
La mano negra. — Soneto. . . . .	129
¿Dónde va? . . . . .	130
Al enviarle mis poesías á mi querida prima la Sra. D. <sup>a</sup> Isabel Laviña y Portillo. . . . .	132
El baile. . . . .	134
Á la Sra. D. <sup>a</sup> Luisa Lagunero. . . . .	137
Cuando en mis brazos, niña inocente..... . . . .	142
Ayer y hoy. . . . .	143

La vi pasar: en su elegante coche.....	144
Despues de mucho tiempo de no verte.....	146
Á la muerte de mi querido amigo el Ilmo. Señor D. Antonio Peñaranda y Baillo. . . . .	147
La carta.—Á un inspirado actor.—Monólogo . . .	150
Tendré valor para mirar tu cara.....	152
La duda. . . . .	153
Ayer eras modelo de hermosura.....	156
Á mi madre despues de su grave y penosa enfer- medad. . . . .	157
Cuando lejos del mundo.....	160
Canto fúnebre.—Á la memoria de mi querido tío el general D. Manuel Portillo y Portillo. . .	162
Sonetos.—I. No hay dicha en la tierra.....	176
— II. En la tumba de una esposa.—Á mi amigo F. . . . .	177
— III. Felicitación á mi amigo el Presbi- tero D. Manuel Vázquez Ruiz, en los días de su santo. . . . .	178
— IV. Empezó por un juego de inocen- cia.....	179
— V. Aún no me olvido de la noche aque- lla.....	180
— VI. Nunca se aparta de la mente mia.....	181

Sonetos.—VII.	Me dices que te dañan mis miradas.....	182
— VIII.	De cuantos mundos el espacio encierra.....	183
— IX.	Al dulce roce de tu seno ardiente.....	184
— X.	En vano ocultas que tus claros ojos.....	185
— XI.	Tú llorabas: mi pecho palpitante.....	186
— XII.	Entonces la pasión te dominaba.....	187
— XIII.	Cual mariposa que la luz la hiere.....	188
— XIV.	Era tu corazón de piedra dura.....	189
— XV.	No encuentro amor como el que yo imagino.....	190
— XVI.	Lo mejor es vivir oscurecido....	191
— XVII.	Quiero luchar con el destino impío.....	192
— XVIII.	—;Que se hunde el firmamento!—Que se hunda.....	193
Á la muerte de S. M. la Reina D. <sup>a</sup> Mercedes de Orleans y Borbon.		194

El sueño. . . . .	204
Delirio. . . . .	206
¿Qué sois ante mis ojos?.... . . . .	215
Epitafio. . . . .	216

### TERCERA PARTE.

#### DÍAS RISUEÑOS.

Mi retrato. . . . .	219
Historia de un gato. . . . .	224
Cantares. —Primera parte. —La hermosura. . . . .	230
— Segunda parte. — La ilusión. . . . .	233
— Tercera parte. — El desengaño. . . . .	235
À un matón y á una hermosa. . . . .	239
Serenata andaluza. . . . .	240
À Ana. . . . .	244
El ángel del hogar. . . . .	246
Mis dramas. . . . .	254
Hablando con Emilia cierto día..... . . . .	262
El criterio moral. . . . .	263
Cuando en la noche aquella de la cita:.... . . . .	267
El lenguaje universal. . . . .	268
Lamentando la culpa que me agita..... . . . .	277

---

Te esperaba una noche: vacilante.....	279
Dicen que dicen. . . . .	282
Cuando tengo de verte gran deseo.....	285
Que á un jóven no le guste una señora.....	286
Me dijiste ayer que no.....	289
Á mi querida prima la Sra. Doña Asunción Hur- tado de Mendoza y Portillo . . . . .	290
Á mi antiguo amigo D. José García de la Se- rrana. . . . .	296
Ayer hablé con Galeno.....	297
Filípica. . . . .	298
Me viste ayer con Lucía.....	304
Los intermediarios. . . . .	305
En la casita blanca.....	312
El egoismo político. . . . .	317
Al lector. . . . .	327

FIN DEL ÍNDICE.



Esta obra se halla de venta en las principales librerías al precio de *doce reales* ejemplar en rústica y *catorce* con el retrato del autor.

Los pedidos se dirijan a este á Huescar, Granada.

Esta obra se ha de venta en las principa-  
les librerías al precio de *doce reales* ejemplar  
en rústica y *catorce* con el retrato del autor.

Los pedidos se dirijan a este á Huescar,  
Granada.